

Roberto A. Ferrero

Rebeldías en el Caribe



SOCIALISMO
LATINOAMERICANO
IZQUIERDA NACIONAL

ÍNDICE

1. El Águila y Tocaroro. Las relaciones cubano-estadounidenses antes de Fidel 5
2. Carlomagne Peralte y la segunda Independencia de Haití 39
3. Pedro Albizu Campos y la libertad de Puerto Rico 49
4. Trinidad & Tobago: resistentes y pensadores en las Antillas inglesas 71

Explicación

Reunimos en este volumen cuatro trabajos referidos a temas del Caribe, esa zona de Latinoamérica que nos fuera desgajada por la piratería inglesa que se apoderó una a una de las Antillas Menores y de Jamaica entre las Mayores, como se apropió posteriormente de nuestras Islas Malvinas. No pudo quedarse con Cuba, pero lo intentó. Sí despojó a España de Trinidad -tan cercana a Venezuela- y de la isla jamaicana, britanizándolas en poco tiempo. También se apoderó de algunas pequeñas Antillas que había colonizado Francia, reduciendo la civilización latina en el Caribe pequeño-insular a dos posesiones francesas remanentes: Guadalupe y Martinica.

No se tratan estos textos de investigaciones eruditas o de amplias dimensiones, sino solo de cortos ensayos de divulgación, con la intención expresa de informar a los lectores interesados y especialmente a los argentinos, tan lejos de “nuestras medio hermanas del Caribe”, como ha llamado alguien a esas Antillas, que en un futuro volverán seguramente al seno atormentado y ahora dominado de esta América Latina nuestra.

Córdoba, 19 de Febrero de 2021

I

El águila y el tocororo*

(LAS RELACIONES CUBANO-ESTADOUNIDENSES ANTES DE FIDEL)

No debe existir en el país una sola persona relativamente informada en cuestiones de política y/o ideologías que ignore las tumultuosas relaciones entre Cuba y Estados Unidos a partir del ascenso de Fidel Castro al poder, relaciones éstas informadas por el constante esfuerzo yanqui por recuperar su hegemonía en Cuba de Martí.

Sin embargo, es mucho menos conocida la circunstancia de que la mirada ávida del águila norteamericana se posó sobre Cuba prácticamente desde los inicios mismos de la gran potencia hemisférica. No es de hoy.

1. UNA VOCACIÓN EXPANSIONISTA.

En efecto, ya en 1805 el presidente Thomas Jefferson (1800–1804 y 1804–1808) escribía respecto a una amenazante Gran Bretaña –de la que las Trece Colonias se habían independizado hacía poco– que “en caso de hostilidades considero que las Floridas Occidental y Oriental, y sucesivamente Cuba cuya posesión sería necesaria para la defensa de la Luisiana y la Florida... serían una fácil conquista”.⁽¹⁾ Poco tiempo después, dice al legado británico que su país se “apoderaría de Cuba si la viese amenazada de salir de la soberanía del España”. ¿Por qué? El mismo Jefferson lo explica en una comunicación que le dirige a Clairborne, gobernador de la Luisiana, la fértil llanura fluvial recientemente comprada a Napoleón Bonaparte por 15.000.000 dólares: “Estaremos satisfechos de ver a Cuba y Méjico en su actual condición, pero muy poco dispuestos a verlos pasar a la dependencia política o comercial de Francia o de Inglaterra” (2). Ratifica sus puntos de vista en 1809, en dos cartas que envía a su sucesor en la presidencia, James Madison (1808–1812), quien consulta sobre el tema a los veteranos que le han antecedido en el cargo. Vale decir, era la necesidad geopolítica de mantener lejos de los Estados Unidos a Inglaterra y Francia, alejándolos de Cuba, vecino inmediato del país. Por ese mismo motivo y para no dar excusas a cualquier intervención de las potencias colonialistas de Europa que aún no se resignaban a la pérdida de sus colonias, Estados Unidos sabotó las tentativas independentistas de los patriotas cubanos del grupo “Rayos y Soles de Bolívar” en 1821, hizo saber al Congreso Anfictiónico de Panamá de 1826 que “verían con disgusto cualquier empresa contra las Antillas españolas” (3) y el Presidente John Quincy Adams (1824–1828) se expidió en un Mensaje contra la

expedición liberadora que planeaban Colombia y Méjico, dando satisfacción a las quejas del embajador español ante el gobierno de Washington, Cea Bermúdez.

Sin embargo, establecida por los hechos más que por las palabras, junto a esta tendencia de *autopreservación nacional*, legítima en sí misma, coexistía otra de avance geográfico de las fronteras, que sería una de las características más notables de la joven pero dinámica burguesía de Nueva Inglaterra. No habiendo alcanzado ni de lejos el umbral de la acumulación primitiva de capital –que lograría recién a fines del siglo– como para establecer una hegemonía económica y financiera en otros países fuera de sus fronteras, las clases dominantes estadounidenses aplicaron la política típica de las etapas pre–imperialistas del capital: la *expansión territorial*. Es sabido cómo en este afán las trece primeras colonias originarias se apoderaron de las fértiles tierras del Medio Oeste y el Lejano Oeste; mordisquearon a Inglaterra regiones del Canadá, como Oregón; adquirieron la Luisiana como dijimos; forzaron a la debilitada España del reaccionario Fernando VII a entregarles la Florida por una pseudo–venta en 1819; arrebataron Texas, California y las provincias del norte a Méjico en la década del Cuarenta y adquirieron Alaska y sus factorías en la costa del Pacífico a Rusia por una bicoca (4). El águila norteamericana desplegaba sus alas y su mirada se fijaba también en la vecina Cuba, de la cual las separaban apenas 50 kilómetros de distancia.

De manera que era lógico que los expansionistas recibieran con gran inquietud en 1823 la propuesta de la monarquía francesa restaurada (que acaba de librar con sus 100.000 soldados a Fernando VII de la sublevación de De Riego y la Constitución liberal de 1812) de enviar una gran flota a Hispanoamérica para devolver a España sus rebeldes colonias, aún en lucha. Temían los estadistas estadounidenses que Francia “recibiera Cuba en compensación por los servicios prestados a España”, como dice Merk (5), y aunque eso no sucedió por la oposición de Inglaterra, gran beneficiaria del comercio con los sublevados sudamericanos, la situación dio la oportunidad para que Jefferson confesara “que siempre había contemplado a Cuba como la adición más interesante que jamás se podría hacer a nuestro sistema de estados. El control que nos daría esta isla, juntamente con la península de Florida, sobre el golfo de Méjico y los países e istmos que lo bordean, así como sobre aquellas aguas que fluyen en él, colmaría la medida de nuestro bienestar público” (6). Otro opinante, John Adams, que fuera el segundo presidente de Estados Unidos, aseguraría a su vez que la anexión de Cuba “sería indispensable para la perpetuación e integridad de la Unión misma” (7). El peligro proveniente de Francia y la coalición absolutista dio lugar también a la emisión de la “Doctrina Monroe”, que no eran más que unos párrafos introducidos por el Secretario de Estado John Quincy Adams en el mensaje que el presidente James Monroe (1821–1825) envió al Congreso en

diciembre de 1823. Esta doctrina, luego tan famosa, hacía saber la oposición norteamericana a cualquier tentativa europea de nuevas colonizaciones en América y a la posibilidad de “oprimir o de controlar de cualquier otra manera el destino” de los países recientemente independizados de Hispanoamérica que Washington acababa de reconocer” (8). El Mensaje no mencionaba para nada ni a Cuba ni a Puerto Rico, porque estaba destinado a defender a estos países de las potencias *de Europa*, pero no de la misma nación norteamericana, cuyos estadistas ansiaban claramente la anexión de las islas. Por eso el mismo Monroe diría en una carta a Jefferson: “He pensado siempre... que no hay que conceder demasiada importancia a esa isla; deberíamos, de ser posible, incorporarla” (9).

En esa línea de pensamiento, el Senador por el recientemente incorporado Estado de Florida, Mr. David. L. Yulee, presentó en 1845 un proyecto para que la Cámara Alta aconsejara al presidente James K. Polk (1845–1849) que abriera tratativas con España para la compra de Cuba, pero se le hizo comprender que ESTADOS UNIDOS., interesado en esos momentos en fagocitarse definitivamente Texas, Oregón y California, no podía echarse encima más problemas, así que Yulee retiró de inmediato su propuesta.

Un par de años después, Lord George Bentinck, miembro del Parlamento británico, indignado por la demora de España en pagar los intereses y devolver los capitales atraídos a la deuda pública en la por entonces enorme suma de 46.000.000 de libras esterlinas, propuso abiertamente que Gran Bretaña se incautara de Cuba y Puerto Rico hasta que el gobierno español devolviera las sumas adeudadas. Y aunque el Premier Lord Palmerston no lo apoyó, el hecho de que por entonces su país se mostrara interesado en mantener posesiones en América Central (Belice en Honduras y la Costa de Mosquítia en Nicaragua), las audaces y beligerantes posiciones de Lord Bentinck alarmaron a la opinión pública yanqui y dieron pie para que arreciara la ofensiva de la prensa anexionista de Nueva York, encabezada por el “The Sun” de Moses Y. Beach y “La Verdad”, fundado por John L. O’Sullivan. Éste, lo mismo que el senador demócrata Cass y el senador y diplomático James Buchanan se orientaban decididamente a la compra de Cuba.

No había entonces exageración alguna cuando Fidel Castro explicó a los integrantes del Primer Congreso del PPC, que “la aspiración de anexarse a Cuba fue siempre, por otro lado, un fuerte propósito de los dirigentes de Estados Unidos desde los inicios mismos de esa república” (10).

2. EL AUGES DEL ANEXIONISMO CUBANO

Esta aspiración a una rápida incorporación de Cuba a los Estados Unidos, que presionaba desde afuera fogueada por intereses económicos de los esclavistas

algodoneros del sur norteamericano y por políticos de aguda visión geopolítica –ya que aún no imperialista–, fue reforzada desde adentro, desde Cuba misma, por una *tendencia anexionista* por momentos muy fuerte entre las clases dominantes criollas de hacendados, tabacaleros y dueños de ingenios azucareros e intelectuales.

Toda la estructura económica y social de Cuba estaba asentada desde mucho tiempo atrás sobre la esclavitud de las masas negras, que junto a los negros libres, en determinados momentos –como en la década del 40– constituían más de la mitad de una población de un millón de habitantes. Ya en los años iniciales del Siglo XIX, cuando todos los países latinoamericanos luchaban por independizarse de la metrópolis española, la aristocracia esclavista de Cuba extorsionó a las Cortes liberales de Cádiz, que se disponían a abolir la esclavitud: le hicieron saber que si se adoptaba ese criterio, Cuba se sumaría al movimiento independentista general, pero si se la mantenía y se le otorgaban ciertas facilidades del comercio libre, se mantendría fiel. España no se atrevió a perder la más rica y grande de las pocas colonias que le quedaban en el Caribe y no dio el paso que se temía. La opresión de los negros se mantuvo y se consolidó.

La esclavitud, sin embargo, no se sostendría sin resistencia de los propios esclavos. Desde los estallidos violentos e inesperados, frutos de la desesperación de las masas explotadas cruelmente, hasta sublevaciones cuidadosamente planeadas se sucedieron durante toda la primera mitad del Siglo XIX, desarrollando en las clases dominantes y en amplios sectores del resto de la población blanca una psicosis que les hacía temer para Cuba un destino similar al de Haití con los blancos franceses, muchos de los cuales se habían fugado hacia la misma Cuba en el reciente pasado. Era el famoso “miedo al negro” de esos años.

Con el aplastamiento sangriento de la “Conspiración de la Escalera” en 1844, por parte de las autoridades y el ejército español estacionado en Cuba para esos fines de represión, cesaron las sublevaciones y el “miedo al negro” se fue amortiguando, de manera tal que los grupos hegemónicos criollos se fueron animando a plantear sus diferencias con España y sus virreyes cubanos, (los “Capitanes Generales”) por la ruinosa política económica que se aplicaba y los oídos sordos y desprecios hechos a la orgullosa elite cubana, donde no faltaban títulos de nobleza y distinción hispánica. Comienza a desarrollarse así en sus filas la tendencia a separarse de España, pero no para declararse independientes sino para sumarse como un Estado esclavista más a los Estados Unidos, confiando en que así tendrían la fuerza política y militar necesaria para mantener lo que los esclavistas de los estados sureños denominaban púdicamente “la peculiar institución”.

Esta corriente anexionista tenía bases objetivas: el sistema esclavista, común a ambos países, era la principal, pero también deben contabilizarse las cada vez más

estrechas relaciones económicas y comerciales entre ambos. En efecto: Estados Unidos era el gran consumidor del azúcar cubano y a su mercado acudía el 42% de todas las exportaciones de Cuba y España no recibía más que el 12%, al tiempo que Cuba se iba constituyendo en una interesante plaza para las manufacturas estadounidense. En el quinquenio 1851–1855, señala una fuente cubana, “más de la mitad de los barcos que llegaba a Cuba eran norteamericanos” (11). Con razón diría en 1851 el Cónsul General de EE. UU. en La Habana que “Cuba es una dependencia económica de Estados Unidos, aun cuando políticamente siga gobernada por España” (12).

A esta realidad material se le sumaban los desencuentros cada vez más graves entre la aristocracia cubana y las autoridades peninsulares, como la negativa de España a reinstalar la diputación cubana a las Cortes, suprimida en 1837; el cierre del mercado norteamericano al café, causado por las represalias yanquis al proteccionismo español respecto a la provisión de harina a Cuba, reservada a los peninsulares; la negativa a cualquier reforma progresiva para la colonia, reclamada por eminentes dirigentes locales, desde José Antonio Saco a Miguel de Aldama; o el choque con el reaccionario Capital General Miguel Tacón, que persigue y destierra a referentes de la elite criolla cubana. La concurrencia de todos estos factores dará lugar a un desarrollo creciente del Anexionismo cubano, que siempre había existido en algunos políticos, pero que cobra fuerza a partir de 1846/47.

En la orilla de enfrente, el presidente James Polk, que era un plantador esclavista de Mississippi, alentaba de modo casi directo a los anexionistas, al decir, inmediatamente después de la incorporación de Texas (diciembre de 1845) “que si una porción de un pueblo de este continente, constituido en Estado Independiente, se resuelve a unirse a nuestra confederación, es asunto que a él y a nosotros nos toca considerar, sin intervención de extraños” (13). Con esta expectativa –independizarse e incorporarse– se formaron en la propia Cuba diversos grupos clandestinos en Santiago, Puerto Príncipe, Trinidad, etc. y el más importante: el “Club de La Habana”, en tanto que en Nueva York se constituye en 1847 el “Consejo Cubano” de Gaspar Betancourt Cisneros, Cristóbal Madam y Miguel Teurbe. Este Consejo y sus aliados del interior de Cuba organizaron varios alzamientos en la propia isla y varias expediciones invasoras que salieron siempre de Estados Unidos con ayuda y financiamiento de los esclavistas del Sur, que soñaban con incorporar una nueva entidad estatal que los fortificaran frente a los estados democráticos e industriales del Norte. Con el mismo pensamiento el esclavista Polk, a mediados de 1848, dio órdenes al representante de Estados Unidos en España, Romulus Mitchels Saunders, de tratar de comprar Cuba por la entonces fabulosa suma de 100.000.000 de dólares,

repetiendo la maniobra de hacía un cuarto de siglo con la Florida. Pero ahora España no se encontraba en las mismas apuradas dificultades de 1819 y rehusó la oferta.

Por su parte, los separatistas–anexionistas de Cuba, en esta década del cuarenta, encontraron su “instrumento activo”, como le llama Tuñón de Lara, en el general Narciso López. Este era un militar español, que había luchado contra los patriotas venezolanos, y ocupado después altos cargos militares en España y luego en Cuba. Destituido de todos sus cargos en 1844, el despecho lo transformó en un enemigo de España y servidor de los anexionistas. Organizó varias expediciones invasoras a Cuba. Reclutó para ellas mercenarios extranjeros por siete dólares mensuales y recibió la ayuda de los esclavistas del Sur y del gobernador de Mississippi, John A. Quitman, pero fracasó siempre. Derrotado en “Cafetal de Frías” en agosto de 1851, las autoridades lo capturaron y le dieron muerte por el garrote vil.

En 1853 se produjo el último intento insurreccional de los anexionistas adeptos del empresario catalán Ramón Pintó, pero fue también vencido y el movimiento comenzó a perder fuerza. No obstante, el anexionismo siguió alimentando las energías de los presidentes yanquis: en 1854, tres enviados diplomáticos del presidente anti–abolicionista Franklin Pierce (1853–1857) a Gran Bretaña, Francia y España, emitieron secretamente en una ciudad holandesa, un informe para Pierce, el llamado por la oposición “Manifiesto de Ostende”, donde proclamaban la anexión de Cuba por cualquier medio. El “Manifiesto” desagradó a los estados del Norte, temerosos del expansionismo esclavista, y privó a Pierce de una segunda presidencia, que fue para James Buchanan (1857–1861).

El anexionismo de Cuba se retrajo a un estado de hibernación, por decir así, pero los acontecimientos que le dieron el golpe final fueron la derrota de los estados del Sur frente a los ejércitos de Abraham Lincoln y la abolición de la esclavitud, en 1865. Desde entonces, los políticos cubanos representantes de la aristocracia criolla, se volcaron a la llamada “política reformista”, que admitía permanecer bajo la tutela colonial a cambio de que España les otorgara ciertas concesiones política y les permitiera modernizar la estructura económica, en la cual la esclavitud ya comenzaba a ser anacrónica y perjudicial frente al trabajo libre que demandaba la nueva etapa de la industria azucarera en Cuba. Se apoyaban en la tolerancia interesada del capitán general Domingo Dulce (1862–1866), que simpatizaba con sus propuestas y las prohió discretamente. Inútilmente, porque la Corte de Madrid no estaba aún dispuesta a ceder nada a sus súbditos del Caribe. En tanto, los Estados Unidos, embarcados en la desastrosa Guerra de Secesión que duró todo el mandato de Abraham Lincoln, se vio obligado a concentrar todas sus fuerzas en el conflicto, pasando a segundo plano la cuestión de Cuba.

3. TRES ACTORES EN LA GUERRA GRANDE

Ninguna reforma sustancial les fue admitida a los pedidos cada vez más apremiantes de la dirigencia de los hacendados y dueños de ingenios, lo cual determinó que ellos se lanzaran por fin a la lucha armada que habían tratado de eludir. Desde el Grito de Yara lanzada por Carlos Manuel de Céspedes en marzo de 1868 hasta la Paz de El Zanjón de enero de 1878, la década tan heroica de la “Guerra Grande” estuvo informada por relaciones cruzadas entre Estados Unidos, los rebeldes de la “República Cubana en Armas” –que presidió Céspedes al principio– y la misma España impugnada por la revolución.

El movimiento exhibía dos posiciones en relación al álgido tema de la Anexión. Una, formada por los revolucionarios de las provincias de La Habana, Las Villas y Camagüey, más vecinas al continente y relacionadas con los Estados Unidos por razones económicas y culturales y cuyas figuras principales eran Miguel de Aldama y José Morales Lemus, sostenía la incorporación total y orgánica al gran país del norte y utilizaban al principio de la revolución dos banderas: la cubana (inventada por Narciso López) y la norteamericana entrelazadas; la otra, fuerte en las provincias de Oriente, que siempre había mirado al sur, a Latinoamérica, y donde el esclavismo era reducido, la encabezaban el propio Céspedes y los jefes militares como Máximo Gómez, Antonio Maceo o Calixto García y mantenían un anexionismo más simulado que real, destinado a atraer el apoyo de la potencia estadounidense para la independencia. Así, estos hombres, decididos independentistas, dirigieron a W.H. Serward, Secretario de Estado del nuevo Presidente Ulises T. Grant (1868–1872) una misiva en la que, después de exponerse los motivos determinantes del alzamiento y de elogiar las instituciones republicanas de la nación que había abolido la esclavitud, se agregaba: “por eso no hemos dudado un solo momento en dirigirnos a ella (a Estados Unidos) por conducto de su Ministro de Estado, a fin de que nos preste sus auxilios y nos ayude con su influencia para conquistar nuestra libertad, que no será dudoso ni extraño que después de habernos constituido en nación independiente, formemos más tarde o más temprano una parte integrante de tan poderosos estados, porque los pueblos de América están llamados a formar una sola nación y a ser la admiración y el asombro del mundo entero” (14).

El anexionismo potencial que declamaban “*pour le galerie*” los sectores más revolucionarios del cespedismo y sus generales era de distinta naturaleza al que había imperado en las décadas anteriores: no se concebía como una articulación para mantener el sistema esclavista en Cuba, abolido ya en los estados del sur. Era una

adhesión nueva, no a los explotadores del trabajo negro, sino a unos Estados Unidos regenerados –pensaban ellos– por la abolición y el pensamiento democrático de Abraham Lincoln, que había alcanzado gran popularidad entre los emigrados cubanos en Florida y en Nueva York y en la propia dirigencia cubana. Tan es así que José Martí, escolar de 12 años en 1865 en Cuba, se coloca luto en su brazo cuando se enteró del asesinato de Lincoln y sus compañeros le acompañan en el duelo.

Pero Grant no mantendría los ideales del hombre de Kentucky. Por el contrario, llevará adelante una política de gran duplicidad con los revolucionarios cubanos, alentando en un principio sus actividades en el país, para luego volverse contra ellos alegando su “neutralidad”, que en los hechos favorecía a España. En julio de 1869 hizo detener al anciano Morales Lemus acusándolo de violar, precisamente, las leyes de neutralidad, mientras permitía que la metrópolis que oprimía a los cubanos hiciera construir tranquilamente en el puerto de Nueva York 30 cañoneras para interceptar las expediciones marítimas de los cubanos que periódicamente pugnaban por llevar tropas a las playas de su patria. Al año siguiente, ordenó a las autoridades civiles y militares de Estados Unidos, que aprisionaran y castigaran a todos los ciudadanos extranjeros que recaudaran dinero para armar expediciones contra “territorios o dominios pertenecientes a potencias con quien Estados Unidos están en paz” (15). Obviamente, era una orden que tenía destinatarios conocidos... Grant había retornado a la vieja estrategia norteamericana de la “fruta madura”, que establecía que, en virtud del creciente desarrollo económico de los Estados Unidos y la decadencia española, Cuba caería en su regazo como fruta en sazón, sea por compra directa o por la acción militar en el momento oportuno, pero siempre tratando de excluir a los propios cubanos como factor autónomo en el gobierno futuro de Cuba. Céspedes había comprendido claramente la estrategia inveterada de los gobiernos estadounidenses, porque en 1870 escribía que “Por lo que respecta a los Estados Unidos, tal vez me equivoque, pero en mi concepto, su gobierno a lo que aspira es a apoderarse de Cuba sin complicaciones peligrosas para su nación, y entre tanto que no salga del dominio de España, siquiera sea para constituirse en poder independiente; este es el secreto de su política” (16).

Una nueva instancia en las equívocas relaciones entre el gigante en crecimiento y la pequeña Cuba se dio cuando el “agente confidencial” de la república en armas, General Manuel de Quesada, se entrevistó en marzo de 1870 con Grant, con la ingenua idea de que el gobernante permitiría el libre paso de armas hacia Cuba. Fue otro golpe a una confianza sin bases reales: no sólo no se le concedió la autorización requerida, sino que el propio presidente, en junio, lo desprestigió ante el congreso acusando al moderado general de ser más sanguinario que los sanguinarios militares españoles encargados de la represión en Cuba, González Boet

y el Conde de Valmaceda. Las negociaciones, naturalmente se interrumpieron para siempre. Es que Grant y su camarilla querían librarse de la molesta insistencia de los revolucionarios porque ya habían diseñado un nuevo esquema, bastante alambicado, para apropiarse de la patria de Martí: invertir, por parte del Departamento de Estado, grandes capitales en la producción de azúcar en la vecina República Dominicana, para competir en dumping con el azúcar cubano, ya bastante comprometido en sus ventas por otra competencia: la del azúcar de remolacha en Europa. Confiaban en que de este modo España se vería en la necesidad de venderles Cuba.

No creyéndose aún lo suficientemente fuerte como para encarar la tarea mayor y causar encima el desagrado de potencias como Francia e Inglaterra, Estados Unidos prefería que Cuba mantuviera su posición de colonia española. Era la posición sentada ya por Jefferson en 1804, como vimos. Pero en un movimiento de “aproximación indirecta” –como se diría en la geopolítica del siglo siguiente– a su objetivo, el presidente Grant propició un plan de pseudo “mediación” ante España, en la que intervinieron Morales Lemus por el ala conciliadora de la revolución en marcha, y el nuevo secretario de Estado yanqui, Hamilton Fish, quienes convinieron el 29 de Junio de 1870 proponer al gobierno peninsular la independencia de la Cuba a cambio de abonarle por ella los consabidos 100.000.000 de dólares, que pagarían las autoridades independentistas con un gigantesco préstamo que le harían los bancos norteamericanos a los estadistas de Cuba independiente, cuyo destino quedaría así ligado por décadas a Estados Unidos por una deuda externa impagable. Para facilitar el acuerdo, Washington designó al General Sickles, personero de esos bancos, como embajador en España, pero las tratativas se interrumpieron en octubre y el convenio no se realizó porque el primer ministro de España, el general Juan Prim, –el hombre fuerte del momento, que acababa de derrocar a la Reina Isabel II– exigía que se le garantizara que los revolucionarios de Carlos Manuel de Céspedes abandonarían la lucha y se rindieran, condición imposible de cumplir por los negociadores cubano–yanquis.

Pero, si las relaciones con la administración de los republicanos est signada por la hipocresía de sus funcionarios y políticos, muy otra era la que mantenían los revolucionario con el pueblo sencillo del norte y con muchos oficiales del ejército de Lincoln que habían luchado contra los esclavistas del sur. Estos sectores sentían admiración por la gesta militar de los “mambises” cubanos y deseaban ayudarlos. Tanto es así que ex–altos jefes del ejército abolicionista de Lincoln se incorporaron a las filas de la república en armas. Por ejemplo: el general/ingeniero Thomas Jordán, que llegó a ser jefe de todas las fuerzas revolucionarias interiores; Federico Fernández de Cavada, que basado en las enseñanzas de las operaciones contra los terratenientes esclavistas que había protagonizado como comandante, aplicó

hábilmente la “política de la tea” incendiaria contra los hacendados peninsulares y criollos que apoyaban al despótico gobierno colonial; Henry Reeve, “el inglesito”, muerto en combate contra los españoles en la sabana de Yaguaramas el 4 de Agosto de 1876, y tantos otros valerosos voluntarios.

Librados a sus propias fuerzas, los revolucionarios no tuvieron otra relación con las autoridades norteamericanas como no fuera la de cuidarse de la vigilancia y la represión que ejercían sobre ellos. En la política interna de la emigración, librada justamente en el país en que subsistían penosamente aquellos cubanos, hasta el fin de la guerra ella se caracterizaba por los esfuerzos del grupo “aldamista” por imponer sus ideas anexionistas y los núcleos revolucionarios para derrotarlas. Formaban en esta ala radical de la emigración grupos como “la independencia” y los periódicos de igual nombre, más “El Correo de Nueva York” y “La Revolución”. Un artículo de este último, contestando a los anexionistas que, disimulando sus propósitos, pretendían tranquilizar a la emigración haciéndoles creer que Estados Unidos, ya no quería la incorporación de Cuba, les decía con gracejo y verdad que “eso de que no se quiere por este país la anexión, es una cosa parecida a aquello del sapo que no quería que lo arrojaran al agua...” (17).

4. EN “LA TREGUA NECESARIA”

La Guerra Grande, librada por los ejércitos mambises, duraría diez años, pero no triunfaría. Los políticos de la cámara de representantes de la república en armas, formada por dirigentes políticos blancos y ricos hacendados y azucareros criollos, creyó que ya no se ganaría y aceptó firmar con los españoles la Paz del Zanjón, a cambio de cierta liberalización del régimen colonial. Los que, en cambio, pensaban que la guerra de desgaste estaba ya por poner de rodillas a España (100.000 muertos, 45.000 soldados hospitalizados, 100.000 dólares gastados de 1874 a 1876), como los generales Calixto García, Antonio Maceo y Máximo Gómez, lanzaron una segunda embestida armada en 1879, que apenas duró un año y debió fracasar. Fue “La Guerra Chiquita”. En ella estuvo involucrado José Martí, que fue detenido y desterrado a España, de donde huyó para volver a América en 1880. Desde enero se radicaría en Nueva York, donde daría a luz al periódico revolucionario “Patria”.

La tercera y triunfal revolución se iniciaría en 1895, después de quince años de lo que algunos publicistas llamaron “una tregua necesaria”.

Durante estos tres lustros que eran interminables para los impacientes patriotas desparramados por Costa Rica, Panamá, Santo Domingo, Haití, Tampa, Cayo Hueso, Filadelfia, Chicago y Nueva York, José Martí se dedica con fe e inagotable tesón a organizar la revolución en Cuba. Se gana para la causa a los trabajadores tabacaleros emigrados en La Florida, se esfuerza para pulir las

diferencias entre los grandes jefes militares del 68, funda “clubes” patrióticos en cada localidad norteamericana en que haya un grupo de cubanos, recolecta dinero para comprar armas y alquilar buques, funda el Partido Revolucionario Cubano, organiza al detalle la sedición en el interior de Cuba y estudia con los generales de la emigración (Gómez, Maceo, Calixto García, Enrique Collazo, Mayía Rodríguez y otros) la fecha de la sublevación interior coordinada con la invasión desde el continente. Siempre bajo la vigilancia de los cónsules españoles en Estados Unidos y la hostilidad del gobierno de Washington, que “solo necesita pruebas equívocas para actuar: la correspondencia con los clubes es abierta, vigilado Martí, “Patria” y Front St. fisgoneados” (18). Tal las únicas relaciones ahora con los patriotas cubanos.

Mientras tanto, Estados Unidos continúa aumentando la conflictividad de sus relaciones diplomáticas con España y su peso en la economía de Cuba, a la que sigue codiciando. La política estadounidense en estos años de tregua se despliega en dos niveles: uno geopolítico-territorial y el otro de expansión y penetración económica-financiera.

La primera política fue expuesta con toda crudeza por el periódico “The Manufacturer” en mayo de 1889 cuando explica: “Hay mucho que decir en favor de nuestra adquisición de Cuba. La empresa halaga la imaginación. Cuba, por lo que pueda dar de sí, es la más espléndida isla de las Antillas. *La nación que la posea tendrá el señorío exclusivo de los canales interoceánicos...*” (19). Quería decirse que apoderándose de Cuba, se cumpliría el sueño imperial de hacer del Golfo de Méjico el *mare nostrum* de los norteamericanos, ya que la costa norte de Cuba controlaría con la Florida el Estrecho de este nombre y la orilla sur le permitiría hacer lo mismo con el Canal de Yucatán, en el extremo sur marítimo de Méjico. Más aún: avanzando hacia el sudeste, con el dominio de las islas que siguen a Cuba en esa dirección (República Dominicana-Haití, Puerto Rico y las Antillas Menores) completaría un arco insular que cerraría por el Sur-Este sobre Venezuela, el Mar Caribe como otro mar propio de los yanquis. De allí que, tempranamente –en 1866–, el gobierno estadounidense había comenzado por comprar la bahía de Samaná en la Republica Dominicana y luego había conseguido “comprar a Dinamarca las islas de Saint Thomas y Saint John por 7.500.000 dólares en 1867 y anexarse la República Dominicana, un plan que estuvo prácticamente realizado hacia el 1870. La anexión fracasó debido a que encontró una fuerte oposición dentro de la República Dominicana y en el Senado norteamericano” (20). Los dirigentes estadounidenses veían con aprensión como Francia, que ya poseía las estratégicas islas de Martinica y Guadalupe, adquiría a Suecia, en 1877, la isla de San Bartolomé por 320.000 francos. Pero por el momento no se pudo hacer más y el “destino manifiesto” debería

aún esperar dos décadas para hacer otro gran intento: el sometimiento de la heroica patria de Martí.

El segundo nivel, económico, surgía del hecho de que Estados Unidos, había conseguido, después de la Guerra de Secesión, un extraordinario y rápido desarrollo de todas sus fuerzas productivas: industriales, agrícolas, financieras y comerciales, y la burguesía norteamericana sentía ya que sus fronteras le estaban quedando estrechas. En esta etapa pre-imperialista se preparaban ya los rasgos específicos del imperialismo moderno propiamente dicho, bajo cuyas miras Cuba era la primera en ser considerada apetecible, por razones crudamente económicas y por las razones geopolíticas que esbozamos anteriormente. El comercio de Estados Unidos con Cuba se acrecentaba de continuo en este período, ya que de los \$65,487.533 que exportó Cuba a Estados Unidos, en 1882-1883, se pasó en 1894 a los \$ 93.410.411, pero pagando los importadores y exportadores yanquis muy altos aranceles, en virtud de las tarifas aduaneras proteccionistas de España, que trataba de mantener a Cuba como coto cerrado de su comercio. En cambio, la “Tarifa McKinley” debido a las imperiosas necesidades de Estados Unidos, permitía la entrada del azúcar cubano sin abonar impuesto alguno.

Muchos monopolios deseaban ampliar sus inversiones, especialmente empresas como el trust Havemeyer, que refinaba gran parte de azúcar bruto cubano. La producción azucarera local aumentaba constantemente, pero España, que producía ya azúcar de remolacha como el resto de Europa, sólo compraba de ella el 18%. Por consiguiente, los propietarios de los ingenios insulares se veían obligados a vender casi toda la producción a las refinerías de Estados Unidos (en 1886 el 94%), quedando toda la economía de Cuba, país estrictamente mono-productor, completamente prisionera y dependiente de sus compradores. De éstos dependía la permanencia o la ruina de la estructura económica cubana. De este modo –dice Oscar Zanetti Lecuona– “la gran república norteña estaba en condiciones de presionar a España para hacer valer sus intereses en la gran colonia antillana” (21). Esta dependencia se mostró claramente cuando en 1894 la Tarifa cero fue reemplaza por la “Ley de Tarifas Wilson-Gorman”, que gravó al azúcar en la frontera estadounidense con impuestos del 40%, justo en el año de la gran superproducción récord de 1 millón de toneladas. “Era, en síntesis, la ruina. El azúcar –narra Ruiz García– se amontonó en Cuba, el desempleó se incrementó y la desesperación cubana se encontró sin medios adecuados para negociar con Norteamérica” (22). Por otro lado, para 1895 los capitalistas del norte tenían ya invertidos en Cuba 50 millones de dólares en plantaciones de caña y minas, y 100 millones de dólares en actividades comerciales, compañías de navegación, servicios portuarios, etc. (23). Además, se habían “acrecentado en medida considerable los nexos financieros con los

productores insulares, algunos de los cuales adeudaban sumas considerables a entidades bancarias y firmas comerciales de Estados Unidos” (24).

5. LA TERCERA GUERRA Y LOS CAMBIOS DE FRENTE

En general, los ricachones cubanos exiliados, como Miguel de Aldama en Estados Unidos o Nicolás de Azcárate ¡en España!, aunque querían librarse de la tutela de una metrópolis que se revelaba como incapaz de solucionar los problemas de Cuba –si es que quería hacerlo–, eran enemigos de la Independencia total. Temían la “política de la tea”, el ascenso al generalato de jefes negros o mulatos y el predominio social de la mayoría popular de color que se estaba produciendo. De manera que su aporte pecuniario a la causa fue siempre mezquino o nulo. Las armas, pertrechos y buques para la invasión que se preparaba en 1895 se adquirieron mayormente con los aportes, centavo a centavo, de los trabajadores –especialmente los obreros tabacaleros– de la emigración, que nunca desfallecieron en su esfuerzo por donar el 10% de sus magros salarios. Tomás Estrada Palma, uno de los ex–presidentes de la “Republica en Armas” durante la Guerra Grande y Delegado en Estados Unidos del Partido Revolucionario Cubano fundado por Martí, diría al Brigadier Betancourt, dando cuenta de sus esfuerzos pecuniarios, que “la Señora Abreu y el Señor Terry, son los únicos propietarios cubanos que han abierto su caja para auxiliar la revolución sin condición alguna, ni aún la de que se protejan sus propiedades (...). La fuente más segura de ingresos que ha tenido y probablemente tendrá en el porvenir la revolución es y será la contribución del 10 por 100 que, voluntariamente, se ha impuesto la clase pobre de nuestra emigración” (25)

Esa financiación, de origen tenían las armas y los tres barcos que debían zarpar de Fernandina (en Florida) para la invasión a las costas de Oriente a principios de 1895 y que, por una delación, fueron confiscadas el 10 de enero por las autoridades de los Estados Unidos, siempre enemigas por estos años. Sin embargo, la dolorosa pérdida no embotó la fe de aquellos patriotas, que de todos modos consiguieron llegar a Cuba poco después. José Martí y el general Máximo Gómez desembarcaron en La Playita y se incorporaron al alzamiento que se había producido el 24 de febrero.

La revolución que se iniciaba, con un carácter más popular que la de 1868, contaba en Cuba con una gran opinión favorable, aún en grandes sectores criollos de la clase alta, que eran separatistas, aunque no partidarios de la Independencia. Ya en 1893, en una visita que había hecho a La Habana la princesa María Eulalia, hija de la ex–reina Isabel II (1843–1868), escribía a su madre que “allí, como en todas partes, he encontrado un estado de ánimo que deja prever que el día que Cuba se separara del reino sería para todos un alivio general...” (26). El clima de descontento existente entonces se agravó notablemente por la crisis económica que determinó la barrera

proteccionista impuesta por la “Tarifa Wilson–Gorman”, de manera que el alzamiento y la invasión *mambí* contaban a su favor con un descontento nacional cuando se desencadenaron.

Los grandes jefes del 68 –Gómez, García, Maceo, Masó, Moncada, Flor Crombet– asumieron la dirección militar de la revolución en Oriente y, derrotando el escepticismo de los anexionistas subsistentes y de los pocos cubanos reformistas–autonomistas que apoyaban a España, infligieron derrota tras derrota a las fuerzas hispánicas de Cuba y pronto avanzaron hacia las ricas provincias de Occidente (Matanza, Pinar del Río y la misma Capital: La Habana), recorriendo Cuba de punta a punta. El 22 de enero de 1896 las tropas mambisas llegaron al extremo occidental de Cuba, en una marcha memorable en la que hicieron 424 leguas en 78 jornadas, libraron 27 combates, ocuparon 22 localidades importantes, recogieron de los españoles derrotados 2.036 fusiles con 7.000 cartuchos e innumerables caballadas. “El mundo entero quedó impresionado por la gesta. El periódico norteamericano “The Sun” comentó: “La habilidad de la estrategia del jefe revolucionario jamás ha sido sobrepujada en una guerra... (la invasión) se acerca más a los prodigios de la leyenda que a los anales auténticos de nuestro tiempo. Gómez ha desplegado en toda esta campaña admirable genio militar” y el general norteamericano Sickles, veterano de la guerra de secesión la enjuició así: “La marcha de Gómez desde el punto de vista militar, es tan notable como la de Sherman... debemos poner a Gómez y a Maceo en la primera fila de la capacidad militar”. Otros señalaban que era “el hecho militar más audaz de la centuria”. En Londres y París hubo versiones parecidas. Los altos mandos militares españoles de Cuba, bajo la jefatura del famoso general Martínez Campos, hicieron crisis” (27).

Ante la evidencia de que el triunfo de las tropas cubanas no tardaría en ser un hecho, a pesar de la crueldades criminales del nuevo Capitán General Valeriano Weiler, “el carnicero”, se produjo en la situación un doble movimiento de clase: la rica burguesía oligárquica criolla de plantadores y dueños del azúcar, dejando de lado a sus desprestigiados representantes del pro–hispanista “Partido Autonomista”, se acercó –independientemente de ellos– a los Estados Unidos procurando la separación y la anexión. Por otro lado, ante el peligro de que tras la independencia los cubanos se dieran un inflexible gobierno antiimperialista que no les permitiera injerencias indebidas en el país, la ya burguesía imperialista yanqui dejó de considerar “bandidos” a los patriotas y admitió entrar en tratos diplomáticos y económicos con ellos.

De parte de la aristocracia cubana, uno de sus primeros acercamientos se da cuando en abril de 1896 dos de sus representantes (Marcos García y Alfredo Spotorno, dos renegados del '68) se reunieron con dos representantes de los

inversionistas yanquis: Oscar B. Stillman y Edwin F. Atkins, en negociaciones de orden anexionista que fracasaron. Un segundo se registra cuando en junio siguiente un grupo de “propietarios de ingenios, banqueros, terratenientes ganaderos, grandes colonos azucareros, abogados de grandes bufetes, profesionales ricos y políticos autonomistas y algún que otro marqués”(28) se dirigen al presidente Grover Cleveland (1893–1897) y se ofrecen, delicadamente, como instrumentos de la penetración yanqui a condición de que se reconociera su preeminencia en la jerarquía social de Cuba y sus intereses, obviamente. Con razón el cónsul Fitzhugh Lee explicaba entusiasmado al Departamento de Estado que “los cubanos inteligentes y educados desean la anexión a nuestra república” (29). Pero el pueblo y sus mejores dirigentes la rechazaban y luchaban por la Independencia total.

En cuanto al trato de los estadounidenses con los revolucionarios se dio a través de Tomás Estrada Palma, el cual, según el general patriota Enrique Collazo era un “anexionista tapado”. Estrada Palma, en lugar de reorganizar la emigración y la recolección de dinero para adquirir armas, se dedicó a la tarea de sonsacar monedas a lo insensibles oligarcas expatriados, que no le aportaban un peso, a conseguir grandes empréstitos de banqueros europeos y norteamericanos, a emitir bonos de préstamos a devolver después de la independencia mediante la recaudación de las aduanas cubanas administradas por los yanquis y a celebrar un contrato de ese tipo por 37 millones de dólares en noviembre de 1897. El deseo máximo del antiguo presidente mambí, ahora domesticado tras vivir 25 años en Estados Unidos, junto con el grupo conciliador de que se rodeó, era el lograr la intervención militar estadounidense en su país y anexarlo a su gran vecino luego de declarada la independencia. Sin embargo, pese a estas actitudes dictadas por falta de confianza en las aptitudes del pueblo cubano para triunfar por sí mismo, al menos Estrada Palma logró comprometer públicamente al gobierno estadounidense a reconocer la independencia absoluta de Cuba. Tal lo que decía la famosa “Resolución Conjunta” (*Joint Resolution*) del senado y los diputados norteamericanos: “El pueblo de Cuba es, y de derecho debe ser, libre” (art. 1º) y “Los Estados Unidos declaran por la presente que no tienen intención ni deseo de ejercer en Cuba soberanía, jurisdicción o dominio...” (Art.4º) (30). En cuanto al pueblo norteamericano, el gran hispanoamericanista estadounidense Waldo Frank (1889–1967) recordaría de su niñez que “una ola de simpatía corría por todos los Estados Unidos. Acaso los periodistas la provocaron por motivos mezquinos y tal vez los políticos que la encauzaron no eran más que los lacayos de siempre, pero el pueblo americano se levantó con un fervor purísimo para ayudar a los cubanos a arrojar de su isla al español” (30b).

En medio de estas intrigas diplomáticas, negociaciones oscuras, deserción de parte de las clases dominantes de Cuba y simpatías populares, el gobierno español intentó su última jugada para retener Cuba: el 25 de noviembre de 1897 una especial orden firmada por la Reina Regente María Cristina concedía la Autonomía a los cubanos, la que se haría efectiva desde el 1° de enero de 1898. Y así se hizo.

6. LA INTERVENCIÓN YANQUI Y LA OCUPACIÓN MILITAR

Pero ya era demasiado tarde. Ante el peligro de que Cuba se independizara por sí misma y escapara a su control, el nuevo presidente estadounidense William McKinley (1897–1901) se decidió a intervenir militarmente. Las autoridades españolas más perspicaces –como el nuevo capitán general de Cuba, el general Ramón Blanco, que había reemplazado el 31 de octubre de 1897 al “Carnicero” Weyler (1895–1897)– comprendieron e inmediato esta peligrosa amenaza. Así, Blanco escribía a la reina María Cristina a mediados de noviembre de 1897: “Mi opinión, señora, es que no debemos fiarnos del gobierno de McKinley, y mucho menos del pueblo americano, en quien se inspira aquel (...). Estudiando su conducta desde hace muchos años, se comprueba claramente que va derecho a la intervención” (31).

Tenía razón: la vía militar ya había sido prevista bastante tiempo atrás. A mediados de 1897 se le habían dado instrucciones al teniente general Nelson A. Miles acerca de una próxima “campana de las Antillas”, que el subsecretario de Guerra J. M. Breackseason ratificó por carta que le dirigiera el 24 de diciembre de 1897, fijándole como fecha probable del ataque el mes de octubre del año siguiente. Esta documentación, citada en su libro por el Dr. Juan Bosch (32), deshace completamente la fábula de que Estados Unidos declaró la guerra a España para vengar la explosión del crucero *Maine*, surto en el puerto de La Habana en una “visita amistosa” desde el 24 de enero de 1898. En realidad, el *Maine* no estaba en una visita amistosa, sino que había sido llamado por el cónsul Lee para proteger –la excusa de siempre– la vida y las propiedades de los ciudadanos norteamericanos en Cuba, vale decir: en son de guerra disimulada; en cuanto a la voladura atribuida a las autoridades españolas, una pericia estableció que la explosión se había efectuado desde *dentro* hacia *afuera*. Curiosamente, voló el 15 de febrero cuando había desembarcado toda la oficialidad y solo quedaron a bordo 262 modestos marineros yanquis –gran cantidad de ellos negros– que murieron en su totalidad. No hace falta ser demasiado suspicaces para creer que se trató de un auto–atentado para crear el *casus belli*. El escritor portorriqueño Carlos Padilla Pérez lo afirma rotundamente: “Hoy se sabe perfectamente que el *Maine* fue hundido por su propia tripulación, obedeciendo

instrucciones de su gobierno, pues ello daría motivo a una guerra entre Estados Unidos y España” (33).

Poco más tarde, Estrada Palma, actuando como jefe –que no era– de la segunda República en Armas, ofreció subordinar las fuerzas militares cubanas a las norteamericanas y el Consejo de Gobierno mambí aceptó hacerlo en la sesión del 2 de marzo. Máximo Gómez y Calixto García, aún bajo protesta, hicieron lo mismo en honor a la necesaria coordinación del ataque que se estaba programando. Además, en un gesto bastante lacayuno, Estrada Palma, dirigiéndose al presidente McKinley, le decía que “a fin de no exponer la vida de los soldados americanos no aclimatados, los cubanos están dispuestos... a afrontar lo más rudo de la lucha en Cuba” (34).

Hubo todavía de parte de Estados Unidos, una tentativa de arreglo pacífico con España, que para ésta equivalía prácticamente a una derrota sin combatir. Fue la propuesta, hecha por el embajador yanqui en Madrid, Mr. Woodford, al ministro Segismundo Moret el 18 de Marzo de 1898, de acabar con los siniestros campos de concentración de Weyler, darle a Cuba su *self-governement* y, finalmente, comprársela a España. La oferta no fue aceptada por el gobierno liberal de Práxedes Mateo Sagasta, no obstante que sus miembros sabían que el rechazo equivalía a la guerra y que ésta no podía ser ganada. Alguna prensa y los belicistas madrileños querían que se combatiera, “por el honor de España”, que –decían– puede resistir la derrota pero no la cobardía. En realidad, no querían perder sus empresas, aunque para ello debieran morir miles y miles de jóvenes hijos de campesinos españoles que no podían pagar su exceptuación del servicio militar. Uno de los belicistas principales y más enconados era el diputado Romero Robledo que –¡oh casualidad!– era a la vez dueño del ingenio azucarero “Alava”, uno de los más grandes de Cuba y otras empresas. El Partido Socialista de Pablo Iglesias, en cambio, se manifestó contra la guerra y en favor de aceptar la Independencia de los valerosos cubanos.

En el otro extremo del Atlántico, la prensa belicista yanqui, a cuyo frente figuraban el diario “New York Journal” del magnate Randolph Hearst y el “New York World” de Joseph Pulitzer, creadores del “amarillismo”, clamaba por una inmediata invasión.

El movimiento sindical norteamericano, por su parte, representado especialmente por la “American Federation of Labor” (AFL) y su eterno presidente Samuel Gompers, tenía por esta época un carácter pacifista y se oponía a la guerra contra España como a cualquier otra guerra. Pero cuando la invasión se produjo, los pacifistas se hicieron repentinamente patriotas y guerrerista, apoyando el esfuerzo bélico de su país. Así, el periódico proletario “Railway Conductor” afirmaba en su número de mayo de 1898: “No puede haber cuestión tocante al derecho de este país a intervenir entre España y el país que ésta ha desbastado tan atrocemente”. Y en el

mismo mes el “Locomotive Engineers Journal” daba su opinión: “Nos sentiremos seguros de que no habrá vacilaciones y de que se pondrá fin al desgobierno español en Cuba”. Parecidamente opinaba el “Sindicato de Marineros del Pacifico” (34b). El único dirigente importante que mostró decidida oposición a la guerra de conquista de Estados Unidos fue el jefe del Partido Socialista, Eugene B. Debs (1855–1926), quien por ello sufrió cárcel y persecución.

El hecho es que el 20 de abril se promulgó por parte de McKinley la “Joint Resolution” aprobada por las dos cámaras el 18. La guerra quedaba autorizada... pero no declarada. Dos días después, el 22 de abril de 1898, sin declaración de guerra alguna, Estados Unidos inició el ataque a las posiciones españolas bloqueando los puertos de Cuba. El 22 de junio comenzaron a desembarcar las tropas estadounidenses cerca de la ciudad de Santiago de Cuba, la capital de Oriente, mientras los ejércitos de Calixto García controlaban las zonas adyacentes. La flota invasora derrotó en poco tiempo a la vetusta escuadra española del Almirante Pascual Cervera, pero Santiago siguió resistiendo casi un mes más. El Jefe de las tropas norteamericanas era el General Guillermo Shafter, que era “un hombre absurdamente gordo y terriblemente incapaz para aquella clase de guerra, como lo reconocían muchos de sus subalternos más aptos y competentes” (35). Desconcertado por la heroica resistencia española, trató de renunciar y la joven oficialidad yanqui le ofreció entonces el mando supremo a Calixto García, quien no lo aceptó porque ello hubiera significado colocarse como ejecutor de los planes estadounidenses. Finalmente, Santiago se rindió el 16 de julio. La entrega de la plaza se hizo al general Shafter del modo más formal, pero no se invitó al invicto general Calixto García, pieza decisiva de la victoria, ni se permitió entrar a la ciudad a las tropas cubanas. Cuando “en el palacio del gobernador de Santiago de Cuba fue arriada la bandera española y en el puesto de ésta se izó la norteamericana, los patriotas del fuerte La Socapa considerándose humillados izaron en señal de protesta la bandera cubana. Rápidamente ésta fue retirada y sustituida por la norteamericana. Este acto despreciativo hacia la gloriosa enseña, que venía simbolizando en decenas de años los anhelos de libertad de los heroicos y abnegados patriotas cubanos, era un hecho más que echaba por tierra, ante el pueblo cubano, el mito de la misión liberadora, justiciera, humana de los Estados Unidos (36).

Puerto Rico fue atacado por el general Miles el día 25, mientras el comodoro Jorge Dewey se encargaba de las islas Filipinas, en el Océano Pacífico, hundiendo toda la flota del Almirante Patricio Montojo el 1º de mayo. Aunque ni Manila, la capital de esta remota colonia, ni La Habana habían caído aun a principios de agosto, la monarquía y el gobierno españoles comprendieron que militar y económicamente el país no estaba en condiciones de proseguir el conflicto y menos de ganarlo, pese a

que multitudes patriotas exigían en las calles el extremo ridículo: “¡A Nueva York!”, como si hubiera alguna flota ibérica capaz de hacerlo... (37). Más razonable que sus súbditos chovinistas, el ministro de Estado de Sagarna, el duque de Almodóvar del Río, pidió al embajador de Francia en Washington que solicitara un armisticio a nombre de España, haciéndole saber que su gobierno aceptaría cualquier cosa que impusiera Estados Unidos, ya sea “la independencia absoluta, la independencia bajo el protectorado o la anexión a la república americana, prefiriendo (España) la anexión definitiva porque es la que mejor garantiza la seguridad de vidas y haciendas de los españoles allí establecidos o afincados” (38).

Sin arrancar concesión alguna a los duros planes de Estados Unidos, el armisticio se acordó el 12 de Agosto y el 10 de diciembre de 1898 se firmó en París el Tratado de Paz por el que la península perdía las islas de Cuba y Puerto Rico, y el archipiélago de las Filipinas, aparte de territorios más pequeños, como la isla de Guam, en las Islas Marianas. Como de lástima, los yanquis les abonaron 20 millones de dólares por todo. En todas estas circunstancias, ellos se presentaron siempre como los “libertadores” de Cuba y así lo hicieron creer a los ingenuos ciudadanos de su propio país, pero la verdad es que el ejército *mambí* estaba ya a punto de lograr la victoria por sí mismo sobre la agotada metrópolis de un imperio andrajoso. Así lo reconoció el vicealmirante español Víctor María Concas cuando escribió: “Aunque los escritores americanos pretendan negarlo, la insurrección de Cuba había terminado la guerra y Cuba no era ya nuestra...” (39). 17.000 yanquis y 54.000 milicianos cubanos habían hecho rendir a un cuarto de millón de soldados hispánicos.

Hecha efectiva la victoria, en un acto que lo honraba, Samuel Gompers en nombre de la AFL exigió, ya en diciembre, que el gobierno estadounidense diera a Cuba la independencia que le había prometido (39b).

Más no sería así por el momento: el 1º de enero de 1899 España hizo entrega del gobierno de Cuba al primer gobernador militar de los vencedores: el Coronel John R. Brooker (40), a quien le sucedería a fines de año el médico militar general Leonard Wood, uno de los jefes de la brigada de voluntarios montados “Roughs Riders” (41), junto a Theodoro Roosevelt. Algo dio a Cuba la suma de las dos intervenciones militares: gobernadores civiles cubanos en todas las provincias, el Instituto de Enseñanza Secundaria, la Universidad Nacional, la desecación de grandes pantanos, la Biblioteca Nacional, el gran Malecón de La Habana, la erradicación total –con la ayuda del gran médico cubano Carlos Finlay– del terrible azote de la malaria y la aplicación de los planes educativos del eminente filósofo y pedagogo cubano Enrique José Varona, quien auxiliado por Alexis Frye –una “excepción norteamericana por su bondad, su talento y su desinterés”–, logró que el número de escuelas se elevara de las 904 que había en 1895 a las 3.567 de 1901 (42).

Sin embargo, estos hombres no habían sido designados para hacer felices a los cubanos, sino para preparar las condiciones que hicieran posible al aprovechamiento inmisericorde de la economía insular, organizar una soberanía incompleta y mediatizada por Estados Unidos y dejar como herencia un gobierno “amigo”, vale decir: entregado a sus pseudo-liberadores. Por eso, historiadores cubanos como Alberto Arredondo, considerando las segundas y ocultas intenciones de cada uno de esos adelantos, escribía que ellos “llevan aparejados al hipócrita propósito norteamericano de beneficiar a Cuba, su material y económico deseo de proteger a los negociantes de Norteamérica” (43). Mas coloquialmente lo había escrito antes, en 1931, Waldo Frank: Estados Unidos se disponía a explotar a Cuba como Inglaterra a Jamaica y Barbados, “más antes de ordeñar la vaca había que engordarla; y el ejército intervencionista empezó a limpiar La Habana, a desecar pantanos y a tender ferrocarriles” (44).

Esos dos Interventores militares y sus lacayos cubanos de civil hicieron muy bien la tarea encomendada por sus patrones. Ambos gobernadores, sucesivamente y en colaboración con la Administración McKinley, desarmaron y disolvieron el heroico ejército mambí; sobornaron a la jerarquía de la Iglesia Católica, tradicionalmente hispanista y antinorteamericana y anticubana, hasta ponerla en la línea del anexionismo; rebajaron las tarifas aduaneras de Cuba respecto a la producción de la nueva metrópolis, que pudo así inundar el mercado con sus manufacturas y artículos industriales; aceleraron la desarticulación de las tierras comunales para hacer lugar a la propiedad privada de ellas; facilitaron la construcción de ferrocarriles privados de las empresas azucareras yanquis; usaron el fraude para que en las elecciones municipales que convocaron para Junio de 1900 se eligieran intendentes favorables al ocupante extranjero; trataron de introducir la división entre el ala antiimperialista y el ala moderada de los revolucionarios e impulsaron con fuerza la radicación de colonos estadounidenses, tratando de repetir la maniobra que tan buenos resultado les había dado en Texas y en California: poblar, hacer que los colonos declararan la “independencia” y luego solicitar su entrada a la Unión (al finalizar el gobierno de Wood, ya existían 32 colonias de agricultores yanquis...). Simultáneamente, sus bancos negaron a los hacendados criollos y españoles subsistentes los créditos que necesitaban imperiosamente para rehacer sus ingenios y plantaciones, obligándoles a vender a precio vil esas unidades de producción. En poco tiempo, el grueso la industria azucarera pasó a manos de los monopolios estadounidenses: el trust Havemeyer, la American Sugar Co. en Matanzas; la United Fruit Co. en el norte de Oriente; la Mac Cann Sugar Refinery, la Gramerey Sugar Refinery y muchas otras.

En realidad, este control de la producción azucarera local por parte de las empresas norteamericanas era todavía insuficiente, porque Estados Unidos, en razón de su producción propia deficitaria, constituía un mercado comprador en constante crecimiento y los monopolios, al proveerlo de azúcar refinada, tenían una inmensa fuente de ganancias. En 1899, al principio del gobierno de Wood, su país, aun sumadas las producciones de sus recientes conquistas en Puerto Rico, Filipinas y Hawai, apenas llegaba a las 900.000 toneladas, cuando su consumo interno era de 2.500.000 de toneladas, de manera que “este déficit –como explica Nidia Areces– sólo podía ser cubierto con la producción azucarera cubana. De ahí surge la importancia del azúcar para los Estados Unidos, su intervención, el proceso de modernización, la concentración de la propiedad y la radicación de grandes trusts norteamericanos en Cuba”(45). Este avance económico sobre Cuba se hace explosivo a partir de los gobiernos militares de Brookes y Wood y proseguirá por décadas: apenas un lustro después de finalizada la segunda administración yanqui, en 1905, F. G. Carpenter podía así afirmar en la “Cuba Review” de ese año que “entre el 7 y 10% del área total de Cuba es poseída enteramente por norteamericanos” (46). Como dijo en cierta ocasión Theodoro Roosevelt, “el azúcar de Cuba era para los Estados Unidos tan importante como el algodón de Egipto o la India para Inglaterra” (47).

Por fin, los Estados Unidos pensaron que todo estaba ya bien atado en Cuba y que podían retirarse tranquilos de ella. El 25 de julio de 1900 convocaron a elecciones para elegir los diputados a la Asamblea Constituyente que debían redactar la Carta Magna de la nación. Celebradas en septiembre, los electos –con notorio fraude “woodista” en La Habana– comenzaron a sesionar, destacándose por encima de los constituyentes complacientes patriotas como el general José B. Alemán, uno de los ex–presidentes de la República en Armas; Salvador Cisneros Betancourt; y el inteligente y activo Juan Gualberto Gómez, gran amigo de Martí desde el 79 y a quien Wood, por ser mulato, trataba de “negrito” y “hombre de hedionda reputación” (48). El 21 de febrero de 1901 la redacción de la Constitución estaba terminada, pero no estaba completa: faltaba la “Enmienda Platt”. En efecto: el Senador Orville Platt introdujo de apuro, antes de que cerrara sus sesiones el Congreso de los Estados Unidos. un extraño agregado a la “Ley de gastos del Ejército”, que sería conocido como la “Enmienda Platt”. Este engendro, “percha”, como se decía entonces, colgado de una ley que nada tenía que ver, poseía un artículo central, el 3º, que establecía que “Estados Unidos tenía el derecho de intervenir militarmente en Cuba en caso de que peligraran, a su juicio, la vida, la propiedad o las libertades individuales” El 7º, también muy importante, disponía a su vez que sus gobiernos debían ceder a Estados Unidos partes de su suelo “para la ubicación de estaciones

navales o carboneras norteamericanas” (49). La Asamblea Constituyente fue obligada a aceptarla como un apéndice vergonzoso a la flamante Ley Suprema de Cuba, bajo la sobreentendida amenaza de la potencia ocupante de no retirar sus tropas y forzar la anexión.

Al conocerse en el país el texto de la Enmienda, el pueblo de Cuba en masa la rechazó indignado. Se celebró una gran manifestación en La Habana y se sucedieron mítines tras mítines en todas las localidades. La prensa local exigía su derogación. Los yanquis, a la vista de cómo Emilio Aguinaldo se había sublevado en las Filipinas contra los nuevos dueños y temiendo tanto a un posible alzamiento popular como a una nueva aplicación de la “política de la tea” contra las propiedades de los norteamericanos, se abstuvo momentáneamente de ejercer mayor presión, sin acordarse de la anexión forzada. Pero no renunciaba a ella a plazo mayor, como lo diría con extrema franqueza Leonard Wood: “Por supuesto que a Cuba se le ha dejado poca o ninguna independencia con la Enmienda Platt y lo único indicado ahora es buscar la anexión... Con el control que sin duda pronto se convertirá en posesión, en breve prácticamente controlaremos el comercio de azúcar... Creo que es una adquisición muy deseable para los Estados Unidos. Cuba se norteamericanizará gradualmente y, a su debido tiempo, contaremos con una de las más ricas y deseables posesiones que haya en el mundo” (50). Y en carta a Edwin F. Atkins de mayo de 1901 expresará la verdadera naturaleza de su Enmienda: “La Enmienda Platt es un sustitutivo de la anexión, porque había una *foolish joint resolution* que impedía a los Estados Unidos hacer una anexión” (51).

Cumplida su labor principal, el general Wood llamó a lecciones para elegir al primer presidente de la República de Cuba. Se presentó como candidato preferido por el General-médico don Tomás Estrada Palma, que habiendo vivido durante un cuarto de siglo en Estados Unidos, siendo ciudadano norteamericano y un fervoroso admirador de la “democracia” tocquevillana del norte, era un hombre muy aceptable para los Estados Unidos. El rival era el general Bartolomé Masó, que personificaba las mejores tradiciones revolucionarias de los ejércitos mambises, de Céspedes a Martí y Maceo, pero que tenía un serio inconveniente: su candidatura “no era bien vista” por Wood. Como esta opinión era ley, los estradistas, conservadores y filoyanquis se vieron alentados a realizar toda clase de violencias y fraudes contra los partidarios del benemérito General Masó, que se vio obligado a retirarse de la contienda. Así fue consagrado Estrada Palma, quien debió renunciar a su ciudadanía postiza y viajar a La Habana desde Estados Unidos. para asumir su cargo.

7. LA REPÚBLICA SEMICOLONIAL

El 20 de mayo de 1902 el interventor norteamericano entregó formalmente el poder a Estrada Palma, que de inmediato se rodeó de un grupo de políticos conservadores de origen anexionista. Con ellos aplastó sangrientamente algunas huelgas obreras, fortaleció la “Guardia Rural” anticampesina creada por Wood y administró honradamente los dineros públicos hasta dejar un considerable superávit. Sin embargo, lo notable de su gobierno se dio en el plano de las relaciones con la potencia dominante: fueron dos convenios que lo prestigiaron a los ojos de Estados Unidos: la firma del “Tratado de Reciprocidad Comercial” con sus amigos estadounidenses, que recibieron grandes rebajas arancelarias e inundaron más aún con sus manufacturas el mercado cubano, y la aprobación del “Tratado de Arrendamiento de Bases Navales y Militares”, que permitió a los marines establecerse en la base de Guantánamo, en el Oriente de Cuba.

Cuando en 1906 pretendió un segundo mandato, su impopularidad y la dimensión del fraude montado a esos efectos, eran de tal magnitud que el Partido Liberal –en cuya ala izquierda militaban los mejores luchadores del 95– se levantó en armas. Estrada, incapaz de dominar el alzamiento, pidió al cónsul norteamericano Frank Steinhart la urgente aplicación del art. 3º de la “Enmienda Platt”. En ese momento Theodoro Roosevelt, el “rudo jinete” de 1898, era el nuevo presidente estadounidense (1906–1910) y había despachado en gira por Sudamérica a su secretario de Estado, Elihu Root, para tratar de calmar el repudio de estos países por la política prepotente del naciente imperialismo yanqui en el Caribe y América Central, así que el pedido del amigo cubano no le cayó del todo bien y lo hizo dudar en satisfacerlo. Empero, la insistencia de Estrada Palma lo decidió a enviar como interventor provisional a su secretario de Guerra, William H. Taft, quien al poco tiempo sería sustituido de modo permanente por el general Charles A. Magoon, quien gobernaría durante dos años y medio.

El nuevo procónsul –dicen los historiadores cubanos– dilapidó so pretexto de obras públicas el fondo superavitario que Estrada Palma había cuidado con tanto esmero, regaló a la Iglesia Católica millones de pesos por indemnizaciones supuestamente adeudadas (por lo cual el Papa Pio X le otorgó la Orden de San Gregorio Magno) y contrató un nuevo empréstito con la banca norteamericana que contribuyó a ajustar más aún la coyunda de las finanzas metropolitanas sobre la sufrida isla de Martí. No fueron sus únicos logros: creó también “un *Ejército Cubano* hecho a su medida y a la medida del ejército de ocupación yanqui; en otras palabras, un ejército de arribistas, concusionarios y policías, típico de un protectorado” (52). Ese cuerpo de mercenarios, sin ligazón con la historia y la sociedad cubanas, tuvo a su frente, puesto por Magoon, al general Pino Guerra y fue la semilla del Ejército criminal de Batista.

Los presidentes que se sucedieron durante los cuatro períodos sucesivos desde que Magoon entregó el poder al nuevo presidente general José Miguel Gómez el 28 de enero de 1909, compartieron cuatro o cinco rasgos comunes: extremo servilismo hacia los gobiernos de Washington, favorecimiento descarado a la intromisión de los intereses económicos norteamericanos, extremada corrupción y utilización del fraude y la violencia contra el enemigo electoral, los trabajadores y los campesinos. Tuvieron empero, cada uno, características singulares:

–El General Gómez (1909–1913), Jefe del “liberalismo histórico”, no obstante el valor con el que participó en las tres guerras de la Independencia y la simpatía que demostró por las reivindicaciones de los trabajadores –y que lo hicieron muy popular–, se convirtió en un político venal, que se enriqueció y permitió a sus seguidores hacer lo mismo con toda libertad. Bajo su gobierno se produjo el alzamiento de mulatos y negros, sector siempre preterido aun en el curso de la guerra del '95, que integraban el “Partido Independiente de Color” y que se selló con la masacre de más de 5.000 víctimas a manos de la Guardia Rural y el Ejército. Cuando la sedición estalló, en mayo de 1912, William H. Taft (1909–1913), que había sucedido en su segunda presidencia a Th. Roosevelt, anunció públicamente que enviaría tropas militares para proteger la vida y la propiedad de sus compatriotas de Cuba, especialmente en oriente. El ministro de Estado, Manuel Sanguily, antiguo patriota que se había opuesto tenazmente diez años atrás a la aceptación de la “Enmienda Platt”, contestó rechazando la disposición de Taft y manifestando que el gobierno gomecista “poseía medios sobrados para sofocar la rebelión”. “No obstante ello los norteamericanos dispusieron la organización de una titulada Primera Brigada Provisional bajo el mando del coronel Lincoln Karmany, que traspuso los límites de la base naval yanqui en Guantánamo con el anunciado propósito de ocupar y defender puntos estratégicos en el interior. Ya el 30 de marzo, los “marines” de Karmany habían ocupado varios poblados en los alrededores de Santiago y Guantánamo, como Soledad, Los Canos y San Antonio” (53).

El General Mario García Menocal (1913–1917) era un hombre totalmente entregado a los yanquis. Se había desempeñado como jefe de policía del régimen intervencionista de Leonard Wood, cargo desde el cual reprimió ferozmente en 1899 una gran manifestación de duelo proletario por la muerte del obrero Enrique Greci, y más tarde “fue situado al frente de la administración de los bienes de la Cuban American Co. empresa norteamericana constructora y operadora del Central Chaparra. Era, por sus vinculaciones personales con Estados Unidos y sus intereses dependientes de una compañía yanqui, hombre bien visto por la diplomacia del dólar... algunos periódicos estadounidenses llegaron a afirmar que *era más americano que cubano*” (53).

En sus dos presidencias (1913–1917 y 1917–21) –casualmente paralelas a las dos de Woodrow Wilson en Estados Unidos– hizo dictar leyes que favorecieron el apoderamiento de los bancos cubanos y españoles por parte de las finanzas yanquis, que se quedaron con toda la red bancaria de Cuba; declaró la guerra a Alemania en 1917 al otro día de hacerlo Wilson, cuando el presidente argentino Hipólito Yrigoyen se esforzaba en mantener la neutralidad; ofreció enviar a la muerte en Europa a centenares de jóvenes soldados cubanos y permitió el estacionamiento en Camagüey, durante cinco años, de casi tres mil soldados estadounidenses. Enfrentado con una nueva sublevación liberal de José Miguel Gómez en febrero de aquel año 1917, recibió el apoyo político y diplomático de Washington. “El embajador estadounidense William Elliot González lanzó una proclama en la que anunciaba a los alzados que el gobierno de su país los consideraría sus enemigos y no reconocería su victoria” (55). Esta manifestación vino a desmoralizar a los liberales, que esperaban ese apoyo para ellos. “Los yanquis, por otra parte, aprovechan de nuevo la ocasión para salirse de los marcos de la base naval de Guantánamo. Con el pretexto de “proteger el suministro de agua a la base y salvaguardar propiedades americanas”, varios destacamentos de marines fueron enviados a puntos situados en el interior de la provincia y a la propia ciudad de Guantánamo. Era la segunda vez en pocos años que los infantes de marina avanzaban sobre territorio cubano desde la base, que por esa época también les sirvió de trampolín para sus intervenciones en Haití y Santo Domingo” (56).

A García Menocal le sucedió Alfredo Zayas (1917–1921), de noble estirpe azucarera, abogado, poeta e historiador, hombre de Martí en el 95, dos años preso en las mazmorras de los generalotes españoles y tenaz opositor después a la Enmienda Platt y a la cesión de Guantánamo a los yanquis. Fracasado dos veces en llegar al poder, su oportunidad se dio cuando García Menocal –de hecho ya un dictador en 1920– pretendió ser “elegido” por tercera vez, “lo cual –advierde Torcuato Di Tella– ya era demasiado para sus tutores norteamericanos” (56). Es que el presidente Woodrow Wilson, que había fungido como estadista “moralizador” y campeón de la democracia y las nacionalidades al fin de la Guerra Mundial, consideraba, igual que su secretario de Estado, Bainbridge Colby, que la mejor garantía para las inversiones yanquis ya no eran tanto las armas como un gobierno representativo y estable que no diera lugar a las siempre peligrosas insurrecciones populares. Por tanto, considerando la opinión de sus amos, García Menocal arregló con Zayas y le permitió ser presidente. Le transmitió el mando y la crisis cubana en 1921.

Ante la deplorable situación de las finanzas públicas y la moral administrativa roída por el peculado y los robos, el gobierno estadounidense había enviado a principios de 1921, para “ayudar” a encontrar una solución, al General Henocho H.

Crowder, quien impuso a Zayas un empréstito de 48 millones de dólares con la banca Morgan y la constitución de un gabinete con “gente honrada”. Esta “gente honrada” eran los ministros Castillo Pokorni, Ricardo Lencis y Manuel Despaigne, todos obedientes realizadores de las órdenes del “injerencista” Crowder, como se le llamaba. Premiando la lealtad de Zayas, las administraciones norteamericanas de los presidentes Warren Harding (1921–1923) y Calvin Coolidge (1923–1929) lo protegieron de las conjuras que se alzaron en su contra: la de 1923 del Movimiento de los “Veteranos y Patriotas” dirigidos por el general Calixto García Vélez, y la de 1924, a cuyo frente estuvo el coronel liberal Federico Laredo Brú. El Departamento de Estado manifestó su desaprobación en ambas ocasiones y la policía yanqui incautó las armas y los aviones que García Vélez había adquirido en Estados Unidos. No obstante, dentro del marco de la sumisión general de su gobierno, Zayas también hizo algo por Cuba: reconquistó la soberanía sobre la gran Isla de Pinos y se animó a destituir a los tres “crowderistas” de su ministerio desafiando las quejas de Washington.

8. DEL MACHADATO A FIDEL CASTRO

Con el fin de este gobierno se inicia la terrible era del “Machadato”, cuyo protagonista central fue, obviamente, el general Gerardo Machado (1869–1939). No fue —como se ha dicho— un “oscuro empleado” de la Electric Bond, que lo “hizo general” para posicionarlo políticamente (58), sino que ganó sus galones luchando por la independencia de Cuba desde el '95, siendo uno de los generales más jóvenes del Ejército Revolucionario mambí. Terminado el conflicto, ocupó numerosas funciones públicas y militares y se ligó económicamente al imperialismo sin ningún empacho. Invirtió en explotaciones agrícolas y en el ingenio azucarero “The Central Carmina” y asociado al millonario Laureano Falla Gutiérrez llegó a ser Vicepresidente de la empresa filial en La Habana de la “Electric Bond and Share Company”. Su pensamiento “doctrinario” era claro: *“Los pueblos más civilizados de la época actual han comprendido que el único gobierno posible es el de uno solo. Por ello florece la dictadura en el mundo. No quiero más campañas antiimperialistas ¡Yo soy imperialista!”* (59). Uno de sus más acendrados seguidores, Orestes Ferrara, declararía a su vez en que “no nos podemos unir al coro general de no intervención, porque la palabra intervención en mi país ha sido palabra de gloria, palabra de honor, ha sido palabra de triunfo...” (60). Con semejantes credenciales, los intereses norteamericanos le dieron todo su apoyo para llegar a la presidencia. Sus monopolios afincados en Cuba reunieron un fondo de 500.000 dólares para financiar su campaña y el embajador Harry Frank Guggenheim se ocupó personalmente de presionar al presidente Zayas para que no pusiera trabas al acceso al poder de su protegido.

Como sus dos o tres primeros años fueron de bonanza, en parte debido a la expansión de la economía azucarera, Machado, con la ayuda los empréstitos, inició un plan de obras públicas que incluyó la ampliación de la Universidad Nacional, la de los servicios de salud y la “Carretera Central” que recorría Cuba de Oriente a Occidente durante 1.139 kilómetros; propició además leyes impositivas que darían moderada protección a algunas industrias cubanas. Todo ello le proporcionó una cierta popularidad. Pero sirvió fielmente a los monopolios yanquis: contrató empréstitos ruinosos para el país, favoreció el despojo de los campesinos y la formación de más grandes latifundios, y favoreció la penetración de sus inversiones, de tal modo que ya para fines de 1931 los capitales norteamericanos invertidos en Cuba superaban los 1.600 millones de dólares, ocho veces más que los británicos que no sumaban más que 206 millones especialmente en ferrocarriles, títulos del Estado cubano y diversas empresas mercantiles, siguiéndoles los capitales españoles subsistentes a la independencia, que controlaban casi todo el comercio minorista, una parte no despreciable de la producción tabacalera y algunas fincas de frutos menores (61).

Además de la entrega y para consolidarla, Machado persiguió, encarceló e hizo asesinar a los patriotas que luchaban contra la dominación extranjera, y combatiendo a los comunistas, fuertes en las organizaciones obreras, se granjeó también el apoyo suplementario de la corrupta dirección de la “American Federation of Labor” (AFL), que en el continente, ya fallecido Samuel Gomoers, bregaba por domesticar a los trabajadores yanquis al servicio del capital monopolista de Estados Unidos.

Sobre todo en su segundo mandato (1929–33), Machado hizo de la tortura y el crimen la llave maestra de su política interior. Perdió su inicial popularidad y el apoyo de los tres partidos tradicionales del país y desde 1929/30, debido a la crisis de esos años, debió afrontar la creciente movilización de los trabajadores organizados y de los universitarios que dieron a luz el esforzado y combativo “Directorio Estudiantil Universitario” (DEU). Se acrecentaron las huelgas con movilización, las manifestaciones estudiantiles atacadas por la policía, los intentos sediciosos del coronel Carlos Mendieta de la “Unión Nacionalista”, disidencia del partido de Machado, y los del ex-presidente Mario García Menocal. Un nuevo agrupamiento, el “ABC” en el que milita el hijo único de Martí, el coronel José Francisco Martí, contesta con terror al terror machadista. Dirigido por Martínez Sáenz, un empleado del “National City Bank” de Cuba, los “abecedarios” eran enemigos de Machado y de la corrupción, pero también de los trabajadores.

El dictador, “Mussolini tropical” según Julio Antonio Mella, no consigue dominar el ambiente revolucionario que se mantiene de modo permanente hasta 1933.

En Estados Unidos, terminada la presidencia de Herbert Hoover (1929–1933), asume Franklin D. Roosevelt a principios de 1933, inaugurando la “política del buen vecino” que sustituye a la del “garrote” imperante hasta entonces, como simple cambio de táctica ante el generalizado desprestigio de la anterior. Temiendo un desenlace revolucionario antiimperialista en Cuba, Washington decide intervenir para frustrar –como había hecho en 1898– el curso normal y autónomo del proceso político cubano. Si antes había apelado a la fuerza militar, ahora se decidirá por una misión pacificadora (de “mediación” se llamará), confiada al embajador Benjamín Summer Welles, quien manobra para que el poder pase de manera “legal” a alguno de los partidos tradicionales. Machado resiste, hasta que la confluencia de una huelga general, las exigencias del embajador y la sublevación de una fracción militar lo obligan a renunciar y huir el 12 de agosto de 1933.

Le sucede por tres semanas la presidencia –negociada con Summer Welles– de Carlos M. Céspedes (h), que es derribada por la “Sublevación de los Sargentos” el 4 de septiembre, que encabezan el Sargento socialista Pablo Rodríguez y el Cabo telegrafista Fulgencio Batista, quien en pocos días figurará como dirigente central. Como parte de la gran conmoción revolucionaria, los sargentos despiden a la oficialidad crecida en la molición y el prevaricato y aceptan el programa antiimperialista del Directorio Estudiantil. Seguidamente, el nuevo presidente designado, el Dr. Ramón Grau San Martín, conocido médico y universitario, trata de llevar a la práctica el programa revolucionario en su “gobierno de 100 días”, cuya alma y motor es Antonio Guiteras, jefe de la “Joven Cuba”. Guiteras había comprendido que su “programa no podía detenerse simple y llanamente en el principio de no intervención. Tenía que ir forzosamente hasta el fondo de nuestros males: el imperialismo económico” (62). Es así que el gobierno Grau–Guiteras dicta en rápida sucesión una serie de reformas favorables a los trabajadores y, conjuntamente con éstas, “otras que afectaron directamente a la clase dominante y a Estados Unidos, como por ejemplo algunas reparticiones de tierras expropiadas a los machadistas, el desconocimiento de la deuda externa con el Chase Manhattan Bank y la prohibición de compra de tierra por ciudadanos no cubanos (es decir: por norteamericanos). Por último, Guiteras propuso la formación de una Asamblea Constituyente que aboliera la Enmienda Platt y elaborara una nueva constitución política” (63). Semejante política rebasaba los marcos de una democracia formal y no podía ser aceptada por Estados Unidos, que negó su reconocimiento al gobierno de Grau San Martín. Roosevelt había enviado 30 naves de guerra a toda máquina y

“un crucero con sus cañones descubiertos permaneció apuntando a la calle O’Reilly” (64), la más histórica y prestigiosa de La Habana. El Embajador “mediador” comenzó a mover sus piezas mayores: Fulgencio Batista, ya cooptado por el ala moderada y temerosa del movimiento, y el nuevo embajador estadounidense Jefferson Caffery. Batista no congeniaba con Welles y este le correspondía por poner en peligro sus planes “institucionales” tan pacientemente elaborados, pero coincidían en un objetivo: ambos querían ahora a Carlos Mendieta en la presidencia. Summer Welles “adoraba a los miembros del ABC –recordaría el periodista yanqui Carleton Beals– y deseaba ardientemente que éstos montaran un gobierno de coalición con Carlos Mendieta como presidente” (65). El Cabo telegrafista traiciona entonces los principios del Cuatro de Septiembre y depone al gobierno Grau–Guiterras en enero de 1934. Desde entonces, Fulgencio Batista, elevado a coronel y enseguida a general, dominará directa o indirectamente la vida política de Cuba durante un cuarto de siglo. Coloca sus títeres hasta 1940 y asegura los intereses norteamericanos. El coronel Carlos Mendieta –“un individuo de personalidad opaca, inepto pero *muy sumiso a los deseos de los norteamericanos*” (66), según Beals– que es su protegido y protegido de Caffery, como presidente en los años 1934–36, renueva los tratados asimétricos con Estados Unidos, amplía la base yanqui de Guantánamo y reprime implacablemente las protestas y huelgas de obreros y campesinos. Batista promete: “Si no hay zafra de azúcar, habrá zafra de sangre” (67). Como consuelo, queda abolida la “Enmienda Platt”, totalmente innecesaria a esta altura de los tiempos, ya que el poder económico extranjero es tal que la palabra de sus representantes políticos y diplomáticos basta y sobra para ordenar la conducta de la partidocracia semicolonial.

Tal la realidad en Cuba bajo la fachada del “buen vecino” Franklin D. Roosevelt, de cuyo gabinete cuatro miembros, “incluyendo al secretario de la Tesorería, poseían grandes propiedades azucareras cubanas o eran agentes directos de las compañías propietarias de estos bienes” (68). Todos estos políticos–empresarios del imperialismo y otros tanto como ellos aumentarán sus ya fabulosas ganancias –sea como exportadores desde Cuba a los Estados Unidos, sea como refinadores dentro de ellos– cuando el gobierno estadounidense fije para el azúcar un precio altamente artificial de U\$5,09 la libra de 0,454 gr. cuando el internacional era de U\$3,48. No por “solidaridad internacional”, ya que entre países explotados y países explotadores no hay solidaridad sino relaciones de fuerza, sino porque “el azúcar cubano *regulaba los precios interiores* de los Estados Unidos, donde los cultivadores de remolacha, con costos muchos más altos que los del mercado mundial de la caña de azúcar, salían al mercado sabiendo que el azúcar de caña se

vendía en el mercado norteamericano a un precio de subvención” (69). Tal la razón del altruismo yanqui hacia Cuba.

En el año 1936, y en la onda “democratizante” del anti-fascismo del amo imperial, es elegido en las urnas la fórmula del Liberalismo compuesta por Miguel Mariano Gómez y Federico Laredo Brú. A los pocos meses, gracias a un breve golpe de Estado legalmente disfrazado dado por Batista –ya jefe del Ejército– asume el vicepresidente Federico Laredo Brú, el último de los hombres del ’95. Derogada la Enmienda y aflojada la presión del Departamento de Estado, Laredo Brú (1936–1940) se permite algunas reformas populares siempre dentro del inalterable orden semicolonial y propicia la nueva “Constitución del 40”, que recoge algunos postulados del ’33 y es considerada una de las más progresivas de América Latina. A su amparo, el “hombre fuerte” de la situación decide blanquear su poder y es elegido electoralmente presidente de Cuba para el período 1940–1944, durante el cual gobierna aliado a los comunistas, que le proporcionan dos ministros. Semejante alianza causa cierto escozor en Washington, pero como los Estados Unidos está aliado a la Unión Soviética en su guerra contra el nazismo, no tiene mucho que objetar. Es obvio, por lo demás, que cualquier veleidad batistiana nacionalista con los principios del Cuatro de Septiembre daría inmediatamente lugar a su calificación de “agente nazi–fascista”, como ocurre con el gobierno Farrel–Perón en la Argentina. Los stalinistas, por su parte, muy conformes están en luchar contra el imperialismo alemán en Europa y en arropar al imperialismo anglo–sajón en La Habana.

“El proceso político siguió a partir de entonces cierto curso institucional”, como dice Fidel (70) y es en ese curso que se suceden electoralmente sin mayores variantes, dos mandatos del “Partido Revolucionario Cubano (Auténtico)”, enemigo político de Batista: el primero de Grau San Martín (1944–1948) y el segundo de Carlos Prío Socarrás (1948–1952), que se desenvuelven siempre en el marco de la supeditación general al imperialismo. El de Grau, basado en el recuerdo de los “100 días”, había despertado grandes expectativas populares, pero rápidamente cayó en una línea de mayor sometimiento a Estados Unidos, persiguiendo a los sindicatos de izquierda y a los comunistas, desplazándolos desde arriba para colocar a sus hombres e inaugurando una época de latrocinios y malversaciones nunca vistos en periodos anteriores. Prepara así la solidaridad de Prío Socarrás con la etapa de la “Guerra Fría”, a partir de 1948, firmándose pactos militares con los Estados Unidos y ofreciéndoles en 1950 proporcionarles tropas para la Guerra de Corea, intento desbaratado por la resistencia popular.

Sumido en el descrédito el gobierno de los “Auténticos”, nadie sintió pena cuando Batista dio su golpe de Estado del 10 de marzo de 1952 y retomó el poder que había dejado por ocho años. “El propósito de Batista, cuyo golpe fue apoyado

desde Estados Unidos, era impedir que el candidato de la Ortodoxia, Roberto Agramonte, ganara las elecciones” (71). Los comicios de renovación presidencial estaban programados para junio y Agramonte –muerto el Jefe del partido, Eduardo Chibás, el año anterior– era tenido por seguro triunfador y realizador de las ideas del Treinta y Tres. Pero más de medio año antes, Batista asaltó el poder y entonces “las camarillas de dirigentes sindicales corrompidos del gobierno derrocado se pasaron de inmediato al vencedor, la prensa burguesa lo apoyó y un fiero régimen de represión y violencia se inició” en Cuba, recuerda Fidel Castro (72).

Fueron siete años de un régimen feroz y entreguista, al cual Estados Unidos le vendía armas a discreción para su Ejército, mientras entrenaba a sus esbirros en sus Academias militares. Al promediar la Dictadura de Batista, Cuba seguía siendo –salvo en sectores de La Habana– un país pobre y atrasado, donde el ingreso *per cápita* real era el mismo de 1925. El peso y la penetración de las inversiones norteamericanas en “la economía cubana –escribía Nita de Manitzas– era mayor que el ejercido en cualquier otra parte del mundo” (73). Estados Unidos absorbía el 80 % de las exportaciones de Cuba; controlaba el 40% de la producción azucarera bruta, el 90% de los servicios telefónicos, de luz y fuerza eléctrica, y el 50% de los ferrocarriles públicos. Las sucursales cubanas de los bancos norteamericanos retenían una cuarta parte de todos los depósitos cambiarios. Las empresas estadounidenses desempeñaban un papel preponderante en la refinación y la distribución del petróleo y un papel virtualmente exclusivo en la explotación de los recursos mineros más importantes de Cuba. Los 28 mayores sembradores de caña controlaban el 20% de toda la superficie cultivable. Los más grandes hoteles y casinos de La Habana estaban a cargo del famoso gangster judeo–norteamericano Meyer Lansky. “Este apretado vínculo económico quedó reforzado por el peso de la influencia cultural norteamericana”, agrega Manitzas. Según Earl Smith, el Embajador estadounidense –o sea, él mismo– era el segundo hombre más importante de Cuba y a veces más importante que el propio Batista (74).

Así se arriba a fines de 1958. Pero entonces, como dice una popular canción de Carlos Puebla, “llegó el comandante y mandó parar”. El comandante Fidel Castro y sus barbudos mandaron parar con la corrupción de “Las Vegas del Caribe”, el envilecimiento de la vida civil, el terror sobre los ciudadanos inermes, la entrega de la economía nacional y el servilismo político. Los imperialistas perdieron sus fortunas mal habidas y Cuba sus cadenas.

El pequeño Tocaroro había vencido a la gran Águila Imperial.

Córdoba, 07 de mayo de 2020

**El Toco-ro-ro es un pájaro de vistoso plumaje azul, rojo y blanco, que son los colores de la bandera cubana, por lo que es considerado el ave nacional.*

Notas

- 1) Manuel Tuñón de Lara: “España y Cuba en la primera mitad del siglo XIX”, en: “Estudios sobre el siglo XIX español”, Siglo XXI de España Editores, Madrid 1974, pág. 253
- 2) Idem, ídem. 253
- 3) Idem, ídem, pág. 260
- 4) Sobre esta hoy curiosa presencia de Rusia en América, puede verse Roberto A. Ferrero: “De Alaska al Plata”, Ediciones del CEPEN, Córdoba 2015, págs. 5 a 12.
- 5) Frederick Merk: “La Doctrina Monroe y el Expansionismo norteamericano”, Editorial Paidós, Buenos Aires 1968, pág. 204
- 6) Idem, pág.204
- 7) Idem, pág.205
- 8) Cit. en Jorge Cárdenas Nannetti: “Nueva Historia de los Estados Unidos”, Editora Moderna Inc., Colombia 1970, págs. 65/66
- 9) Cit, en Jorge Abelardo Ramos: “Historia de la Nación Latinoamericana”, H. Senado de la Nación argentina, Buenos Aires 2006, pág. 433
- 10) Fidel Castro: “Informe Central” al 1º Congreso del Partido Comunista de Cuba”, La Habana, 1975, pág. 7
- 11) Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba (FAR): “Historia de Cuba”, La Habana 1985, pág. 329
- 12) Tuñón de Lara: op. cit., pág. 275
- 13) Cit. en FAR: op. cit., pág. 328
- 14) Cit. en FAR: op. cit., pág. 188
- 15) Cit. en FAR: op. cit., pág. 193.
- 16) Carlos Manuel de Céspedes, cit. en FAR: op. cit., pág. 204
- 17) Periódico “La Revolución” cit. en FAR: op. cit., pág. 281
- 18) Jorge Mañach: “Martí. El Apóstol”, Espasa-Calpe SA, Buenos Aires 1942, pág. 223. “Front St” hace referencia al domicilio de Martí en Front Street 120, 4º piso, New York (pág.184)
- 19) Periódico “The Manufacturer”, mayo 1889, cit. en FAR: op. cit., pág. 331
- 20) Juan Bosch: “De Cristóbal Colón a Fidel Castro”, SARPE, Madrid 1985, Tomo II, pág. 321
- 21) Oscar Zanetti Lecuona: “Observaciones en torno a las raíces económicas del '98”, en Revista “Análisis Coyuntural” N°4, Abril de 1998, La Habana, pág. 13
- 22) Enrique Ruiz García: “América Latina. Anatomía de una revolución”, Ediciones Guadarrama, Madrid 1966, pág. 255
- 23) Carlos Montenegro: “Las Inversiones extranjeras en América Latina”, Editorial Coyoacán, Buenos Aires 1962, pág. 81.
- 24) Oscar Zanetti Lecuona: op. cit., pág. 11
- 25) Enrique Ruiz García: op. cit., pág. 283
- 26) Idem., pag. 252
- 27) FAR: op. cit., pág. 411
- 28) FAR: op. cit., pág. 417
- 29) Cónsul Fitzhug Lee, cit. en FAR: op. cit., pág. 480
- 30) Resolución Conjunta del 20 de Abril de 1898, cit. en FAR: op. cit., pág. 472
- 30b) Waldo Frank: “América Hispana”, Editorial Losada S.A., Buenos Aires 1959, pág. 241
- 31) Ramón Blanco a la Reina María Cristina en Noviembre de 1897, cit. en Juan Pando Despierto: “Cartas a la Reina”, en Revista “Historia 16”, N° 242, Madrid Junio 1996, pág. 34.
- 32) Juan Bosch: op. cit., Tomo II, pág. 305.

Se transcribe completa en: Carlos Padilla Pérez: “Puerto Rico. El rescate de su soberanía”, Publicación del Partido Nacionalista de Puerto Rico, Buenos Aires 1958, págs. 43/44.

33) Carlos Padilla Pérez: op. cit. supra, pág. 45.

En Marzo de 1898, los buzos Ramón González, Juan Hernández y Cristóbal Abelleiros descendieron hasta el sitio en que estaba hundido *el Maine* e informaron en ese sentido. (Juan Pando Despierto: “El entierro del Maine”, en revista Historia 16, N° 262, Febrero 1978, págs. 31 y 36.) Los yanquis no aceptaron formar una comisión conjunta para un peritaje neutral.

34) Estrada Palma al Presidente McKinley, cit. en FAR: op. cit., pág. 496

34b) Horace B. Davis: “Nacionalismo y Socialismo”, Ediciones Península, Barcelona 1972, págs., 219/220

35) Enrique Gay Calbó: “Los últimos tiempos del 95 y la guerra hispano-americanana”, en Emilio Roig de Leuchsenring (Director): “Curso de Introducción a la Historia de Cuba”, La Habana 1938, pág. 356.

36) FAR: op. cit., pág. 511

37) Manuel Tuñón de Lara: “Los últimos días de un Imperio”, en Cuadernos Historia 16, N° 30: “El desastre del 98”, Madrid 1976, pág. 9 y passim.

38) Duque de Almodóvar del Río al Embajador francés Jules Cambón, cit. en Enrique Gay Calbó: op. cit., pág. 357.

39) Vicealmirante Víctor García Concas, cit. en FAR: op. cit., pág. 484.

Concas había comandado la nave insignia de la escuadra española, el crucero “María Teresa”, hasta caer herido en la batalla de la bahía de Santiago, siendo reemplazado por el propio Cervera.

39b) “En el otoño de 1899 estallo una huelga general [en Cuba] en petición de una jornada laboral de ocho horas, cuando el general Ludlow amenazó con arrestar y encarcelar a todos los líderes, Gompers se traslado personalmente a Cuba y protestó con vehemencia” (Horace B. Davis: op. cit., pág. 224). El General William Ludlow fallecería dos años después.

40) El Coronel John Ruther Brookes, militar de la vieja escuela, había luchado valerosamente en los ejércitos abolicionista del Norte durante los años de la Guerra Civil de Estados Unidos contra los esclavistas del Sur. De Octubre a Diciembre de 1898 fungió como Gobernador de Puerto Rico y de allí fue trasladado como Gobernador a Cuba, hasta la llegada de Wood.

41) Los “Roughs Riders” (“rudos jinetes”) partieron para Cuba desde el puerto de Tampa, pero se dejaron los caballos, así que tuvieron que actuar como infantería...

42) Alberto Arredondo: “La ocupación militar norteamericana”, en Emilio Roig de Leuchsenring: op. cit., pág. 365.

43) Alberto Arredondo: op. cit supra, pág. 365

44) Waldo Frank: op. cit., pág. 243

45) Nidia R. Areces: “Campesinado y Reforma Agraria en América Latina”, CEAL, Buenos Aires 1972, pág.125

46) FAR: op. cit., pág. 231

47) Theodoro Roosevelt, citado en Nidia R. Areces: op. cit., pág. 124

48) Leonard Wood, cit. en FAR: op. cit., pág. 529

49) Enmienda Platt, en FAR: op. cit., pág. 531

50) Leonard Wood, cit. en FAR: op. cit., pag. 538

51) Leonard Wood a Mr. Edwin F. Atkins en Mayo de 1901, cit. en Emilio Roig de Leuchsenring: “El Proceso político externo: Cuba republicana en la vida internacional”, en Leuchsenring: “Curso...” cit., pag.409

52) Jorge Abelardo Ramos: op. cit., pág. 435

53) FAR: op. cit., pág. 565.

54) FAR: op. cit., pág. 566

55) WIKIPEDIA (Internet): “Gerardo Machado”, pág. 3 impresa

56) FAR: op. cit., pág. 563

- 57) Torcuato Di Tella: “Historia de los Partidos Políticos en América Latina”, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires 1993, pág. 62
- 58) Tales afirmaciones erróneas se encuentran en el mencionado libro de Jorge A. Ramos, pág. 436.
- 59) ECURED (Internet): “Gerardo Machado”, pág. 3 impresa.
- 60) Orestes Ferrara, cit. en FAR: op. cit., pág. 582
- 61) Alberto Delgado Montejo: “El Proceso económico”, en Leuchsenring: “Curso...” cit., pág. 392
- 62) Antonio Guiteras, cit. en FAR: op. cit., pág. 608
- 63) Fernando Mires: “La Rebelión Permanente”, Siglo XXI Editores, Méjico 2011, pág. 291
- 64) Carleton Beals: “América Latina. Mundo en ebullición”, Editorial Palestra, Buenos Aires 1964, pág. 145
- 65) Carleton Beals: op. cit., págs.. 145/146
- 66) Idem., pág.146
- 67) General Fulgencio Batista, cit. en FAR: op. cit., pág. 607
- 68) Carleton Beals: op. cit. pag. 147
- 69) Enrique Ruiz García: op. cit., pág. 267
- 70) Fidel Castro: op. cit., pág. 20
- 71) Fernando Mires: op. cit., pág. 300
- 72) Fidel Castro: op. cit., pág. 23.
- 73) Nita Rous de Manitzas: “El marco de la Revolución”, en AA.VV: “Cuba. Camino abierto”, Siglo XXI Editores, Méjico 1973, pág. 28
- 74) Idem., págs.34, 52 y passim. Earl Smith fue embajador yanqui en Cuba entre 1957 y 1959

II

Charlomagne Peralte y la segunda independencia de Haití

Charlomagne Peralte no es un olvidado, como tantos otros grandes latinoamericanos, sino algo peor: un desconocido. Por pertenecer a un pequeño pueblo, de raza negra y no hispanoparlante, los investigadores de Latinoamérica aún no lo han hecho entrar en la historia grande de nuestros luchadores por la independencia nacional latinoamericana.

En la conspiración del silencio, su nombre no figuraba en los textos de historia local o americana. En Argentina, por ejemplo, en la valiosa colección fascicular “Historia de América en el Siglo XX”, publicada por el Centro Editor de América Latina en 1972, solo se le dedicaban tres (3) líneas.

Fue preciso esperar a que en 1978 un libro de la gran historiadora haitiana Susy Castor se ocupara seriamente del examen de la intervención yanqui en su país para que la figura del héroe máximo del Haití moderno saliera a la luz. Y sin embargo, Charlomagne Peralte ocupa un sitio de honor entre hombres que han combatido por la libertad de su Patria: esa pequeña nación que fue el primer país independiente de la América Latina y sede de la primera rebelión victoriosa de esclavos negros.

1. INDEPENDENCIA, POBREZA Y OPRESIÓN

Haití ocupa el tercio occidental de la isla que Colón bautizó como La Española, y es su parte más montañosa y escarpada comparada con la que conservó el nombre español de Santo Domingo, hacia el este. Desatendida por los conquistadores, que prefirieron habitar esta segunda fracción de la isla, Haití fue siendo ocupada más o menos clandestinamente por bucaneros y colonos franceses hasta que en 1697, por el *Tratado de Riswick*, España reconoció formalmente la soberanía francesa. En un siglo creció en “Saint Domingue” –como le llamaban en Francia– una sociedad singular, que para fines del Siglo XVIII “era la más rica de las Antillas y la más

próspera colonia de Francia. Esa riqueza, fruto de las exportaciones de azúcar, café y algodón, producidos en los 25.000 kilómetros cuadrados de la parte francesa de la isla, descansaba –resume Paul Berna– sobre los brazos de medio millón de esclavos que vivían en las condiciones materiales más inhumanas”(1). Los blancos soberbios, crueles y enriquecidos, no pasaban de 30.000. Explotados durante dos siglos, los negros se rebelaron finalmente y tras derrotar –con ayuda de la malaria y las enfermedades tropicales– a un ejército de 45.000 hombres enviado por Napoleón I al mando de su propio cuñado, el General Charles V. Leclerc, se posesionaron del país y declararon su Independencia absoluta el 1° de enero de 1804. Pero la libertad nacional no daría los apetecidos frutos de la prosperidad para las grandes mayorías negras y mulatas ahora libradas de la servidumbre: los tremendos esfuerzos económicos y humanos para armar al país contra una posible reconquista europea, el cerco de las naciones blancas colonialistas, el primitivismo y el analfabetismo absoluto en que esas masas habían crecido y permanecido, la consiguiente incapacidad inicial para mantener la infraestructura técnica de la colonia productiva (plantaciones, acueductos, manufacturas, estructuras comerciales), los 90 millones de francos–oro que se debió pagar a Francia como indemnización a los colonos blancos para que reconociese la separación de Haití, y las rivalidades y luchas intestinas entre las facciones negras y mulatas de la elite hegemónica, de por sí reducida, impidieron una nueva acumulación primitiva de capital y el mínimo desarrollo durante todo el Siglo XIX.

El Siglo XX encontró así a Haití pobre y dependiente de Francia, su vieja metrópolis. La casi totalidad de las importaciones y exportaciones se realizaba con ella, los financistas franceses controlaban el Banco Nacional de Haití y el ferrocarril; la burguesía comercial mulata se había arruinado y su lugar había sido ocupado por capitalistas franceses, italiano y alemanes, protegidos por sus respectivos consulados y por el propio gobierno local. “A principios del Siglo XX no quedaba un solo comerciante haitiano en Port–au–Prince: con la llegada de los sirios [árabes] hasta el comercio minorista había escapado de sus manos”. (1b) La clase dominante era esencialmente mulata, formada por terratenientes, financistas, profesionales y algunos militares negros (que eran también latifundistas), descendientes todos de los mulatos y negros libre de la época colonial (los entonces llamados *affranchis*). A veces, la frustración y la desesperación de las masas negras –especialmente en las ciudades– estallaba en alzamientos y motines inorgánicos en los que se atacaban las propiedades y las personas de la elite dominante francófila.

El 8 de agosto de 1912 –narra Juan Bosch– “el Palacio presidencial voló a causa de una explosión que mató a 300 soldados y al presidente de la República, Cincinnatus Leconte. A partir de ese momento, Haití entró en un proceso de

descomposición social y política que era el reflejo de las luchas que llevaban a cabo los círculos de la pequeñoburguesía que se disputaban el poder y la oligarquía terrateniente y comercial que tenía el control económico del país. Entre la muerte de Leconte y el 27 de julio de 1915, Haití tuvo cinco presidentes; dos duraron nueve meses; uno, ocho meses; y el último –Vilbrun Guillaume Sam–, cinco meses. Con Guillaume Sam se produciría la crisis definitiva” (2). Ese día 27 hubo en la Capital –Port au Prince– graves disturbios populares, ataque a la Casa de gobierno y a los cuarteles militares y el asesinato del presidente Sam, refugiado infructuosamente en la embajada francesa. En horas de la tarde, desembarcaron tropas de infantería de marina estadounidense en Haití, al mando del Almirante William B. Caperton, con la excusa de poner fin a los desórdenes.

Tales desórdenes –y graves– habían existido, pero el gobierno estadounidense no era quien para violar las fronteras de otro país soberano. Esa era sólo la excusa. Ocurría simplemente que el joven e impetuoso imperialismo yanqui, aprovechándose de que Francia estaba trabada en dura contienda con Alemania en la Primera Guerra Mundial (a la que Estados Unidos ingresará recién dos años después), había decidido desplazarla de Haití para cerrar el círculo, que ya casi terminaba, que rodeaba el Mar Caribe convirtiéndolo en un *mare nostrum* norteamericano, y de paso establecer la preponderancia de las corporaciones de Estados Unidos en el agobiado país de Louverture y Dessalines. En Port–au–Prince, los soldados del Arsenal tratan heroicamente de frenar el avance del enemigo, sin resultado, destacándose entre ellos Pierre Sully, Joseph Pierre y Edouard Francois. “Pero en los primeros momentos de la lucha, tales actos de resistencia no se hacen en gran escala. Aprovechándose de la gran traición de las clases dominantes haitianas (sobre todo los grandes comerciantes, al igual que los feudales), quienes, o recibían con los brazos abiertos al ocupante, o bien capitularon sin oponer la más mínima resistencia, los agresores norteamericanos ocupan con relativa facilidad los principales centros urbanos del país” (3).

Como no existía en Haití elección por vía comicial y debía la Asamblea Nacional (el Congreso) elegir un presidente que sustituyera al desaparecido Guillaume Sam, los Jefes de la invasión vetaron al Dr. Rosalvo Bobo, que había sido Ministro del Interior del efímero presidente Joseph Davilmor Theodore (7/11/1914–22/2/1915) y tenía gran popularidad entre las mayorías negras de Haití (4). Tenía además el consentimiento de la mayor parte de los “generales” (así se autodenominaban) que dirigían los grupos armados de campesinos pobres o sin tierras y marginales de las ciudades, los “cacos” o “cacós”, que eran los “guardias de corps” de los políticos isleños, especialmente del norte. Pero Bobo era considerado por Washington como un político “hostil” a Estados Unidos, así que los

marines obligaron a los legisladores haitianos a elegir el 12 de Agosto a Philippe Sudre Dartiguenave, que estimaban un hombre manejable.

Los invasores traían ya redactado un “Acuerdo” entre Estados Unidos y Haití y el gobierno estadounidense había dado a su embajador unas instrucciones que decían: “El Congreso de Haití se servirá aprobar inmediatamente una resolución por la cual autorice al presidente electo a firmar sin modificación el tratado que usted le someterá”. Pese a su indefensión, los legisladores haitianos resistieron la prepotente imposición, pero entonces “el almirante Caperton declaró la ley marcial y se apoderó de los ingresos de la aduana. Los haitianos se vieron al fin obligados a ratificar el tratado y conceder todo lo que Wilson exigía: entrega a los Estados Unidos de la hacienda pública, las aduanas, el ejército, la policía, la higiene, los telégrafos y las vías de comunicación” (5). También comenzaron a comprar y desarmar por unos pocos dólares a tantos jefes *cacós* como pudieron. Siendo mercenarios, pequeños “señores de la guerra”, algunos de ellos se dejaron comprar y entregaron sus armas, pero otros subieron a las montañas para resistir. Es de señalar que –como indica William Krehm– “originalmente la mayoría de los oficiales de la ocupación fueron traídos del sur, *por su experiencia en manejar negros*” y que –suprema afrenta racista– “al presidente de Haití, por su color, se le prohibió poner los pies en el Club de los oficiales norteamericanos en Port–au–Prince” (6). Por su parte, el Dr. Rosalvo Bobo, ante la capitulación de toda la clase política, organiza un “gobierno provisorio” revolucionario que, naturalmente, es agredido y desarticulado por los invasores, que obligan a Bobo a exiliarse en Jamaica.

De este modo se iniciaron los días primeros de la dominación estadounidense, que Charlomagne Peralte combatiría durante años, hasta su muerte.

2. CHARLOMAGNE PERALTE, LUCHADOR Y MÁRTIR

No era el líder haitiano un hombre salido de abajo, sino un miembro de la elite mulata gobernante. Había nacido el 10 de octubre de 1885 en la pequeña ciudad de Hinche, cercana a la frontera con la República Dominicana, precisamente lugar originario de una familia española de nombre Peralta, que cuando los haitianos ocuparon toda la isla no emigró más al este de habla castellana, sino que permaneció en Haití y afrancesó su apellido. Su madre era Marie–Claire Enmanuel y su padre el general Remi Massena Peralte, terrateniente, militar y ex–diputado nacional durante la presidencia de Florvit Hippolite (1889–1896). Dada la posición de su padre, pudo el joven estudiar en el prestigioso colegio católico *Saint–Louis de Gonzague*, en Port–au–Prince y luego siguió la carrera de las armas.

En ese carácter, fue designado comandante militar de la ciudad de Leogane, kilómetros al oeste de la capital, en las costas del Golfo de Guanaba (o Gonaive),

cargo de gran importancia, del que habían salido tres presidentes recientes: el desgraciado Leconte y dos mandatarios efímeros de la crisis: Oreste Zamor (1914) y el asesinado Guillaume Sam en 1915. De no haber mediado la invasión de los norteamericanos, era bastante probable que también Peralte hubiera llegado a presidente de la República en algún momento. Pero la invasión cambió su destino.

Tenía 29 años en 1915 cuando llegaron los marines y le intimaron la entrega de sus armas y de la bandera nacional, a lo que el joven militar se negó, retirándose a administrar las tierras de su familia en Hinche. Desde allí, junto con el “Comité Revolucionario”, apoyó sin resultado la candidatura del Dr. Rosalvo Bobo, vetada por los ocupantes, como dijimos.

Mientras tanto, diferentes formaciones de *cacós* hostilizaban a los invasores en Gonaives, en Cap Haitien (en la costa norte) y en Fort Riviere. En el primero de estos distritos lograron los yanquis sobornarlos y hacerlos retirar, pero en Cap Haitien fueron necesarias 5 compañías de infantería para combatirlos. A fines de septiembre de 1915 ambas regiones estaban “pacificadas”. Quedaba el fuerte de la Riviere, también en el norte, que el Mayor Smedley Butler hizo volar con dinamita el 17 de noviembre, exterminando a los sobrevivientes que, heroicamente, “se hacen masacrar hasta el último antes que rendirse” (7) y lo hace con tal ferocidad que sus superiores de Washington llamaron la atención al Jefe de las fuerzas de ocupación, contraalmirante Caperton.

En el sur, con un carácter más político y menos espontáneo que los movimientos del norte, se movía la guerrilla de Ismael Codio, que hostilizaba continuamente a los invasores y llegó en su audacia a atacar algunos puntos de Port-au-Prince en enero de 1916. Es arrestado, liberado por su gente y luego muerto en combate en Fonds Parisiens. Sus oficiales y seguidores son fusilados y el movimiento liquidado.

Los invasores, tratando de dar legitimidad a su ocupación, amañaron a su vez un “plebiscito popular” en el cual, sorprendentemente, 67.337 haitianos habilitados para votar aprobaban la invasión y sólo la rechazan 335(j) (8). Completaron la maniobra imponiendo a los haitianos una Constitución “Nacional”, redactada en 1917 por Franklin D. Roosevelt, futuro presidente de Estados Unidos, pero en esos momentos subsecretario de Marina de su país. La principal innovación de esta carta magna consistió en suprimir una disposición, que venía desde 1805, que prohibía a los extranjeros adquirir tierras en Haití, redactada para proteger a los campesinos nativos de la voracidad capitalista foránea. Esto, según algunos senadores norteamericanos, “se hacía en beneficio de dos corporaciones yanquis, una que proveería a la Marina yanqui de aceite de castor, y otra que codiciaba tierras azucareras” (9)

Convencido de la inutilidad de los medios pacíficos esgrimidos contra el ocupante, Peralte decide pasar a la acción militar directa. Junto a sus hermanos Saúl y St. Remy y encabezando un grupo armado de sesenta hombres, ataca el 11 de octubre de 1916 la comandancia militar de los marines del Capitán Doxey en Hinche, la ciudad natal de Carlomagne. El ataque es rechazado, la casa familiar de los Peralte incendiada y dos hermanos tomados prisioneros. Tras un juicio sumario, Saúl es condenado a muerte y Carlomagne a cinco años de cárcel en Cap Haitien. Allí, ayudado por un *cacó* encubierto, el gendarme negro Lucsana Luc, consigue huir el 3 de septiembre de 1917 y se dirige a las montañas para organizar a los diferentes grupos de resistentes que actuaban en el norte del país y en su parte central, el Artibonite. Pone así sobre las armas unos 3.000 hombres provistos del viejo armamento que conservaban, de machetes y algunas armas de fuego, más las que logran tomar al enemigo. Ese ejército patriota está dirigido personalmente por él, y hay otros 2.000 luchadores más en similares condiciones bajo el mando de su lugarteniente Benoit Battraville, y unos 15.000 auxiliares irregulares –generalmente campesinos– que no combatían directamente pero se encargaban de tareas de espionaje, de comunicaciones y de proveer las necesidades primarias de avituallamiento de los combatientes. Había dado comienzo a la lucha por la Segunda Independencia de Haití.

El 17 de octubre de 1918 el ejército *cacó* inicia sus operaciones atacando de nuevo a los marines atrincherados en Hinche. El 10 de noviembre –seguimos la enumeración de Gerard Pierre–Charles– asalto contra Maissade; el 3 de febrero de 1919: asalto contra Cerea –la–Source. El 12 de marzo del mismo año, el ejército *cacó* se apodera de Grand–Bois. El 29 de marzo: ataque contra Ranquitée; el 7 de octubre: ofensiva contra Puerto Príncipe. Una parte de la ciudad es ocupada. Frente a la superioridad numérica del enemigo y su gran potencia de fuego, Peralte y sus hombres deben emprender la retirada; pero la guerrilla continúa” (10). Según Juan Bosch, las operaciones de la guerrilla de Carlomagne “se extendieron a una cuarta parte del territorio haitiano, en una línea que partía de las vecindades de Cap Haitien, se dirigía al sudoeste hasta cerca de Gonaives, luego tomaba dirección sudeste, bordeaba el Artibonite y desde los suburbios de Port–au–Prince cortaba hacia el Este hasta la frontera dominicana. Del lado oriental, las fuerzas de Peralte dominaban hasta la misma frontera, con excepción de la parte del extremo sur” (11). Aquí en esta frontera con el país vecino, las fuerzas haitianas recibían la ayuda fraternal de los campesinos y resistentes de la República Dominicana, empeñados en la misma brega, ya que su patria había sido también invadida en 1916 por el enemigo común.

Estas acciones militares eran combinadas hábilmente por el Jefe *cacó* con llamamientos a los pueblos y a los dirigentes extranjeros más importantes de Estados

Unidos, Francia e Inglaterra, que firmaba como “Jefe Supremo de la Revolución en Haití” o como “Jefe del ejército revolucionario luchando contra los norteamericanos en Haití”. Al embajador de Francia ante el gobierno títere de Dartiguenave, por ejemplo, al cumplirse el cuarto aniversario del desembarco de los invasores, le envió una misiva firmada por 100 de sus oficiales, en la que le escribía: “Hoy, cuando en la conferencia de la paz, naciones civilizadas han jurado frente al mundo entero el respetar los derechos y la soberanía de los pequeños pueblos, reclamamos la liberación de nuestro territorio y las ventajas reconocidas por el derecho internacional a los Estados libres e independientes” (12). El primer magistrado de los Estados Unidos, Woodrow Wilson, que se erigía en campeón de los checos, croatas, serbio, rumanos o búlgaros que gemían bajo el yugo del imperio Austro-Húngaro, no había vacilado en mandar a sus marines contra Haití en los mismos años.

No pudiendo derrotarlo ni frenar sus incursiones, viendo como crecían sus efectivos y su audacia, los estadounidenses decidieron asesinarlo: muerto el perro, muerta la rabia, pensaron. El Mayor F. M. Wise trazó un cuidadoso plan a esos efectos, que materializaron el Capitán Herman H. Hanneken y el Teniente Button. Éstos lograron sobornar a uno de sus oficiales, el teniente Jean Baptiste Conze, quien en la noche del 31 de octubre de 1919, junto con el comando yanqui y algunos efectivos negros de la policía creada por los invasores (la “gendarmería”), lograron atravesar las líneas *cacós* y llegarse hasta el cuartel general de Peralte en las cercanías de la Grand Riviere du Nord. El héroe estaba hablando con su esposa cuando los asaltantes lo sorprendieron y lo mataron por la espalda y luego se llevaron su cadáver abriéndose paso en medio de rudos combates con los fieles de Peralte que se encontraban con él.

Creyendo desanimar a los resistentes y al pueblo, clavaron y ataron el cuerpo semidesnudo de Carlomagne en una puerta de madera y lo fotografiaron, distribuyendo profusamente esta foto por todo el país. Pero el efecto fue el contrario: el conocimiento de la forma en que fue muerto y la imagen que evocaba irresistiblemente la de Jesucristo en la cruz, causaron la indignación general, reavivaron el fuego del patriotismo, elevaron a Peralte a la categoría de mártir de la causa nacional y dieron ánimos a los luchadores que aún restaban. En entre ellos, su segundo al mando, el comandante Benoit Battraville, que se puso al frente del ejército *cacó* y “se lanzó a atacar Hinche, La Chapelle y La Plaine de Cul-de-Sac. El 15 de enero de 1920 una guerrilla de *cacós* entró en Port-au-Prince y estuvo combatiendo en uno de los barrios con pérdidas altas para los atacantes, la población y sus defensores” (13). Battraville no subsistirá mucho tiempo tampoco: traicionado por uno de los suyos, como Peralte, será asesinado el 19 de mayo de 1920 por un contingente negro de la nueva policía haitiana, la “gendarmería”. Y también como

Peralte, su cadáver será cruelmente expuesto a la mirada pública en el poblado de Mirebalais.

Descabezada la guerrilla, los militares estadounidenses se concentraron en aplastar a los restos de ella esparcidos por las montañas y a perseguir a los campesinos sospechados de ayudar o simpatizar con los *cacós*: se incendiaba sus pobres viviendas, se mataba su poco ganado, se quemaban sus magras cosechas y se les aplicaba el “tormento del agua”. Esta represión causó alrededor de 3.000 muertos, sin contar otros miles que murieron en las cárceles y en los campos de concentración. Miles de campesinos debieron emigrar en estos años a Cuba y a la fronteriza República Dominicana. En medio de este ambiente de violencia contra el pueblo haitiano, los ocupantes impusieron un nuevo “presidente” títere: Luis Borno, para el período 1922–1930.

Acabada la guerrilla en los campos, la resistencia tomó cuerpo en las ciudades entre la pequeño-burguesía negra y una minoría culta de los mulatos de la elite, asumiendo las formas pacíficas del periodismo de denuncia y el renacimiento cultural y político. Aparecieron publicaciones periódicas como *La Nouvelle Ronde*, *La Trouée*, *Le Petit Impartial*, *Stella*, y *Le Courier Haitien*. Mucho más importante, por su influencia ideológica sobre la nueva juventud nacionalista negra fue la “*Unión Patriotique*”, fundada por Georges Sylvain. La “*Revue Indigeniste*” desde 1927 reivindicó el indigenismo, no en el sentido actual de referencia a los pueblos originarios o indios (extinguidos hacía siglos en la isla), sino como asunción orgullosa de las raíces africanas y sus manifestaciones populares como el Vudú y el Creole, que mantuvieron vivas aquellas raíces en el campo de la religión y el idioma, respectivamente. Esta publicación tuvo gran impacto en los sectores de las ciudades, lo mismo que el libro del Dr. Jean Price–Mars, “*Ainsi parla l’Oncle*”, que lo hizo el ideólogo de la juventud negra que empezaba a pasar a la acción.

Los atropellos de los marines, entretanto, continuaban sin pausa y es un periodista norteamericano –Carleton Beals– quien los describe: “borracheras de los marines, desórdenes, violaciones, robos, asesinatos indiscriminados, torturas, encarcelamientos, golpes y quemaduras con hierro al rojo” (14). Quienes se atrevían a denunciar ante el propio gobierno estadounidense tales actos de barbarie, aun siendo blancos y norteamericanos, debían sufrir juicios penales amañados, como el misionero L. Tom Evans, o directamente asesinados, como H. Upschitz. La prensa local era intimidada y sus periodistas procesados, como le sucedió al editor del *Courier Haitien*, sancionado con multa de 300 dólares y 18 meses de trabajos forzados por un artículo que no gustó a los invasores.

Con este escenario de fondo, en 1929 estalla la huelga de los estudiantes de la Facultad de Agronomía de Damiens, al norte de Port–au–Prince, y le sigue la masacre

–perpetrada por los estadounidenses y la “gendarmería”– contra una multitud que celebraba en Marchaterre y Aux Cayes, el 6 de diciembre, un nuevo aniversario de la llegada de Cristóbal Colón a Haití. Como resultado de estas acciones, se declara una gran huelga en toda la nación.

Se generaliza la oposición a los invasores y en la propia metrópolis se hace oír el descontento de algunos periódicos y de la opinión pública progresista. El nuevo presidente Herbert Hoover (1929–1933), que ya está lidiando con la Gran Crisis económica de Octubre del '29, designa en 1930 una Comisión especial presidida por el antiguo gobernador de Filipinas, William Cameron Forbes, encargada de investigar *in situ* los motivos de descontento. Forbes se expide con un informe desfavorable al accionar abusivo de la marina. Hoover no retira a sus tropas, pero permite por primera vez unas elecciones relativamente libres para elegir la nueva Asamblea Nacional. Así se hace y ésta elige nuevo presidente a Stenio Vincent (1874–1959), un abogado mulato que había realizado siempre una moderada oposición a los ocupantes y que asume su cargo el 18 de noviembre.

Bajo su presidencia se va realizando la retirada de los Marines, ordenada por el presidente Franklin D. Roosevelt (el improvisado “constitucionalista” de 1917) debido a la constante resistencia del pueblo haitiano y a la nueva astuta política del “Buen Vecino” (el puño de hierro en el guante de seda) inaugurada por el realizador del New Deal. Y el 21 de agosto de 1934, cuando el último de los soldados extranjeros abandona el territorio haitiano, Vincent “enarboló sobre las barrancas la bandera haitiana –rojo y azul– formada del tricolor francés del que fue simbólicamente suprimido el blanco” (15). A continuación hizo desenterrar los restos del gran patriota asesinado por los agresores y celebró en 1935 un gran funeral nacional en Cap Haitien al que asistió en persona.

Hoy, todavía desconocido en América Latina, es venerado en Haití y su imagen se perpetúa en monumentos, bustos, monedas y sellos de correo del país. Un país que, de todas maneras, sigue siendo una colonia informal de Estados Unidos.

Córdoba, 29 de octubre de 2020

NOTAS

1) Paul Berna: “Haití y sus aportes a la emancipación e integración de América Latina”, en Comité Ejecutivo del Bicentenario de Simón Bolívar: “América Latina: hacia la integración”, Caracas 1980, pág. 148.

1b) Martha Cavillioti: “Duvalier. Política y Vudú en Haití”, CEAL N° 28, Buenos Aires 1972, pág. 8

2) Juan Bosch: “De Cristóbal Colón a Fidel Castro”, Eds. Sarpe, Madrid 1985, Tomo II, pág. 341.

3) Gerard Pierre–Charles (comp.): “Haití bajo la represión de los Duvalier”, Universidad Autónoma de Sinaloa, Méjico 1980, pág. 12.

La invasión contaba con un cercano precedente: “La infantería de marina del *Machias* –narra Cárdenas Nannetti– desembarcó el 13 de Diciembre de 1914 y se apoderó de \$ 500.000 que el gobierno haitiano había

depositado en el Banco Nacional”. ¡Un acto de pura piratería! (En Jorge Cárdenas Nannetti: “Nueva Historia de los Estados Unidos”, Editora Moderna Inc, Colombia 1970, pág. 334).

4) El Dr. Rosalvo Bobo, como dice Gerard Pierre–Charles, “fue el único de los estadistas haitianos que rechazó cualquier colaboración con las fuerzas extranjeras”. Siendo Ministro del Interior en la fase previa a la invasión (presidencia de Joseph Davilmar Theodore), cuando ya los EE.UU. presionaban para que se les concediese el control financiero del país, Bobo expresó enfáticamente: “Soy el centinela colocado a las puertas de la Patria. Nadie pasará ésta mientras yo esté de Ministro del Interior”. (Gerard Pierre–Charles: “El pensamiento socio–político moderno en el Caribe”, UNAM–Fondo de Cultura Económica, México 1985, pág. 75). Caído este gobierno y renunciado Bobo por presión yanqui el 22 de Febrero de 1915, fue elegido Presidente el desdichado Vilbrun Guillaume Sam.

5) Jorge Cárdenas Nannetti: op. cit., págs. 334/335.

6) William Krehm: “Democracia y Tiránías en el Caribe”, Editorial Parnaso, Buenos Aires 1957, pág. 291.

7) Gerard Pierre–Charles: “Haití bajo la represión de los Duvalier”: op. cit., pág.12.

8) Carleton Beals describe así el referéndum “popular”: “Mientras los votantes hacían fila ante los marines, se les entregaba un papelito que decía SI. Los que decían NO ni siquiera se desempaquetaban. Se dijo que hubo trescientos votos en contra de dicha medida en toda la isla. Los haitianos estimaron que los marines mismos agregaron los votos negativos para cubrir las apariencias”. (Carleton Beals: “América Latina. Mundo en revolución”, Editorial Palestra, Buenos Aires 1964, pág. 138).

9) Carleton Beals: op. cit. supra, pág. 138.

10) Gerard Pierre–Charles: “Haití bajo la represión de los Duvalier” cit., pág 13.

11) Juan Bosch: op. cit., 350.

12) Charlemagne Peralte al embajador de Francia en Haití, en carta del 27 de Julio de 1919, transcripta íntegra en Gerard Pierre–Charles: “El pensamiento socio–político...” cit., pág. 76/77.

13) Juan Bosch: op. cit., pág. 351.

14) Carleton Beals: op. cit., pág. 139

15) William Krehm: op. cit., pág, 292.

III

Pedro Albizu Campos y la libertad de Puerto Rico

Pedro Albizu Campos, apóstol y mártir de la Independencia de Puerto Rico, nació en Ponce, la segunda ciudad del país, sobre la costa meridional de la Isla, el 12 de septiembre de 1891, en un suburbio pobre de ex-libertos llamado Tenerías. Era hijo natural de madre negra y de un empresario azucarero español venido de Venezuela, de allí que se lo tuviera indistintamente por mulato o negro por su tez oscura. Se llamaba ella Juana Campos y el padre, Alejandro Albizu, quien lo reconoció recién cuando el joven terminó sus estudios secundarios en la urbe natal.

1. LA JUVENTUD Y LA ETAPA DE HARVARD

En ese entonces Puerto Rico era todavía una colonia del decadente imperio español, pero no lo sería por mucho tiempo más. España había frustrado los esfuerzos de los dos grandes patriotas independentistas: el médico y luchador Ramón Emeterio Betances (1827-1898), considerado el “Padre de la Patria” portorriqueña por haber lanzado el “Grito de Lares” independentista en 1868 (1), y Eugenio María de Hostos (1839-1903), pensador y pedagogo que bregó toda su vida por la libertad de Puerto Rico y la unidad de las Antillas (1b). Pero España no podría afrontar la embestida de las tropas norteamericanas empeñadas en la Guerra Hispano -Yanqui de 1898. Los políticos de la monarquía sabían que Estados Unidos ambicionaban desde hacía mucho apoderarse de la Isla no sólo por razones de mercado (de hecho, ya era cautiva de las empresas yanquis), sino sobre todo por razones geopolíticas, dada la estratégica posición de la Isla en el mar Caribe. Por lo demás, los rebeldes *mambises* de José Martí y el General Maceo estaban progresando en Cuba desde hacía un par de años e incluso en la propia Puerto Rico se había producido en Yauco, en el mes de marzo de 1897, una nueva tentativa de insurrección independentista. Consciente del peligro de la pérdida de sus últimas posesiones, el gobierno imperial de Práxedes Mateo Sagasta concede a sus súbditos isleños una “Carta Autonómica” el 25 de

noviembre de 1897. Pero ya es demasiado tarde. Estados Unidos desembarca sus marines en Cuba el 10 de junio de 1898, cerca de Guantánamo, y el 25 de agosto 16.000 hombres al mando del General Nelson Miles lo hacen en Puerto Rico y ocupan la ciudad de Ponce. Antes de sus siete años, Albizu pudo contemplar el cambio de amo, pero no el fin de la opresión nacional.

El Tratado de París (1° de Diciembre de 1898) otorgó definitivamente las Filipinas, la isla de Guam y Puerto Rico a los Estados Unidos, y la Ley Foraker de 1900 estableció el status colonial de la Isla boricua: gobernador elegido por Washington, leyes aprobadas por la Legislatura local sujetas a aprobación o anulación por parte del Congreso de Estados Unidos; capacidad electoral negada a los analfabetos y a quienes no tuvieran determinada capacidad impositiva; Consejo Ejecutivo -como gabinete asesor del gobernador- compuesto por 11 miembros, de los cuales seis serían escogidos por la potencia colonial, etc. Además, “el campesino boricua se vio despojado de su tierra, pues se decretó la libertad de comprar tierra a los puertorriqueños por cualquier medio. Así comenzó el imperio yanqui a subyugar y a esquilmar a su joven colonia” (1c). Fuera de la Isla, mientras Albizu Campos realiza sus estudios en Ponce, el dinámico imperialismo yanqui continuó su expansión territorial y económica estableciendo la Enmienda Platt (2) para su control sobre una Cuba semicolonial (1901); segregando a la provincia de Panamá del resto de Colombia para construir el Canal del mismo nombre (1903) y agrediendo a Nicaragua en 1910 y 1912, aparte de otras tropelías más indirectas contra los pueblos latinoamericanos.

En 1912, el mismo año en que el gran patriota portorriqueño Rosendo Matienzo Cimbrón funda el primer partido independentista del país, el futuro líder nacionalista viaja a Estados Unidos con una beca de la Logia Masónica *Aurora* -ya que el joven pertenecía a la Orden de los Rosacruces- para estudiar en la Universidad de Vermont (Estado del mismo nombre) la carrera de Ingeniería Agrícola. Allí, dos profesores de Harvard, que enseñaban un curso de verano, se apercibieron de su talento y, dado que la beca no cubría toda su educación universitaria, los generosos profesores le consiguieron un humilde empleo en Cambridge, explicándole que en el ambiente de Harvard le sería más fácil adelantar en sus estudios. Así que Albizu dejó la Universidad de Vermont en 1913 y se trasladó a la de Massachusetts, donde estaba aquella ciudad (homónima de la inglesa) en el conurbano de Boston en que trabajaría.

Al año siguiente, al estallar la Primera Guerra Mundial, se alistó voluntariamente en el Ejército de Estados Unidos y se incorporó al programa “Reserve Officers Training Corp” (ROTC) de la Universidad, obteniendo el grado de Oficial. Fue enviado a Ponce y luego al campamento de Las Casas para terminar su entrenamiento. Alistado entre las tropas regulares, experimentó en carne propia la

discriminación racial de los militares estadounidenses, ya que fue destinado al segregacionista Regimiento 375°, reservado exclusivamente para negros y cuyos únicos blancos eran, obviamente, los oficiales al mando. Fue dado de baja honrosamente de las filas del Ejército con el grado de Teniente Primero y en 1919 reinició sus estudios en Harvard con nuevos bríos. Desilusionado de sus simpatías primeras por los Estados Unidos por su experiencia militar, sufriría otras desilusiones en su Universidad, al final de su carrera.

En Harvard, efectivamente, tuvo un brillante desempeño como estudiante avanzado: terminó un bachillerato en Filosofía y Letras, se graduó en Ingeniería Química y luego estudió abogacía. Muy buen alumno, tenía tiempo para otras actividades: presidió el “Harvard Cosmopolitan Club”; dirigió “Los Caballeros de Colón”, agrupación de estudiantes latinoamericanos; participó en movimientos de apoyo a la independencia de la India y de Irlanda, relacionándose con importantes dirigentes de esos países sometidos a Inglaterra, como Subhas Chandra Bose y el célebre poeta Rabindranath Tagore, hindúes, y el caudillo irlandés Eamon de Valera, que llegaría a ser presidente de su país. Tuvo como condiscípulo a Jorge Mañac, el futuro escritor cubano autor de una difundida biografía de José Martí; “dictó conferencias sobre el colonialismo en Puerto Rico, la inmigración latina en los Estados Unidos y la situación de los negros en el continente” (3). Aprendió idiomas, hablando fluidamente el latín clásico y el griego antiguo, además de francés, inglés, alemán portugués e italiano. Conoció a su futura esposa, Laura Meneses, una estudiante peruana de ideas radicales. Además de asimilar esta rica experiencia militar, social y política, Albizu abandona la teosofía masónica y se convierte al catolicismo guiado por dos sacerdotes europeos: el Padre Ryan, irlandés, y el Padre Luis Rodes, español. El joven puertorriqueño había comprendido rápidamente que frente al opresor protestante y anglófono, el catolicismo, el hispanismo y el idioma español constituían el alma de la nacionalidad puertorriqueña, que debía fortalecerse para enfrentar homogéneamente a la potencia colonizadora que se esforzaba por destruir su identidad.

En Junio de 1921, faltándole sólo dos materias para recibir su título en Derecho, vuelve a Puerto Rico. Había logrado el promedio más alto de toda su promoción, por lo que le correspondía pronunciar el discurso de Fin de año lectivo. No pudo hacerlo, porque un profesor racista retrasó la recepción de sus exámenes finales para evitarle a la Casa de Altos estudios la “vergüenza” de tener que escuchar el discurso de un negro portorriqueño. Rinde desde su ciudad las dos materias faltantes y en el otro mes de Junio, el de 1922, recibió por vía postal su título de abogado. Este año contrae matrimonio con Laura Meneses

Entonces está ya vigente en la Isla la segunda norma jurídica norteamericana que regula las relaciones entre dominador-dominado: la llamada “Ley Jones”, aprobada en el año de entrada de Estados Unidos en la Gran Guerra (1917), que generosa y sospechosamente otorgaba la ciudadanía norteamericana a los portorriqueños, que no la habían pedido. ¿A qué se debía tanta generosidad? Sencillamente a la circunstancia de que siendo “ciudadanos”, los jóvenes de 21 a 31 años debían servir en las filas militares de sus opresores para enfrentar a Alemania. De hecho, según el comandante Luis Gaspar Suárez, el Gobernador extranjero en Puerto Rico debía “entregar 200.000 jóvenes boricuas al ejercito yanqui para que sirvieran de carne de cañón” (4). Claro que les dejaba la alternativa de optar por mantener su vieja ciudadanía puertorriqueña, pero en este caso perdían totalmente sus derechos políticos y quedaban prácticamente como parias en su propia tierra. Es sabido que a los frentes donde los alemanes utilizaban el terrible *gas mostaza* solamente eran enviados batallones puertorriqueños. La única concesión hecha a los reclamos de los isleños por la “Ley Jones” es la creación de una Legislatura propia, electa popularmente, pero con poderes más imaginarios que reales, porque sus leyes podían ser vetadas por el Gobernador norteamericano, y en última instancia, anuladas por el Presidente de Estados Unidos. Un juguete para que se entretuvieran los partidos políticos de la Isla.

2. UN LUSTRO DE PROPAGANDA Y COMPROMISO

Terminadas sus múltiples carreras y habiendo desechado en Estados Unidos varias ofertas que se le hicieron para ocupar importantes cargos académicos y legales, (profesor de la Universidad de Puerto Rico, un puesto en el Departamento de Estado de EE.UU, una pasantía legal en su Corte Suprema y la vicepresidencia de un sindicato agrícola yanqui en su sucursal caribeña), el joven Dr. Albizu Campos abre su estudio de Abogado en Ponce para atender a los pobres de la ciudad.

Se inicia también políticamente en el nacionalismo independentista ingresando al Partido Unión de Puerto Rico. Este partido -el mayor de la Isla- había sido fundado en 1904 sobre una base programática oportunista, ya que acogía en su seno tanto a autonomistas como a independentistas y *estadistas* (5), lo que daba lugar a continuas crisis por las diferencias entre las fracciones. Ya en 1912 se había separado el grupo independentista de Matienzo Cintrón, como dijimos, pero había permanecido un ala muy fuerte de la misma orientación dirigida por el gran orador y poeta José De Diego, que no alcanza a romper porque falleció en 1918.

Ante la evidente falta de voluntad del partido para sostener la tesis de la Independencia, un grupo de dirigentes y militantes independentistas, a los que encabeza el escritor José Coll y Cuchí (1877-1960), se separa del partido y organiza

la “Asociación Nacionalista de Puerto Rico”, ANPR, a la que siguen otras dos: la “Juventud Nacionalista” y la “Asociación Independencia de Puerto Rico”, fundada por José S. Alegría, Eugenio Font Suárez y Leopoldo Figueroa en 1920. En Febrero de 1922, el Congreso del Partido -dirigido ahora por Antonio R. Barceló- elimina de la “Base Quinta” del Programa partidario la opción por la Independencia y se pronuncia en favor de la fórmula del “Estado Libre Asociado” (6), forma disimulada de anexión sin los derechos propios de un Estado norteamericano. Ante semejante capitulación, las tres organizaciones nacionalistas resuelven unificarse el 17 de Septiembre de 1922, dando a luz en el Teatro Nuevo de Río Piedras al nuevo “Partido Nacionalista de Puerto Rico” (PNPR), del que Coll y Cuchí es designado presidente, acompañado por José S. Alegría. En 1924, también Albizu abandona el Partido unionista y se suma al PNPR, que lo hace su vicepresidente.

No puede dedicarse enteramente Albizu a organizar el partido, porque sus autoridades le solicitan que realice una gran gira por los principales países de Latinoamérica pidiendo la solidaridad para los esfuerzos de PN en pro de la independencia de su patria. Así que envía a su familia, por su seguridad, al Perú y parte en 1927 en una visita a diversos países, en los que se entrevista con dirigentes políticos, intelectuales de nota y periodistas de peso. Va a Méjico, al Perú, a Venezuela, a Centroamérica; está dos veces en Cuba, donde organiza en 1927 la “Junta Nacional pro Independencia de Puerto Rico”, y confraterniza con el filósofo Enrique José Varona y los escritores Juan Marinello y Alejo Carpentier, entre otros. También visita la Republica Dominicana, donde se radica en Santiago de los Caballeros, cuya juventud intelectual lo rodeó desde el primer instante, “convirtiéndose bien pronto en el principal centro de atracción de aquella ciudad que durante ocho años había sufrido en carne viva la crisis patriótica desencadenada por la intervención militar norteamericana” (7), como nos informa Joaquín Balaguer en su extenso libro “Memorias de un cortesano de la Era de Trujillo”. De allí transpone la frontera y se entrevista con Pierre Poulle y Jolibris Fils, patriotas del Haití negro ocupado durante veinte años por el imperialismo yanqui (8).

El joven pero ya maduro intelectual de Ponce había desempeñado con entusiasmo la comisión internacional que le había encomendado el Partido, porque estaba en plena consonancia con su espíritu hondamente latinoamericano. Ya antes de partir, en 1926, había escrito que “Nuestra situación dolorosa bajo el imperialismo de Estados Unidos es la situación que pretende Norteamérica imponer a todos los pueblos hermanos del Continente: Nuestra causa es la causa continental” (8b). No tenía una visión estrecha o particularista de la independencia portorriqueña, sino que -como Martí, como de Hostos- veía a su patria como parte de una unidad geográfica y política que pusiera un valladar al expansionismo estadounidense. “El archipiélago

Antillano -decía- ocupa una posición privilegiada en la geografía mundial. Se hace imprescindible arrojar de su territorio a los Estados Unidos y consolidarlos bajo una Confederación con suficiente poder naval para resistir cualquier revancha” (8c). Y remataba con fe en el futuro de Puerto Rico: “Nuestra Patria será una nación libre y soberana contra la voluntad de Estados Unidos. Su independencia sin limitaciones, así como la de las naciones del Caribe y de Centroamérica bajo la influencia perniciosa de los Estados Unidos actualmente, se impondrá como una necesidad universal que sostenga el equilibrio entre las naciones iberoamericanas” (8d). Gran lector de las teorías del Almirante Mahan, tenía, como se ve, no sólo una concepción cultural de Hispanoamérica, sino una muy realista visión geopolítica de sus problemas. En esa línea, consideraba –en disidencia con Haya de la Torre- que el Canal de Panamá no debía internacionalizarse, sino entregarse a Panamá, “porque siendo de Panamá será también de nosotros los iberoamericanos todos” (8e) 18/19

3. LA CONSTRUCCIÓN DEL NACIONALISMO REVOLUCIONARIO

En 1930 Albizu está de vuelta en su país y dedicará los siguientes seis años de su activa existencia a reorganizar el nacionalismo de su patria en un sentido revolucionario. Este propósito lo diferenciará de Coll y Cuchí, cuya línea política estima demasiado temporizadora con el opresor extranjero. Coll se retiró de la organización y se reintegró al Partido Unión de Puerto Rico, arrastrando a algunos de sus amigos. Auto purgado el partido, el 11 de Mayo, con apoyo de la juventud, Albizu es elegido Presidente del Partido Nacionalista de Puerto Rico y su Congreso establece este juramento para su militancia: “Juramos aquí solemnemente que defenderemos el ideal nacionalista y que sacrificaremos nuestra hacienda y nuestra vida si fuera necesario por la independencia de nuestra patria” (9), muestra de la mística que Albizu insuflará a su partido. El programa adoptado es una secuencia de medidas articuladas alrededor del pensamiento del desarrollo capitalista autónomo, con contenido social: sindicalización para que los trabajadores logren participación en las ganancias; desplazar la presión fiscal sobre los propietarios absentistas y dividir la tierra entre muchos agricultores; favorecer el consumo de los frutos de la tierra y de la industria local; fomentar la exportación; favorecer exclusivamente a los bancos nativos; liberar al país de los empréstitos extranjeros (10). Este programa, sumado a su acendrada ideología hispanista-católica y a ciertos errados conceptos sobre la educación (como su negativa a la enseñanza mixta) muestran que Albizu Campos, pese su genialidad y a su conducta heroica, era esencialmente un dirigente de ideología antiimperialista nacional-burguesa “sin burguesía a quien dirigir”, como dijera gráficamente su admirador y discípulo disidente Juan Antonio Corretger.

No será fácil su tarea. Es que Puerto Rico ha cambiado bastante -para peor- desde que la abandonó. En este año '30, y debido a la crisis general del capitalismo desatada el año anterior en el "Jueves Negro" de Wall Street, se pondrán de relieve los desastrosos resultados de la dominación imperialista durante los tres últimos decenios. Cuando la Isla era aún dominio español, "el setenta y cinco por ciento de la tierra arable de la isla -escribe Josué de Castro- estaba dividida en lotes pequeños, con una extensión media de doce acres, dedicados, en su mayor parte, a los productos de sustento" (11). Existía por ello una burguesía agraria y una extensa pequeño-burguesía rural con un nivel de vida bastante bueno. La economía se basaba en la producción y exportación de café, pero devastada por los ciclones y la baja de su precio en el mercado mundial, los cafetaleros borinqueños quedaron arruinados: no pudiendo devolver los créditos hipotecarios que habían solicitado para rehacer sus establecimientos, los perdieron a manos de los bancos. Los sobrevivientes fueron liquidados por la acción de los "socialistas" anexionistas de Iglesias Pantín, lacayo del sindicalista amarillo yanqui Samuel Gompers y su AFL (11b), que empujaron a los trabajadores a solicitar condiciones tan exageradas a sus compatriotas empleadores que éstos no pudieron satisfacerlas. La moneda puertorriqueña fue devaluada en un 60%, desvalorizando así en más de la mitad de su precio a la tierra y a los activos de la Isla, a fin de facilitar su compra por los consorcios yanquis. Los campesinos fueron despojados en masa de sus terrenos, que fueron dedicados a la caña de azúcar, monocultivo dominado en 1930 por cuatro consorcios absentistas. Donde antes florecían cien explotaciones nativas, se veían ahora gigantescos latifundios de la sacarocracia yanqui con sus clásicos carteles: "No trespassing". Los puertorriqueños tenían prohibido vender su producción en el mercado mundial, pero los artículos de la industria estadounidense podían entrar a la Isla sin abonar arancel alguno. No podían refinar ni siquiera el azúcar para el consumo local: todo debía hacerse en los EE.UU. Los capitalistas invasores controlaban además el 80% del tabaco, el 60% de bancos y servicios y el 100 % de las líneas marítimas. Los ingenios azucareros brindaban trabajo solamente durante cuatro meses. Los salarios se habían reducido en un 50%. El ganado había sido comprado y llevado a Texas, instando a la población a consumir la comida enlatada yanqui, que pocos podían adquirir. El campesinado y los peones debieron emigrar a los suburbios de las poblaciones ya atestadas. La miseria y el hambre comenzaron a expandirse por la isla, y con ellas las enfermedades (12). La tuberculosis, casi desconocida antes, se abatió sobre una población mal nutrida, lo mismo que la malaria que afectaba a 200.000 personas y la uncinariasis a 600.000. Sólo el 10% del millón de habitantes gozaba de buena salud, no obstante lo cual la asistencia médica brillaba por su ausencia. Un médico-asesino, el Dr. Cornelius P. Rhoad expresaría abiertamente el pensamiento genocida

que íntimamente alentaba una parte de los imperialistas respecto a los portorriqueños. “Lo que la isla necesita -escribiría en una carta- no es trabajo de sanidad pública, sino un maremoto o algo para exterminar totalmente la población” y añadía procazmente: “Yo he hecho lo mejor posible para acelerar el proceso de exterminio, matando a ocho y trasplantando cáncer a varios más” (13). No fue sancionado, sino premiado con el cargo de Director del Hospital de Massachusetts. En los hospitales públicos, se esterilizaba a las mujeres portorriqueñas sin pedirles consentimiento alguno. Veinte años más tarde el científico brasileiro Josué de Castro confirmaría en su famoso libro “Geopolítica del Hambre” que en esta Isla “se ha desarrollado desde el comienzo de nuestro siglo (XX) uno de los más tenebrosos dramas del hambre vividos en el Hemisferio Occidental” (14).

No conforme con destruir física y económicamente al pueblo puertorriqueño, el imperialismo tratará también de aniquilar el alma de la nación borincana: su cultura y especialmente su idioma: el inglés es impuesto como única lengua, obligatoria en los tres niveles de la educación, en la justicia y en la administración pública. Los intelectuales y artistas serán perseguidos de diferentes modos. La Historia del país - España, la época colonial, sus grandes hombres como Betances, de Hostos, Matienzo Cintrón, De Diego- serán sistemáticamente ignorados, enseñándose como crónicas de Puerto Rico a los eventos de la historia norteamericana. Sus políticos y educadores se esforzarán por introducir en cada puertorriqueño un sentimiento de auto denigración e inferioridad personal y nacional.

Por eso dirá Albizu Campos en su momento: “El imperialismo yanqui, en lo moral, nos ha conducido al desprecio de nosotros mismos; en lo material, de propietarios nos ha convertido en peones, y de peones en mendigos sentenciados a muerte” (15).

Era necesario remontar la declinación. La tarea del gran patriota sería ímproba, pero la indignación popular y el sentimiento antiimperialista le ayudarán en su cometido. Recorre toda la Isla, organiza y llama a organizarse, reúne a los dispersos, funda y disciplina en batallones a la juventud nacionalista uniformada de pantalón blanco y camisa negra por el luto de la patria cautiva. Organiza a las mujeres hasta en la pequeña isla subordinada de Vieques, base naval de los Estados Unidos. Dicta múltiples conferencias, habla por radio y pronuncia encendidos discursos, porque es un orador extraordinario. Juan Marinello, que lo escuchó en Cuba explicará éste su don maravilloso que arrebató a las multitudes: “Era frente a las masas cuando se agigantaba aquel hombre menudo y frágil y a los pocos instantes todos quedaban presos de su arenga. El razonamiento poderoso y original, en el que se descubrían muchas lecturas, meditaciones y vigiliadas, venía sustentado en la dicción apasionada. La voz, que era en lo íntimo apacible y sugerente, adquiría en la tribuna

un tono metálico y vibrante que llegaba al oyente más lejano como un clarín de órdenes al que no podía sustraerse. Y, por largo que fuese el discurso, el tono se mantenía el mismo, vigoroso y reluciente, hondo y distinto, como un clamor que arrancaba de más allá del cuerpo en que nacía” (16). “En su tribuna -agrega Corretger- se reunían constantemente la exposición y la arenga. Con la exposición apelaba a la inteligencia; con la arenga a la emoción, fuerza poderosa en la que el deber y el convencimiento encuentran la encendida voluntad de las grandes decisiones” (16b). El periódico “La Correspondencia” de la ciudad de Cienfuegos (en Cuba) le llamaría por entonces “el Mago de la palabra”.

Pero la organización y el verbo no eran para el jefe nacionalista fines en sí mismos, sino instrumentos para alcanzar por la acción concreta su fin último: la independencia nacional. Así, se suceden los actos ideados por Albizu en persecución de esa alta finalidad. A poco de llegado, en 1931 lanzó un insólito empréstito en el mercado de Wall Street, vendiéndose tres series de bonos para recaudar fondos para la “Republica de Puerto Rico”. El mismo año, organiza la “Asociación de Colonos de Caña” que agrupaba a los pequeños cañeros subsistentes, estrangulados por los ingenios norteamericanos en los cuales obligadamente debían moler su zafra, y que eran además quienes le otorgaban préstamos usurarios.

En 1932 los nacionalistas llevan adelante una gran campaña de denuncias contra el gobernador estadounidense Theodore Roosevelt Jr., que obliga a Washington a destituirlo. En Abril del mismo año, Albizu Campos pronuncia un apasionado discurso en la Plaza de Armas de San Juan contra el proyecto -a punto de ser aprobado en el Capitolio, sede del poder legislativo de la Isla- que convertiría a la bandera nacional en la enseña de la colonia yanqui. El Jefe admirado termina el más grande discurso pronunciado en su vida con la consigna “¡Al Capitolio!”. La multitud ruge “¡Al Capitolio!” y se precipita al gigantesco edificio inaugurado hacía tres años, enfrentando a la policía y haciendo huir a los legisladores serviles a los EE.UU. Muere en la acción un joven nacionalista, pero la bandera se ha salvado.

También en este año el Partido Nacionalista se presenta a los comicios para elegir representantes. Triunfa la “Coalición”, formada por el partido Socialista cipayo y la “Unión Republicana” de Martínez Nadal, y se ubica segundo el “Partido Liberal Portorriqueño”, independentista, de Antonio R. Barceló. El Partido Nacionalista obtiene 5.500 sufragios, pese a ser la agrupación política preferida por las masas. Es que en una elección amañada y donde los pobres, los iletrados y las mujeres -es decir, la mayoría- están privadas del voto, no podía triunfar el partido de Albizu. Éste se convence cada vez más de que la vía electoral es nada, sólo un mecanismo para legitimar la dominación extranjera. “Si las elecciones sirvieran para algo -pensaba- ya las habrían anulado”. Sentenciaba además: “La lucha electoral es

una farsa periódica para mantener dividida a la familia puertorriqueña” y “El triunfo de los puertorriqueños sobre los puertorriqueños es la derrota de la Patria” (16c).

En 1933, en un año signado por los paros obreros y las protestas, el líder nacionalista dirigió exitosamente la huelga de los trabajadores del monopolio yanqui “Puerto Rico Railway y Light and Power Company”, y año siguiente hizo lo mismo con la de los obreros azucareros de la Isla, estallada en los cañaverales de la Central Fajardo. Estos repudiaron a sus dirigentes sindicales, encuadrados en la AFL de Gompers, y solicitaron a Albizu Campos que los dirigiera. Este así lo hizo y la huelga consiguió todos sus objetivos, no obstante lo cual después el Nacionalismo no logró sumar ese valioso contingente obrero a sus filas, en parte por no disponer de cuadros proletarios y en parte por la formación anti-nacionalista o al menos indiferente que el socialismo había criminalmente dado al movimiento obrero local.

Como el Partido Nacionalista extendía cada vez más su audiencia en el pueblo y el prestigio de Albizu no cesaba de aumentar, Washington decidió a acabar con el Nacionalismo y su dirección, empezando por su Jefe. A esos efectos, se designó el 12 de Enero de 1934 como Gobernador a un militar “excepcionalmente fuerte y capacitado” (17), como exigía la derecha portorriqueña proyanqui y los residentes norteamericanos: el Coronel Blanton Winship, quien inició una vigorosa persecución política: se encarcela a los seguidores de Albizu, se asalta el hogar de éste en varias ocasiones, se prohíben sus actos, se disuelven las manifestaciones pacíficas del nacionalismo. Más tarde, al visitar Puerto Rico el Presidente de Estados Unidos Franklin D. Roosevelt (1933-1945), desembarcando en Mayagüez, el despliegue policial es de tal magnitud que la dirección local del PNPR de la ciudad se atemoriza y desiste de un acto de repudio que se había programado en aquella ciudad.

Pero la peor provocación de Winship y su Jefe de Policía, coronel Francis Riggs, fue la “Masacre de Río Piedras”, la ciudad universitaria en la que son asesinados cuatro jóvenes nacionalistas y quedan 44 heridos el 24 de Octubre de 1935. Albizu Campos aseguró emocionado en el sepelio de los militantes asesinados que “la escuela del heroísmo conminará eternamente a la escuela de la fuerza y la aplastará” (18). Pero mientras tanto, el coronel Riggs continúa gozando de impunidad, por lo que dos atrevidos jóvenes nacionalistas lo ajustician en San Juan y son a su vez fusilados sin proceso en la central de policía en Febrero de 1936. El escándalo conmueve a todo Puerto Rico y aunque la Dirección del Partido no ha ordenado la ejecución, el imperialismo acusa a Albizu y siete camaradas (su segundo, el eximio narrador, poeta épico y ensayista Juan Antonio Corretger, además de Luis F. Velázquez, Clemente Soto Vélez, Erasmo Velázquez, Julio H. Velázquez, Rafael Ortiz Pacheco, Juan Gallardo S. y Pablo Rosado Ortiz) de “conspirar para derrocar al gobierno de los Estados Unidos por la fuerza y la violencia”. Todos son encausados

en Abril por una Corte federal norteamericana y se fija una fianza astronómica: ¡Un millón de dólares! para liberarlos, pensando que le sería imposible al Nacionalismo conseguir semejante suma. Sin embargo, el pueblo portorriqueño responde solidariamente por su caudillo y el mismo día de la acusación reúne el millón, “en muchos casos recaudado en monedas de cinco y diez centavos” (19). Pero como la orden para los jueces era de condenarlos políticamente, más allá de su inocencia, así lo hacen en Agosto de 1936, con una maniobra deleznable y en violación de todas las leyes en vigencia: el primer jurado, integrado por siete puertorriqueños y cinco norteamericanos, absolvió por 7 votos contra 5 (¡) a todos los acusados, pero el Juez Robert A. Cooper no respetó la sentencia, sino que la anuló y dispuso un segundo juicio a cargo de un nuevo jurado, compuesto ahora por sólo dos puertorriqueños y 10 estadounidenses, que según denunció el congresista yanqui Vito Marcantonio, “habían expresado públicamente parcialidad y odio por los acusados” (20). La condena estaba asegurada y así se dio.

Desechada la apelación articulada por su defensor, el abogado patriota Dr. Gilberto Concepción de Gracia (futuro creador del “Partido Independentista de Puerto Rico”) (21), ante los tribunales jurisdiccionales de Boston, Albizu Campos es condenado a diez años de prisión, que comienza a cumplir en la cárcel de Atlanta (Estado de Georgia) el 7 de Junio de 1937. La farsa del juicio a Sacco y Vanzetti de 1920/1927 se había vuelto a repetir. El Partido queda a cargo del Lic. Julio Pinto Gandía como Presidente provisional.

La opinión de la ilustre poetisa chilena Gabriela Mistral, que con una carta al Juez interviniente trató de conseguir clemencia para los patriotas, no fue tenida en cuenta para nada. En esa misiva, la poeta aseguraba que “la personalidad de los puertorriqueños enjuiciados corresponde, en categoría moral y en significación cívica, a la que fueron en los países del Sur las de los próceres San Martín, O’Higgins o Artigas” (22). Tampoco le permitieron visitar a los presos en la cárcel de Atlanta.

Juzgando los seis años de prédica de Albizu que acababan de terminar así, diría el gran sociólogo y patriota portorriqueño Manuel Maldonado Denis: “No puede negarse que su influencia en la creación de una conciencia nacional y antiimperialista entre los puertorriqueños rindió sus frutos. Seis años –de 1930 al 1936- es un cortísimo período de tiempo en la historia de un pueblo. Y sin embargo, Albizu Camos logra cristalizar en su figura el espíritu de resistencia al colonialismo, la lucha contra la asimilación cultural, el fin de la entrega de nuestro patrimonio nacional, el respeto a nuestros valores tradicionales, la tradición revolucionaria de Betances y Martí y el espíritu de sacrificio reflejado tan cabalmente en su frase “La Patria es valor y sacrificio” (22b).

Mientras aún se tramitaba la causa judicial, el 21 de Marzo la policía colonial -creada por los yanquis- abre fuego a mansalva durante diez minutos con armas largas y ametralladoras contra una manifestación pacífica y desarmada de la Juventud Nacionalista que se realizaba en la ciudad natal de Albizu. Es la “Matanza de Ponce”, donde mueren 21 personas y son heridas gravemente otras 155. Con la amargura de estos crímenes, Albizu entró a Atlanta. Dos Comisiones investigadoras, una de la “American Civil Liberties Unión”, presidida por Arthur Garfield Hayes, y otra del Departamento del Interior, que produjo el “Informe Mc Caleb”, probaron más allá de toda duda la culpabilidad en la matanza del Gobernador Winship. Sin embargo el Presidente norteamericano no lo destituyó. Por el contrario lo apañó, mientras que la recua de cipayos de la Legislatura colonial lo declaraba “hijo adoptivo de Puerto Rico” (23) y culpaba de los hechos a... ¡los nacionalistas abatidos! ... EE.UU. presionó al Fiscal interviniente Rafael V. Pérez Marchand para que enjuiciara como culpables a los sobrevivientes; como el digno funcionario prefirió renunciar antes de cometer semejante vileza, fue designado otro, quien sí lo hizo, pero con tan endebles argumentos que el abogado defensor, el gran criminalista negro Ernesto Ramos Antonini (1898-1963), logró su absolución.

Así se aplicaba en Puerto Rico la flamante política “del Buen Vecino” de Roosevelt, donde “*los buenos* somos nosotros y ellos sólo son *los vecinos*”, como decían con amarga ironía los puertorriqueños.

En cuanto al heroico jefe del nacionalismo, enferma gravemente en la cárcel en 1943 y debe ser internado en el Hospital Columbus de Nueva York por casi cuatro años. En 1947 es liberado y vuelve en Diciembre a Puerto Rico. El joven letrado que lo había asistido en su apelación en Nueva York y Boston, De Gracia, había ya retornado a la patria en 1944 para seguir bregando por la independencia desde el interior del “Partido Popular Democrático”. Lo había precedido Juan Antonio Corretger, liberado en 1942.

4. LAS ÚLTIMAS LUCHAS. LA INSURRECCIÓN DE 1950

En los diez años en que Albizu faltó de su patria, muchas cosas habían sucedido en ella. Entre las más importantes cabe mencionar la fundación en 1938 del “Partido Popular Democrático” (PPD) por parte de Luis Muñoz Marín, principal dirigente del ala izquierda del Partido Liberal Puertorriqueño. Muñoz había sido en su juventud simpatizante del socialismo y decidido partidario del independentismo, pero ahora había cambiado su inicial perspectiva por otra que consideraba más realista y adecuada. No abdicaba del ideal de la independencia, pero la ponía entre paréntesis, por decir así, postergándola para mejores tiempos, porque lo más urgente -explicaba- era sacar a Puerto Rico de la miseria y el atraso en que se hallaba sumido. Tan

convincentes resultaron sus argumentos que hasta antiguos seguidores del líder ponceano -como Vicente Geigel Polanco o el profesor Antonio Colorado- se enrolaron en las filas de los “populares”, quienes habían conquistado a la masa del Liberalismo, mayoritariamente independentista. Lo acompañará, casi como cofundador, Ernesto Ramos Antonini. Con este apoyo, el aval de su pasado juvenil y la atractiva consigna de “Pan, Tierra y Libertad” Muñoz Marín resultó personal vencedor en los comicios de 1940 para renovar las Cámaras de diputados y Senadores - única instancia representativa permitida por las leyes Foraker-Jonson- , aunque el PPD, con 214.857 sufragios, resultó vencido por los 224.423 que obtuvieron sus rivales de la “Coalición” socialista-republicana. Los candidatos del nuevo partido “Tripartito”, dirigido por Miguel A. García Méndez, bien visto por Estados Unidos, obtuvieron 130.299 votos. Muñoz, en consecuencia, fue designado Presidente del Senado, un sitial equivalente al de un “Primer Ministro” colonial.

A partir de Diciembre de 1941, cuando EE.UU. comienza a participar de la IIª Guerra Mundial, los gastos militares realizados en la Isla por la gran potencia norteamericana trajeron cierta y transitoria mejoría económica a Puerto Rico, que alivió la miseria de algunos sectores de su población y permitió a Muñoz Marín, con al apoyo del Gobernador yanqui Rexford GuyTugwell, crear un aparato administrativo propio que reforzó su poder político. Dos años después, cuando Albizu Campos era internado en un Hospital, Muñoz Marín y el *Comisionado Residente* de Puerto Rico en Washington, el socialista cipayo anexionista Bolívar Pagán y el conjunto de los partidos actuantes, menos el partido albizuista, se dedicaron a presionar al Congreso norteamericano para que el próximo Gobernador fuera elegido por el pueblo borincano -sin cuestionar el dominio imperialista, obviamente- pero fracasaron lamentablemente, porque el Congreso, dominado por los republicanos, se oponía a cualquier concesión que alentara el autonomismo puertorriqueño. No obstante, la mejoría temporal de la economía le permitió al Partido Popular Democrático triunfar en las elecciones legislativas de 1944 por 383.280 votos contra apenas 101.779 de la “Unión Republicana”. Muñoz Marín volvió a la presidencia del Senado, en la que había sido sustituido por un senador opositor, y su partidario Jesús Piñero, un rico empresario azucarero, fue designado Comisionado Residente, en sustitución de Bolívar Pagán. Sin embargo, puertas adentro de su propio partido, Muñoz no estaría tan tranquilo como hubiera querido, porque el sector independentista rebelde, en Agosto de 1944, “convocó a una reunión de mil ochocientos delegados a un Congreso en favor de la independencia, al que asistieron quince mil ciudadanos particulares” (24), como debe reconocer el apologista de Muñoz Marín, el escritor yanqui Thomas Aitken Jr.

En Abril de 1945 muere Roosevelt y dos semanas más tarde comienza la Conferencia de San Francisco, que redactará y aprobará la Carta para las Naciones Unidas. Asisten más de 50 naciones del bando vencedor en la Guerra, que terminará en Europa el 8 de Mayo. Una delegación de los pueblos coloniales concurre a reclamar la independencia del yugo imperialista y entre ellos se encuentra el delegado del Partido Nacionalista, Lic. Julio Pinto Gandía.

En Septiembre se rinde incondicionalmente el Japón tras sufrir las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki. Pronto las decenas de miles de soldados puertorriqueños comenzarán a regresar a sus hogares. La Revolución Colonial ya rugía con sus exigencias de independencia en todo el mundo. En estas condiciones, la necesidad del gobierno norteamericano de seguir presentándose como adalid de la Democracia y la Libertad y de mejorar su imagen frente a las presiones internacionales, sumado al temor de Muñoz Marín de que los veteranos de guerra “con una nueva reciedumbre en sus espíritus y con amargura en sus corazones” se sumaran “con entusiasmo a Albizu Campos” (25), pronto a quedar en libertad, apuraron las intenciones de reformas cosméticas para Puerto Rico por parte de la administración yanqui. En esa línea de acción, el Presidente Harry Truman -que ha sucedido al finado Franklin D. Roosevelt- propone en Octubre de 1945 al Congreso una ley que disponga una “consulta” al pueblo de Puerto Rico para que elija entre seguir siendo un dominio, conseguir su independencia o incorporarse como estado pleno a la Confederación Estadounidense. Igualmente, tiene entrada un proyecto del Senador Millard Tidings en favor de la independencia insular y la declaración de Truman de que designará Gobernador de Puerto Rico a Jesús Piñero. Esta es la “gran conquista” del partido de Muñoz Marín: el nuevo mandatario de la Isla es nativo de Puerto Rico y no de EE.UU como los anteriores. No hay otra diferencia que la del acta de nacimiento de unos y otro. Así lo certifican las propias palabras de Piñero: “He dejado de ser representante de Puerto Rico ante el Gobierno de Estados Unidos, para representar, de ahora en adelante, al Presidente de Estados Unidos en Puerto Rico” (26) . El mayordomo exponía su genuflexión a la vista de todo su pueblo.

Paralelamente, el jefe “popular” publica en el periódico “El Mundo” dos breves ensayos en los que abandona definitivamente la idea independentista y ofrece los lineamientos generales de lo que será el futuro engendro del “Estado Libre Asociado”, ya que -expresa- “la independencia, sin condiciones económicas especiales... es imposible” (27).

El 25 de Julio de 1946, no pudiendo ya convivir con el muñozmarinismo en el PPD, un numeroso grupo de independentistas se separa y conforma, en un gran acto en el “Parque Sixto Escobar” de San Juan el “Partido Independentista Puertorriqueño” (PIP), bajo la dirección de Gilberto Concepción de Gracia, quien se

propone bregar pacífica y legalmente por la Independencia nacional. De esta manera, en ese año, como nos recuerda Maldonado Denis, el independentismo “queda fragmentado entre la tendencia insurreccional del Partido Nacionalista y la tendencia reformista del Partido Independentista” (28). Poco más de un mes después asume el “puertorriqueño” Piñero su gobernación títere, y en Mayo de 1947 el Congreso estadounidense aprueba la Ley Crawford-Butler, que perfeccionando la farsa, permite que por primera vez Puerto Rico elija electoralmente su gobernador, para lo cual Muñoz Marín era número puesto. Había demostrado su buena voluntad hacia el imperialismo haciendo votar a sus partidarios sentados en las bancas del Capitolio local una ley que eximía de impuestos a las inversiones extranjeras (de hecho, norteamericanas), a la vez que ofrecía una mano de obra miserablemente barata y comenzaba a privatizar las empresas estatales que habíanse creado en la etapa anterior de ascenso del PPD. El resultado, obviamente, sería una mayor dependencia del país a los designios de las corporaciones yanquis y el Departamento de Estado.

En estos menesteres de desalentar los designios de independencia y remachar las cadenas del neo-colonialismo estaba Muñoz Marín cuando vuelve a la patria Albizu Campos, como dijimos, quien es recibido apoteóticamente en un gran acto del “Parque Sixto Escobar” el 15 de Diciembre de 1947. Allí, incommovible en su fe pese a la cárcel y las enfermedades padecidas, reafirma su tesis de “la lucha revolucionaria como único medio para liquidar el coloniaje que pesa sobre Puerto Rico” (29). Reitera su posición en otro gran acto realizado el 21 de Junio de 1948 en la localidad norteña de Manatí, conocida como “la Atenas de Puerto Rico” por su desarrollo cultural, a la que acudieron ese día nacionalistas de toda la isla para defender a Albizu en caso de que la policía o la Guardia Nacional intentaran detenerlo nuevamente. Es que en esos momentos regía desde hacía unos días la famosa *Ley 53* puertorriqueña o “Ley Mordaza” dictada por el poder Legislativo local y promulgada por Piñero (10-6-1948), vergonzosa disposición destinada reprimir a las tendencias más radicales del nacionalismo de sus compatriotas y a destruir el Partido de Albizu Campos (30).

El dos de Noviembre de 1948, con el Partido Nacionalista reorganizándose por sobre las persecuciones, tienen por fin lugar los comicios para elegir el primer gobernador electo por el pueblo boricua: Muñoz Marín obtiene 392.386 votos, con 38 senadores y 17 diputados, los partidarios de la “estadidad” de Puerto Rico 89.441 y el Partido Independentista 65.361. Quedaba probado, como mantenía el jefe nacionalista, que dentro de la legalidad imperialista sería imposible obtener la Independencia. Era necesario recurrir a la insurrección y Albizu Campos se dispuso a organizarla.

Así lo hicieron los nacionalistas durante el resto de la gobernación de Jesús Piñero y los casi dos años primeros de la de Era de Muñoz Marín, que asumiría su cargo el 2 de Enero de 1949.

Albizu, con heroico realismo, había percibido que no podían tomar el poder por la fuerza. Había dicho que Estados Unidos era una potencia muy ocupada en sus asuntos nacionales e internacionales, así que para que le prestase atención a su pequeña colonia del Caribe era necesario que “Puerto Rico les produzca un trauma muy grande. Como no tienen sensibilidad sino para ellos mismos, para que vuelvan los ojos hacia nuestro derecho, habrá que darles un *marronazo* en la nariz” (31). Este y el llamar la atención de la comunidad internacional, eran los objetivos de la revolución patriótica que se preparaba.

El 3 de Julio de 1950 el Congreso norteamericano aprueba la “Ley para proveer a la organización de un gobierno constitucional para el pueblo de Puerto Rico”, más conocida brevemente como la *Ley Pública 600*. Esta nueva normativa organizaba un *referendum* en la Isla para que sus habitantes decidieran libremente si querían una Constitución y un gobierno propio de conformidad con ella. Pero el Congreso se reservaba la última instancia para resolver sobre la validez o no de la Carta sugerida. En realidad, se trataba de una nueva envoltura para el mismo viejo contenido de dominación, un cambio cosmético orientado a “salva la cara” de los Estados Unidos frente a las Naciones Unidas y la creciente presión descolonizadora de postguerra. No obstante esta evidencia, el partido de Muñoz Marín y todo el gigantesco aparato de propaganda yanqui se lanzaron a la tarea de hacer creer al pueblo puertorriqueño y a la opinión pública internacional que la solución propuesta era la definitiva liquidación de la situación de dominio colonial de la Isla, cuando no era así.

Ante el peligro para la existencia de la nación puertorriqueña que la aplicación de la Ley 600 implicaba, así como el conocimiento de parte del Nacionalismo de que el Gobierno se disponía a hacer abortar el movimiento programado, Albizu decidió adelantar la fecha del levantamiento. Así, la insurrección estalló el 30 de Octubre de 1950 simultáneamente en varios lugares predeterminados. En San Juan, un comando de nacionalistas atacó la Fortaleza, sede del gobierno colonial, tratando de hacer prisionero a Muñoz Marín, muriendo cuatro de ellos en la acción. En la localidad de Jayuya, otro grupo de valerosos patriotas, dirigidos por Blanca Canales, tomó la población, proclamó la República Independiente de Puerto Rico, izó la prohibida bandera nacional y entonó su himno: la Borinqueña. Fue el “Grito de Jayuya”, versión actualizada del “Grito de Lares” de Betances. Durante tres días resistieron el ataque de la Guardia Nacional dependiente del gobierno estadounidense y los bombardeos y ametrallamientos de cuatro aviones Republic P-47 Thunderbolt

usados en la reciente guerra contra Alemania. Derrotados y aprisionados, la Jefa de los milicianos (32) fue condenada a 17 años de cárcel. Se combatió también en Ponce, en Mayagüez, en Naranjito, en Arroyos, en Quebradillas y en Utuado. Según algunos autores, el “plan de guerra” de Albizu era reconcentrar todas las fuerzas sobrevivientes en esta última zona montañosa, que disponía de abundante aguas, abastecimiento de alimentos y refugios seguros, pero no fue posible llevarlo adelante porque la represión abrumadora de la Guardia Nacional con aviones, cañones, tanques y ametralladoras lo impidió en lo que se conoció como la “Masacre de Utuado”. En Washington, el 1º de Noviembre siguiente, Oscar Collazo y Griselio Torresola, intentaron la misión imposible y suicida de atacar la “Casa Blair”, de la Avenida Pennsylvania 1651, donde se alojaba provisionalmente el Presidente Harry Truman por estar en refacciones la Casa Blanca, para atraer la atención sobre la situación de Puerto Rico. Torresola murió en la tentativa y Collazo pasó 29 años en la cárcel. Ambos habían sacado pasaje de ida solamente, ya que sabían de su destino, al que aceptaron con heroísmo. Creían en las palabras de Albizu Campos: “La Patria es valor y sacrificio”. En cuanto al propio Jefe, refugiado abiertamente en la sede del Partido Nacionalista en el Viejo San Juan con dos milicianas que cuidaban de su delicada salud (Doris Torresola y Carmen María Pérez Roque) y dos seguidores (Juan José Muñoz Matos y Álvaro Rivera Walker) todos resistieron largamente el asalto de la Policía y la Guardia Nacional. Heridos y gaseados, tuvieron finalmente que rendirse. Muñoz Marín telegrafió de inmediato a su amo, el Secretario de Estado de Truman, para darle cuenta de la “victoria” obtenida con “sólo las fuerzas insulares, con excepción de unos pocos policías militares que vinieron a Fortaleza después del tiroteo como una cortesía del General Sibert” (33).

Los nacionalistas no sabían que el titular del Partido de la sección de San Juan los había traicionado y denunciado a las autoridades coloniales, quienes los esperaban prevenidas. Por esta razón y por la desproporción de fuerzas -144 nacionalistas en toda la Isla armados de armas de fuego viejas y convencionales contra 4.489 soldados y policías con armas pesadas, ametralladoras, tanques y aeroplanos de guerra- el partido de los insurrectos no podía triunfar en una acción destinada a la toma del poder y Albizu y los suyos lo sabían categóricamente. El Jefe nacionalista le había dicho a Corretger que para evitar que su pequeño país no fuera asimilado e incorporado a los Estados Unidos era “necesario demostrar al mundo que en Puerto Rico existe una nación viva con derecho a la independencia y con voluntad de expresar ese derecho” (34). Esa era, como dijimos, la finalidad de la Insurrección de 1950, que “era el acto de sacrificio deliberado, premeditado y resuelto en el secreto de una conciencia patriótica de demostrar al mundo que Puerto Rico es una nación, una nación viva” (35). Aquellos hombres y mujeres en la flor de la juventud

se sacrificaron con los ojos abiertos porque -como dijo Corretger en admirable síntesis- ellos “tenían la conciencia absoluta de que el sacrificio de sus vidas sería la vida de la Patria” (36). Decenas de nacionalistas murieron en combate o en las prisiones y Albizu Campos, juzgado por segunda vez, sería condenado a 80 años de cárcel. De nada había valido el pedido del Presidente de la vecina Cuba, Prío Socarras, quien le dirigió un mensaje a Muñoz Marín donde le decía, interpretando el sentir de toda Latinoamérica: “En nombre del gobierno cubano, inspirado en la generosidad tradicional de nuestros pueblos, y los principios de los derechos humanos, le ruego que interponga sus buenos oficios para garantizar la vida de Albizu Campos y sus compañeros, evitando así un motivo de antagonizar los sentimientos de todo el continente” (36b). Muñoz, “hirviendo todavía de ira”, se negó a intervenir como se le solicitaba, primero -decía- porque “no tengo derecho a usar mis buenos oficios porque mi autoridad se deriva de los votos del pueblo de Puerto Rico y las disposiciones de sus leyes”, y segundo porque Albizu Campos representaba “los principios fascistas de tiranía de un pequeño grupo de fanáticos armados” (36c)

Sacado del medio el líder nacionalista, Muñoz Marín se dedicó con entusiasmo a hacer efectiva la aplicación de la “Ley Pública 600” del Congreso norteamericano: hizo celebrar el referéndum programado y reunió una Convención Constituyente que redactó la Constitución portorriqueña, aprobada popularmente en el segundo referéndum de Marzo de 1952. Pero en semanas nomas, como habían pronosticado los nacionalistas y desmintiendo la mentira de la nueva supuesta “soberanía” de la Isla, el Congreso norteamericano intervino para hacer suprimir de la sección de Declaración de Derechos y Garantías los “derechos” de los boricuas a la educación, a un nivel de vida adecuado, a la ocupación y otros, que fueron transformados en meros “propósitos”. El Rector de la universidad de Puerto Rico, Dr. Jaime Benítez, que había sido el redactor de esta parte de la Constitución, repudió indignado esta nueva capitulación de Muñoz Marín y sus funcionarios (36d).

5. ULTIMAS PRISIONES, MARTIRIO Y MUERTE

Durante su cautiverio de casi tres años, que cumpliría en la Cárcel de la Princesa, en San Juan, el Jefe nacionalista fue sometido a torturas y a la exposición de radiaciones desconocidas por parte de “científicos” estadounidenses, con la intención de acentuar la gravedad de sus enfermedades y llevarlo a la muerte en forma disimulada. Albizu denunció estas maniobras criminales de que era objeto y el Ministro de Justicia de la administración Muñoz Marín, Dr. José Arias Monge, tratando de descalificar sus palabras, alegó que ellas eran productos de una enfermedad mental y encargó a un psiquiatra, vergüenza de su profesión, que así lo certificara. En una entrevista con

Albizu de solamente una hora y media, el Dr. Luis M. Moreno, cumplió con la indigna tarea que se le había encargado.

Sin embargo, otros presos nacionalistas -Roberto Díaz, Juan Jaca y Francisco Matos Paoli- aseguraron haber recibido igualmente su cuota de radiaciones. La mujer de Albizu, que residía refugiada en Cuba, encargó al Dr. Orlando Daumy, afamado radiólogo y Presidente de la “Asociación Cubana del Cáncer”, que examinara físicamente a Albizu. Así lo hizo el médico cubano y dictaminó que las llagas del preso se debían a quemaduras producidas por radiación y que los síntomas que mostraba correspondían a la recepción de intensas radiaciones. Agregó, en carta a la esposa, que la mente de Albizu estaba perfectamente sana y vigorosa. **(37)**. Ante estas circunstancias, Muñoz Marín, no queriendo cargar con la responsabilidad de su muerte, lo indultó en Septiembre de 1953. Albizu rechazó altivamente el perdón y fue expulsado de la cárcel, quedando así forzosamente en libertad.

Menos de seis meses duraría esa libertad. El 1° de Marzo de 1954, un comando suicida de cuatro militantes puertorriqueños, encabezados por Lolita Lebrón **(38)** ingresó al Capitolio, sede del poder legislativo de los EE.UU en Washington, y una vez ubicados en las galerías, desplegaron una bandera de Puerto Rico y al grito de ¡Viva Puerto Rico libre!”, comenzaron a disparar sobre los congresistas, a los que sumieron en un gran pánico. Fueron heridos los representantes Bentley, Jensen, Davis, Roberts y Fallon. Era una nueva y desesperada tentativa por llamar la atención del mundo sobre su desgraciada patria, que costó largos años de cárcel a sus ejecutores. Quienes la acompañaron fueron Rafael Cancel Miranda, Irving Torres y Andrés Figueroa Cordero y todos cumplieron, como ella, 25 años de cárcel: recién en 1979 los indultó el Presidente Carter.

Tanto en la Isla como en la emigración boricua en Estados Unidos se desató una feroz persecución, así de parte del gobierno norteamericano como de las autoridades puertorriqueñas. Muñoz Marín revocó de inmediato el indulto concedido a Albizu y mandó arrestarlo en su casa, junto con 37 de sus partidarios.

Soportando su tercera prisión, “El Maestro”, como lo llamaban con devoción sus seguidores, experimentó una pertinaz decadencia en su ya endeble salud, debido a los malos tratos y la desatención criminal que sufría en la Cárcel de La Princesa. En Marzo de 1956, por ejemplo, sufrió un ataque cerebral que lo dejó sin habla y con una parálisis permanente de su costado derecho, pero no se le dio atención médica alguna hasta el quinto día.

Así, enmudecida su gran voz y paralítico, siguió Pedro Albizu Campos hasta poco antes de su muerte. El Gobernador Muñoz Marín lo volvió a indultar el 15 de Noviembre de 1964, cuando ya era demasiado tarde: falleció en San Juan el 21 de Abril de 1965. Su entierro fue una verdadera apoteosis nacional: asistieron más de

75.000 personas y desde entonces su imagen no ha faltado en los sagrados altares caseros, católicos o espiritistas, en los hogares de los humildes de Puerto Rico, tanto en la Emigración como en su isla amada. Su legado de resistencia heroica a la dominación extranjera alumbra todavía hoy a los verdaderos patriotas de Puerto Rico.

NOTAS

1) El “grito de Lares”, inspirado y organizado por Betances, estalló en esta localidad portorriqueña el 23 de Septiembre de 1868, dirigido por Manuel Rojas y Matías Brugman. Proclamaron la Independencia de Puerto Rico y marcharon sobre San Sebastián del Pepino, pero fueron rechazados por las tropas españolas, que liquidaron rápidamente el movimiento.

1b) Sobre Eugenio María de Hostos y su gira sudamericana de 1873/4 para recabar apoyo para la Independencia de Puerto Rico -que Albizu Campos repetiría medio siglo después- puede consultarse el erudito trabajo de Pablo Pozzi: “Hostos, el panamericanismo y la sociedad política argentina.1873/ 1874”, en la Revista digital “HUELLAS de Estados Unidos” N° 16, UBA, Buenos Aires 2019. -

1c) Luis Gaspar Suarez: “Puerto Rico y su destino”, Imprenta Universitaria de Panamá, 1998, pág. 17

2) La “Enmienda Platt” era un texto legal norteamericano, propuesto por el Senador Oliver Platt e incorporado a la fuerza como “Enmienda” a la Constitución de Cuba en 1901. Este agregado autorizaba la intervención yanqui en defensa de sus intereses y/o los de la independencia cubana, le negaba a Cuba facultades para realizar algunos convenios internacionales y contraer ciertos empréstitos, retenía para EE.UU. la Isla de Pinos y obligaba al gobierno cubano a arrendar o vender a la potencia dominante terrenos en sus costas para establecimientos navales. Uno de éstos permanece hasta la fecha: Guantánamo.

3) Ángel G. Quinteros Rivera: “Albizu Campos, Pedro”, impreso de Internet, pag.2.

4) Luis Gaspar Suárez: op. cit., pág.18

5) En el lenguaje de la Isla, se llamaba así a la tendencia que sostenía la anexión lisa y llana a la Unión Norteamericana como un Estado más, tal como lo fueron después Alaska y Hawai. Sería la estrella N° 51 de la bandera yanqui.

6) “Contrariamente a lo que cree alguna gente, no es Muñoz Marín el inventor del Estado Libre Asociado, sino Barceló y Guerra Mondragón. El texto de la resolución unionista aprobada en asamblea (del PUPR) el 11 de febrero de 1922, dice: “que la creación en Puerto Rico de un Estado, Pueblo o Comunidad, que sea libre y que sea asociado a los Estados Unidos” (*Manuel Maldonado Denis: “Puerto Rico. Una interpretación histórico-social”, Siglo XXI Editores, México 1969, pág. 108*)

7) Joaquín Balaguer: “Memorias de un cortesano de la Era de Trujillo”, Edit. Corripio, 1989, pág. 374 (LS, 20).

8) Haití había sido ocupado por los marines norteamericanos en 1915, que recién se retirarían en 1935. Para la gesta de 20 años por la segunda independencia del heroico país negro, puede verse “Charlomagne Peralte y la Segunda Independencia de Haití”, en mi libro “Deuteragonistas de Latinoamérica”, en prensa y disponible en Internet.

8b) Pedro Albizu Campos: cit., en Manuel Maldonado Denis, op. cit. en nota (6), pág. 143.

8c) Pedro Albizu Campos, cit. en Juan Antonio Corretger: “Albizu Campos”, Editorial El Siglo Ilustrado, Montevideo 1969, pág. 19.

8d) Idem: pág. 19

8e) Idem: págs. 18/ 19-

9) Manuel Maldonado Denis: op. cit., pág. 111.

10) Idem, pág. 112

11) Josué de Castro: “Geopolítica del Hambre”, Editorial Raigal, Buenos Aires 1955, pág. 173

11b) La American Federation of Labor (AFL) era una central sindical nacional que solo agrupará a los obreros calificados de altos ingresos, negándose a organizar a los no especializados y a los trabajadores de la industria. Creía sólo en la acción tradeunionista, que desligaba de la política, aceptando el régimen establecido y colaborando con las patronales. La encabezó desde un principio Samuel Gompers. Ejercía una tutela cómplice sobre el Partido Socialista de Puerto Rico, dirigido por el español Santiago Iglesias Pantín, que era abierta y declaradamente anexionista y pro-imperialista, enemigo de los nacionalistas. La central obrera de Puerto Rico, dirigida por estos socialistas cipayos, estaba adherida a la AFL. Cuando falleció Iglesias, el gobierno norteamericano le rindió homenaje y dispuso poner a media asta la bandera yanqui en señal de duelo.

12) Uno de los Gobernadores yanquis, Theodore Roosevelt (Junior), hijo del primer Roosevelt presidente de EE. UU. (1901-1909) informaría a sus superiores en Washington con inesperada franqueza: “A caballo por las montañas, me detuve de finca en finca, donde mujeres flacas y desnutridas y hombres enfermizos repetían la misma historia una y otra vez: alimentación escasa y ninguna otra oportunidad de obtener más... He visto a madres que llevaban en sus brazos a niños que eran pequeños esqueletos. He observado en un aula a niños flacos, pálidos, tratando de espolear sus mentes cuando sus cuerpecitos estaban desnutridos. Los he visto tratando de estudiar con sólo una mala comida al día, una comida de unos cuantos porotos con arroz”. (Cit. en *Carlos Padilla Pérez*: “Puerto Rico al rescate de su soberanía”, Publicaciones del Partido Nacionalista de Puerto Rico, Buenos Aires 1958, pág.61).

Roosevelt Jr. gobernó Puerto Rico de 1929 a 1932. Su visita al interior le permitió ver que el huracán San Felipe de 1928 había dejado a medio millón de portorriqueños sin viviendas y con su miseria aumentada, pero se abstuvo de señalar que los fenómenos naturales actuaban sobre una sociedad ya devastada por el imperialismo desde hacía tres décadas.

13) Cornelius P. Rhoads, cit. en Pérez Padilla, op. cit., pág. 69.

14) Josué de Castro: op. cit., pág. 172.

15) Pedro Albizu Campos, cit. en Manuel Maldonado Denis: op. cit., pág. 115.

16) Juan Marinello, cit. en Hugo Sacchi: “Albizu Campos”, folleto N° 21 de “Historia de América en el Siglo XX”, CEAL, Buenos Aires 1972, pág. 179.

16b) Juan Antonio Corretger: “Albizu Campos”, Ed. El Siglo Ilustrado, Montevideo 1969, pág. 53

16c) Manuel Maldonado Denis: op. cit., págs. 115/ 116.

17) Por ejemplo, el puertorriqueño descastado Jorge Bird Arias, Vicepresidente de la azucarera yanqui *Fajardo Sugar Co.*, telegrafía a Stern, Secretario de Guerra de EE.UU., pidiéndole que nombrara Gobernador a “un hombre excepcionalmente fuerte y capacitado”. Por su parte, el ex Gobernador Coronel James Beberley, le escribía a su amigo el General Cox que el indicado para el cargo era el Coronel Blanton Windship, porque tenía “la dureza necesaria para cumplir su deber lo mismo si éste es favorecido por la opinión pública o no” (*Juan Antonio Corretger*: “Albizu Campos”, Ed. El Siglo Ilustrado, Montevideo 1969, págs. 78/79).

18) Pedro Albizu Campos, cit. en Luis Gabriel Suarez: op. cit., pág., 24

19) Juan Antonio Corretger: op. cit., pág. 74.

20) El abogado, periodista y jurista independentista Gervasio Concepción de Gracia nació en 1909. Se recibió de abogado en Puerto Rico y se perfeccionó en EE.UU. En 1936 cerró su Estudio Jurídico en San Juan y se trasladó a vivir a Nueva York para defender a Albizu Campos en la Apelación contra su injusta condena. En Washington colaboró con el Senador Vito Marcantonio, el único congresista realmente amigo de los puertorriqueños. Permaneció allí hasta 1944 defendiendo a obreros y pobres de la Emigración de su país. Fue convocado en ese año para presidir el Segundo Congreso Pro Independencia de Puerto Rico, y a continuación fundó el Partido Independentista Puertorriqueño (PIP), que dirigió como Presidente. Pese a la oposición de Muñoz Marin, participó en las elecciones de 1952, obteniendo 15 legisladores. Se opuso desde entonces férreamente al “Estado Libre Asociado”. Aun siendo partidario de los métodos pacíficos y

evolucionistas, no resignó jamás su defensa de la Independencia nacional y fue, como dijo Rubén Berrios Martínez, “un héroe en una época no heroica”. Murió en 1968.

21) Vito Marcantonio, cit. en “Pedro Albizu Campos”, https://es.qaz.wiki/wiki/Pedro_Albizu_Campos, pág.7.

22) Gabriela Mistral, cit. en Carlos Padilla Pérez: op. cit., pág. 60

22b) Manuel Maldonado Denis: op. cit., pág. 121

23) Idem: pág. 119.

24) Thomas Aitken Jr.: “Luis Muñoz Marín. Poeta en la Fortaleza”, Plaza y Janes SA, Buenos Aires 1966. pág. 239.

25) Idem: pág. 255

26) Juan Antonio Corretger: “Puerto Rico: Cultura y lucha del pueblo”, en Revista “Expresión” N° 2, Buenos Aires, Enero de 1947, pág. 177.

27) Luis Muñoz Marín, cit. en Maldonado Denis: op. cit. pág. 182

28) Manuel Maldonado Denis: op. cit., pág. 181.

29) Idem: pág. 180

30) La “ley Mordaza” fue sancionada por la Legislatura reaccionaria de Puerto Rico en 1948 y tenía el propósito específico de acallar y destruir a los sectores independentistas radicales. Consideraba un “delito grave” y punible con hasta 10 años de cárcel luchar por la independencia enfrentando al gobierno insular, organizarse para ello e incluso imprimir o hacer circular opiniones en ese sentido. Centenares de albizuístas y de comunistas fueron condenados a prisión en base a grabaciones de sus discursos políticos que obraban en los archivos policiales.

31) Pedro Albizu Campos: cit. en Juan Antonio Corretger, op. cit., pág. 15.

32) *Blanca Canales Torresola* nació en Jayuya en 1906 y estudió en San Juan, donde frecuentó la amistad de Albizu y su mujer, “recibiendo allí lecciones de amor patrio, de sencillez, de valor y sacrificio”, según narraría luego. En 1931 se afilió al Partido Nacionalista y en 1946 volvió a su pueblo natal, donde dirigió la Insurrección Nacional del 30 de Octubre. Condenada por este hecho a cadena perpetua, fue indultada en 1967 tras cumplir 17 años de prisión. Prosiguió firmemente adherida al nacionalismo albizuísta hasta su fallecimiento en el año 1996, a los noventa años de edad. Su casa en Jayuya fue convertida en Museo aun en vida de ella.

33) Luis Muñoz Marín, cit. en Luis Gabriel Suárez: op. cit., pág. 32

34) Pedro Albizu Campos, cit. en Juan Antonio Corretger: op. cit., pág. 111

35) Idem: pág., 112.

36) Idem: pág., 116

36b) Presidente Prío Socarrás a Muñoz Marín, cit. en Thomas Aitken Jr.: op. cit., pág. 273.

36c) Luis Muñoz Marín a Prío Socarras, cit. en op. cit. supra, pág. 274

36d) Episodio narrado por Thomas Aitken Jr.: op. cit., pág. 276. Benítez y Muñoz Marín eran íntimos amigos.

37) Según el escritor Pedro Aponte Vázquez, en 1993, durante la presidencia de Bill Clinton la Secretaria de Energía de los Estados Unidos Hazel O’Leary admitió que la Comisión de Energía Atómica había estado radiando secretamente a diversas categorías de persona sin su consentimiento, cosa que ya se sospechaba en Estados Unidos desde 1971. (*Pedro Aponte Vázquez: “Pedro Albizu Campos fue asesinado por EE.UU”*, en Internet: “América Latina en movimiento. Puerto Rico”, <https://www.alainet.org/es/active/51906>.)

38) *Dolores Lebrón Sotomayor* (1919-2010), conocida como Lolita Lebrón, cumplió 25 años de cárcel y recién fue liberada por el indulto del Presidente Jimmy Carter en 1979. Volvió a su patria y siguió activando en favor de la Independencia, participando en muchas protestas multitudinarias y sufriendo más cárceles por su ineludible lucha. En la reunión del “Comité de Derechos Humanos” de Puerto Rico, realizada en la isla de Vieques en el año 2000, Lolita Lebrón dijo: “Tuve el honor de dirigir el ataque contra el Congreso de los Estados Unidos... Me siento muy orgullosa de haber actuado ese día, de haber sentido el llamado de mi Patria”. Fallecería a los 89 años de edad, lamentando no haber podido hacer más.

IV

Trinidad & Tobago: resistentes y pensadores en las Antillas Inglesas

Las Indias Occidentales Británicas -efímeramente federadas de 1958 a 1962- pertenecen, obviamente, desde el punto de vista cultural, al extendido universo anglosajón desde Trinidad y las islas de Sotavento y Barlovento hasta Jamaica, pasando por la Guayana. Sin embargo, vistas desde una dimensión geográfica y geopolítica, como países del Caribe, pertenecen indudablemente a la América Latina -como efectivamente pertenecen las islas de Martinica y Guadalupe, dominios franceses de civilización latina- determinación general ésta a la que se suman -en el caso de la actual República de Trinidad & Tobago- aspectos particulares “latinoamericanizantes” por decir así, que justifican incluir la historia y las luchas del pueblo trinitense en el escenario del Caribe latinoamericano.

Así, Trinidad & Tobago -española hasta 1797- tiene una capital que aún se llama Puerto España; “su flora, su fauna y su estructura geológicas son similares a las de la región del Orinoco” (1) y recibió en siglos pasados una importante inmigración portuguesa. Las leyes e instituciones españolas insulares tuvieron vigencia durante casi medio siglo a partir de la Capitulación del 18 de Febrero de 1797 y el Tratado de Amiens de 1802. Muchos lugares conservan sus nombres originarios sin ser traducidos, como San Fernando, Manzanilla, Río Claro, Sangre Grande, Las Cuevas, San Juan, Barataria y otros. A fines del siglo XIX, cuando entra en crisis la economía azucarera de la Isla, las autoridades inglesas fomentan la radicación de granjeros y trabajadores venezolanos con tradición del cultivo del cacao: son los *cocoa panyols*, cuyos descendientes aún viven en Trinidad, en áreas

que “retain a distinctly spanish flavour”. Herencia española son también los villancicos con letras en castellano, conocidos como “parang” que se cantan y bailan en las Navidades. Añadamos que, modernamente, los transportes y comunicaciones la ligan más estrechamente que antes a la vecina Venezuela, de la cual dependió antiguamente. Además, desde 2005 las autoridades han creado Cursos de castellano para facilitar el turismo y los negocios a los latinoamericanos y han declarado a este idioma materia obligatoria en los tres primeros años de los colegios secundarios. No se debe descartar en el largo plazo una “rehispanización” de Trinidad & Tobago. Por lo demás, Trinidad -lo mismo que Cuba, Santo Domingo-Haití y Puerto Rico- tuvo pensadores y resistentes que lograron la independencia de su pueblo, aunque sin el terrible costo en muertes y destrucción que la cruel y atrasada “Madre Patria” española impuso a las Antillas hispanoparlantes. Historias de unas y otra que transcurren por canales distintos pero que finalmente confluyen en la década rebelde de los Cincuenta y Sesenta en un común afán de liberación del imperialismo.

Esta isla -explica Rafael Borja- “es la segunda en extensión y la más meridional de las islas de las Indias Occidentales Británicas. Está situada entre los 10° 2’ y los 10° 50’ de latitud norte y los 60° 55’ y 61° 56’ de longitud oeste. Está a 4.005 millas de Londres, a 1.958 de Nueva York y a 7 de la costa de Venezuela, de la cual queda separada por el Golfo de Paria y los canales de las Bocas. Tiene una forma rectangular, con promontorios en los extremos noroeste y sudoeste y una extensión de 4.030 kilómetros cuadrados. Dos sistemas de montañas, la sierra del Norte y la sierra del Sud se extienden de un extremo a otro de la isla en su anchura, y en el centro se extiende, en sentido algo diagonal, otra sierra, pero en general el terreno de la isla es llano. Los picos más altos, el Aripo (3.085 pies) el Tucuche (3.072 pies) se encuentran en la sierra del Norte. Los tres ríos más importantes de la isla son el Caroni, que lleva la mayor parte de las aguas del noroeste, el Otoire o Guatare, que lleva las del sudeste y el Oropouche, en el nordeste. Las ciudades más importantes eran en 1958 Port-of-Spain, la capital, que tenía 115.000 habitantes, San Fernando (36.000) y Arima (12.000)” (2).

1. DE COLONIA DE ESPAÑA A LA DOMINACIÓN BRITÁNICA

La historiadora cubana Digna Castañeda Fuertes ha periodizado la historia del Caribe en tres etapas: la primera, puramente hispánica, que comienza con la llegada de Colón a una de las islas del grupo de las Bahamas en 1498 y se extiende hasta finalizar el primer tercio del Siglo XVII, la segunda, que empieza en estos años, presencia la aparición de las nuevas potencias colonialistas europeas -Inglaterra, Francia y Holanda- que se atreven a desafiar la supremacía española. Esta etapa dura hasta 1898 en que comenzó la tercera.

En la extendida segunda etapa, en un largo y complicado proceso de ocupación, tratados, desocupaciones, recuperaciones y vueltas a ocupar las pequeñas pero fértiles islas del Caribe, aquellas tres potencias combaten contra España y entre ellas hasta que finalmente el reparto colonialista queda establecido: España conserva las Grandes Antillas (Cuba, Puerto Rico y la parte este de Santo Domingo) excepto Jamaica que es apropiada por los ingleses en 1655; Inglaterra queda en poder de todas las Pequeñas Antillas (lo que se llamarán las “Indias Occidentales Británicas” o *British West Indies*) a excepción de las dos que conserva Francia (Guadalupe y Martinica) a las que sumará en 1697 la colonia más rica y opulenta de la región: la parte oeste de Santo Domingo (llamada Haití). Holanda se quedará con tres islas frena a la costa venezolana: Aruba, Bonaire y Curazao y otras tres insignificantes.

Durante gran parte de esta historia de despojos violentos o pactados, la “Tierra del Pájaro Zumbador”, como le llamaban los nativos caribes y arawacs a la isla de Trinidad, permaneció siempre en poder de España. Había sido descubierta por Cristóbal Colón –igual que Tobago- en su viaje de 1498, pero quedó al margen de toda atención por parte de España, que designó Gobernador en 1532. Sus autoridades y los pocos pobladores que la habitaban tuvieron que soportar grandes dificultades: en 1595 fue atacada y destruida la recién fundada ciudad de San José (la capital) por parte de los ingleses comandados por el famoso aventurero Walter Raleigh; en 1640 fue víctima de los holandeses y en 1690 de los franceses, pero no pudo ser tomada nunca por entonces. Se cultivaba con buenos resultados el cacao en sus fértiles tierras, pero una extendida plaga acabó con la mayor parte de las plantaciones en 1725, sumiendo a los colonos en un breve período de dificultades que sería superado con el próspero cultivo del azúcar. En 1783 comenzaría tardíamente la introducción de la esclavitud negra, el mismo año en que las autoridades españolas ofrecieron grandes facilidades (3) de acceso a la tierra a los inmigrantes de religión *católica* que llegaran a la isla, facilidades que fueron aprovechadas por numerosas familias de franceses y mulatos libres, incrementadas a partir de 1789 por otras que huían de la radicalización de la Revolución Francesa en Haití y especialmente de la abolición de la esclavitud en esta colonia. Para 1797, la población española y francesa, atraída por el azúcar y el libre comercio, sumada a los mulatos ricos, los amerindios sobrevivientes a la explotación hispánica y los esclavos, alcanzaba ya a los 17.643 personas, cuando en 1777 no llegaba a los tres mil, lo que daba cuenta del éxito de las medidas excepcionales del liberalismo económico implantado en la isla por los Borbones, aunque al precio de casi transformar a la isla en una comunidad francesa: el francés, en parte criollo, era hablado por los plantadores blancos y sus esclavos en una proporción del más del 50%, superando al castellano. Su prosperidad despertó

las ambiciones imperiales de Gran Bretaña, que no tardaría en articularlas prácticamente.

En efecto, cuando gobernaba la Isla el Almirante José María Chacón y ella formaba parte de la Capitanía General de Venezuela, en el curso de la guerra anglo-hispana que desatará el Tratado de San Ildefonso (4), en febrero de 1797 un contingente militar británico de 6.750 efectivos, 18 navíos de guerra y 200 transportes salió de la Martinica -por entonces en manos de Inglaterra y luego devuelta a Francia- y desembarcó en Trinidad el día 17 al mando del Almirante Henry Harvey y el Gral. Ralph Abercombry. El 18, Chacón (que sólo disponía de 196 soldados) capituló ante los británicos en honrosas condiciones. Thomas Picton fue designado por Su Majestad Británica primer gobernador inglés. El Tratado de Amiens, de 1802, reconoció la soberanía plena de Gran Bretaña a cambio de la devolución a España de las islas Baleares y así acabó la etapa hispánica en la mayor de las Pequeñas Antillas.

A fines de este siglo XVIII Inglaterra tenía organizadas sus posesiones antillanas en dos formas de sistemas políticos: unas, las más antiguas, constituían las “Colonias por Asentamiento”, en las cuales los colonos ingleses, como súbditos de Su Majestad conservaban iguales derechos que los ciudadanos de la metrópolis, tenían sus propias Legislaturas elegidas “popularmente” por una pequeña fracción de colonos blancos y se daba sus propias instituciones bajo la égida de un gobernador a veces impaciente con las veleidades de sus gobernados. Tales las islas de Barbados, Antigua, Tobago o San Vicente. La otra forma política era la de las “Colonias por Cesión”, férreamente controladas por un Gobernador inglés asesorado por un Concejo de funcionarios designados (no electos). Dependían directamente de la Corona y por eso fueron conocidas como “Crown Colony Sistem” (Colonias de la Corona), como Guayana, Belice y Santa Lucía. A este segundo sistema fue incorporada Trinidad no bien fue asegurada por los británicos,

Con la nueva administración británica, comenzaron a llegar a Trinidad colonos provenientes de la misma Inglaterra o de otras islas de las West Indies, que fueron comprando las tierras de los colonos blancos y mulatos anteriores, establecieron grandes y medianas plantaciones de azúcar, cultivo preferido en el Caribe anglófono porque contaba, merced a las leyes proteccionistas- con el monopolio de provisión de azúcar a la metrópolis. Eran los Joseph Marryat, los Burnley, los Jackson, los Gloster o los Warner y otros tantos trinitenses por adopción o interés. Estos miembros de la esclavocracia se hacían propietarios absentistas en cuanto podían y se trasladaban a Londres y otras ciudades inglesas, donde vivían rumbosamente y fungían como funcionarios del reino y hasta parlamentarios o con cargos en la

administración de la colonia: uno de los miembros de la familia Warner, por ejemplo, fue conocido Fiscal de la Corona en Trinidad.

Políticamente eran todos feroces defensores de la esclavitud y resistieron -en Trinidad y el Resto de la Antillas- la legislación humanitaria que la Corona trató de implantar en ellas en 1823. “Las reformas incluían la abolición de los azotes; la abolición del mercado negrero dominical, mediante la concesión a los esclavos de otro día libre que les permitiera disponer de tiempo para la instrucción religiosa; la prohibición de la flagelación de las esclavas; la manumisión obligatoria de los esclavos de plantación y de los esclavos domésticos; la libertad de las niñas nacidas después de 1823; la admisión del testimonio de esclavos en los tribunales de la justicia; el establecimiento de cajas de ahorro para los esclavos; la jornada laboral de nueve horas; y el nombramiento de un Protector de Esclavos, entre cuyas funciones se encontraba la de llevar un registro oficial de los castigos impuestos a los esclavos” (5). En todas las colonias, de cualquier tipo, los plantadores y sus aliados, entre funcionarios y administradores, se negaron abiertamente a aceptar voluntariamente las nuevas reglas que se les pretendía imponer. Uno de los más importantes esclavistas de Trinidad, Mr. Burtley, diría, expresando el sentimiento hostil de todos los blancos: “Confieso que la idea (de la Reforma) me parece tan monstruosa y extraordinaria que apenas sé cómo encarar la cuestión” (6). Otro, Edward Jackson, disculpando un abuso con otro, manifestaba al Gobernador Grant en Diciembre de 1831 que era “la más injusta y opresiva invasión de la propiedad la insistencia en una jornada laboral de nueve horas para los esclavos adultos en las Indias Occidentales, mientras que un fabricante en Inglaterra podía imponer doce horas de trabajo a los niños, en una atmósfera calurosa y viciada” (7). Otra forma de expresar la disconformidad de los esclavócratas trinitenses fue disminuir cada vez más las manumisiones voluntarias de sus negros, manumisión que habiendo sido de 167 en 1826, bajaron a 128 en 1928 y a sólo 32 dos años más tarde: en cambio aumentaron las libertades que los esclavos debían comprar (“manumisiones aforadas”) (8).

En su oposición a la Reforma, la clase dominante -esencialmente los grandes plantadores ingleses y franceses remanentes- articuló todas las defensas argumentales y legales de que disponía y hasta llegó a discutir la posibilidad de *independizarse* de Gran Bretaña, pero la clase media de mulatos y negros libres de Trinidad permaneció leal a la Corona, declarando que “la disolución de los vínculos que nos unen a la Madre Patria es la mayor calamidad que puede recaer sobre nosotros y nuestros descendientes” (9)

De la extensión e importancia de esta pequeñoburguesía trinitense de color da cuenta una estimación de 1838, que la considera en un número de 12.000 personas, frente a 4.000 blancos y 26.000 recientes ex esclavos. Aunque esta lealtad a la

potencia colonizadora pareciera extraña, tiene su explicación en la circunstancia de que la Corona era un factor de contención a la voracidad y crueldad de los esclavistas, a cuya merced quedarían aquellos en caso de una secesión unilateral completa. Además, su congénita debilidad les hacía concebir que la vigencia plena de sus derechos no saldría de su empeño propio, sino que vendría por una evolución empujada por la metrópolis.

Y no estaban del todo equivocados aquellos pequeñoburgueses de color, porque Inglaterra decretó el fin de la esclavitud en 1834, presionadas las autoridades por las nuevas fuerzas económicas, políticas e ideológicas que aparecían a principios del Siglo XIX. Una de ellas, factor moral de mucha importancia, era la insistencia de las iglesias evangélicas y de los abolicionistas metropolitanos encabezados por “El Ruiseñor del Parlamento”, *William Wilberforce*. Otra, de orden material, era la convicción de los industriales y *los big bussines* liberales y librecambistas, que el monopolio del azúcar, lo mismo que las leyes que protegían a los terratenientes cerealistas de Gran Bretaña, encarecían el costo de vida de sus obreros y reducían por tanto sus beneficios con los mayores salarios. En esa misma trincherera estaba Richard Cobden cuando bregaba por la instauración de una Ley de Granos librecambista. A la vez, la esclavitud reducía un mercado de consumo muy interesante. En una palabra: el sistema esclavista y el monopolio de la West Indians (Trinidad incluida) eran ya sistemas anacrónicos. No pudieron subsistir y no subsistieron. Sin embargo, el impulso a la emancipación no vendría sólo de arriba, sino también de abajo: se produjeron varias sublevaciones en las islas (Barbados, Antigua, etc.) y en Guayana y en las posesiones en que no se produjeron, como en Trinidad (10), el conjunto de los esclavos se mostraba inquieto, ansioso, seguía con atención la situación que discutían sus amos blancos y ante cualquier cambio de panorama político creían que la libertad estaba a las puertas. “Cuando el Gobernador de Trinidad -dice Erik Williams- salió de licencia en 1831, los negros se empeñaron en que iba a traer la emancipación para todos los esclavos” (11). Circulaba entre ellos el rumor de que la Ley del fin de la Esclavitud ya había sido aprobada por el Parlamento y el Rey, pero que los funcionarios locales la retenían. Estos negros esclavos y aquellos mulatos libres -ignotos para los historiadores latinoamericanos pero no para la Historia ya que sus nombres constan en los censos y registros de las plantaciones de la época- no fueron abiertamente rebeldes entonces, pero la presión ejercida por la posibilidad de una sublevación mantuvo en vilo a la sacarocracia trinitense y contribuyó a la emancipación de 1834.

Estos esclavos no alcanzaron realmente la posición de hombres libres inmediatamente, sino un status provisorio cercano a la esclavitud, llamado “*The Apprenticed labourers*”, que debería durar seis años. Fracasó por la resistencia de

los “*labourers*”, que rodearon repetidamente la sede gubernamental en Port-of-Spain en forma pacífica pero decidida al grito de: “¡Pas de six ans! ¡Point six ans!”. (Ellos aún hablaban francés). El sistema fue derogado en poco tiempo y en 1838 se lo hizo en las demás islas de las Antillas inglesas.

2. DESPUÉS DE LA EMANCIPACIÓN

El fin de la esclavitud trajo importantes cambios en la sociedad trinitense. Por un lado, los ex esclavos se negaron a someterse a nuevas restricciones y a trabajar para sus antiguos amos, emigrando al interior de Trinidad donde se fueron estableciendo como campesinos independientes. Esta circunstancia, haciendo escasa la mano de obra, llevó a los plantadores blancos a importar trabajadores de la India, China, Madeira y Sierra Leona que en el conjunto de las Indias Occidentales ascendían, entre 1845 y 1917, a 150.000 trabajadores (12), jurídicamente libres pero sometidos a intensa explotación, especialmente los provenientes de la India. Éstos, con el tiempo, se fueron constituyendo en la isla en una comunidad aparte, una minoría nacional del 35% de la población, en competencia con las mayorías afrotrinitenses y dotada de sus propias organizaciones, partidos y religiones (hinduismo e islamismo) y en continuo crecimiento (13).

Por otro lado, al llegar a la mitad del Siglo, la constitución y las leyes españolas, así como el Cabildo de Puerto España y la religión católica, que según los términos de la Capitulación de 1797 debían ser conservados, fueron relegados en la práctica a segundo término, de manera que -escribe Rafael Borja- “a mediados del siglo XIX, la legislación y el procedimiento inglés habían desplazado al derecho español” (14). Igual suerte correría el idioma castellano en escuelas privadas o subvencionadas inglesas; calles de Puerto España fueron rebautizadas, todas en inglés, salvo -como premio consuelo- la Chacón Street en recuerdo del último mandatario hispánico. A esta circunstancia se sumaría la intervención británica en la educación primaria (1851) y secundaria (1859), salubridad (1860) y libertad de cultos (1870), que redundara en cierta mejora en las condiciones de vida de parte de la población, pero completaron y consolidaron la deshispanización de Trinidad y su britanización definitiva, que se había iniciado el primer día de su ocupación.

Gran importancia tuvo para la Isla en ese tiempo la recuperación de las llanuras limosas que impedían el desarrollo territorial de Port-of-Spain, la extensión del Ferrocarril de Arima a San Fernando (1882) y de aquí a Tabaquique (1898), así como la incorporación *definitiva* de la isla de Tobago -33 kms. al norte.- a Trinidad en este último año. Esa pequeña colonia insular británica tenía sus propias instituciones y vivía del azúcar, pero la gran tempestad de 1847 y la posterior caída de los precios de aquella producción, que duró casi tres décadas, arruinó su economía

y obligó a sus habitantes a pedir a la metrópolis su pase a la categoría de Crown Colony, de la que derivó en 1898 a una unión efectiva y muy estrecha con Trinidad que ha persistido hasta la actualidad.

Por estos años finales del Siglo XIX, la elite dominante de Trinidad & Tobago -ya se puede llamar como hoy- estaba formada por los altos funcionarios de la potencia colonial, la burguesía mercantil de Puerto España -fundamentalmente de origen portugués de Madeira- , los plantadores racistas de estirpe británica y los descendientes de una más antigua emigración: los plantadores y empresarios franceses o afrancesados de Haití, “muy educados y refinados, plantadores, comerciantes, profesionales, católicos” (15), que en un principio impusieron como idioma más difundido, como dijimos, el *francés creole*, hoy prácticamente desaparecido. Todas estas fracciones de la reducida aristocracia trinitense se concentraban en la Capital (donde se atrincheraban en el magnífico *Country Club*) y, en mucha menor medida, en las ciudades de San Fernando, Arima y Tabaquique.

Debajo de esta clase blanca se encontraban los trabajadores rurales -negros e hindúes- de las grandes plantaciones, con salarios de miseria y deplorables condiciones de trabajo, y una reducida falange de obreros urbanos y semi-urbanos, especialmente portuarios y de los servicios públicos en Port of Spain, empleados administrativos, ferroviarios, petroleros cuando en 1907 comienza a extraerse y refinarse el petróleo descubierto en Aripere, y una gran cantidad de desclasados y empobrecidos. La extensa pequeñoburguesía negra y mulata, aparecida ya antes de la Emancipación, como apuntamos antes, se componía de pequeños y medianos campesinos y comerciantes, artesanos, contables, sacerdotes, pastores, maestros, profesores y miembros destacados de las profesiones liberales - médicos, abogados- educados en Gran Bretaña y vueltos a su tierra.

Todas estas fuerzas despertaron a la protesta social y a la vida política en Trinidad muy tempranamente, antes que en las otras posesiones insulares inglesas, debido a la confluencia de varios factores que lo facilitaron. Por un lado, la breve duración de la esclavitud (de 50 años frente a los dos siglos del resto de las West Indies), que no permitió a los blancos racistas hacer penetrar profundamente en el espíritu de sus esclavos el sentimiento de su propia minusvalía; años después, Daniel Guerin comprobaría, refiriéndose a los obreros trinitenses que “aquí no hay casi vestigios de un *complejo de inferioridad*” (16). Por otro lado, esa *mini-revolución* - como la calificó Franklin Night- consistente en la ayuda estatal a las escuelas rurales y urbanas del ciclo elemental, “la cual -sin exagerar su papel, pues la enseñanza secundaria continuó reservada a la clase alta- contribuyó a la formación de hombres negros y mulatos pioneros en las luchas por modificar el *status quo*” (17).

Esta clase media de color comenzó a rechazar la discriminación racial de que se la hacía objeto en la administración estadual, en los templos, en los servicios públicos y un poco en todos lados, exigiendo la igualdad de trato y de oportunidades con la minoría blanca. En 1887 sus intelectuales conmovieron el escenario público con la aparición de un texto de John Jacob Thomas de refutación a James A. Froude, profesor de Oxford, quien después de visitar Trinidad había escrito un artículo en el que negaba a los trinitenses toda capacidad para su autogobierno. En esa misma línea de pensamiento se encontraba el Movimiento Reformista, responsable de las movilizaciones que reclamaban una reforma en la constitución de la Isla, y otros pensadores negros como Emmanuel Lazare, Phillip Douglin, Maresse Smith y C.E. Petion. Como resultado de estos esfuerzos, “M. Philip logró ser el primer alcalde no blanco de Puerto España” y C.P. David Secretario del Comité de Reforma en 1904 (18).

En cuanto a los trabajadores de los campos, la larga crisis de la producción azucarera (1884-1914), con su secuela de reducción de salarios, pago con moneda devaluada o pseudo-moneda y empeoramiento del ya bajo nivel de vida, movilizó a los braceros de las plantaciones en casi todas las Indias Occidentales. De entre ellas, la comunidad de los trabajadores de origen hindú fue la primera en acudir a la huelga como instrumento de resistencia. Así en la Guayana Inglesa se produjeron 42 huelgas en 1884 y 21 en Trinidad en 1899. Para este año, hacía ya dos que funcionaba en la Isla la *Trinidad Workingmen's Association*, “en la que se reunían trabajadores de diferentes oficios y ocupaciones. Así mismo, ostentaba la doble función de sindicato y organización política e incluso gozaba de la iniciativa y apoyo de otros estratos sociales” (19).

3. EL SIGLO XX: RESISTENCIA Y PENSAMIENTO

Todas las tendencias y tensiones que habían comenzado en la segunda mitad del Siglo XIX y alcanzado cierta envergadura, se ampliaron y profundizaron en los primeros cincuenta años de la centuria siguiente.

Así, en 1901 se puede constatar la fundación de filiales de la “Asociación Panafricana” en las localidades trinitenses de Naparima, Sangre Grande, Arima, Manzanilla, Tunapuna, Arauco y Chaguanas, promovidas por el abogado e intelectual trinitense Henry Sylvester Williams (1869-1911). Vástago de una modesta familia, trabajó desde joven como maestro y luego como lustrabotas en Estados Unidos y en Canadá y conferencista a sueldo de la Iglesia anglicana, logrando recibirse de abogado en Inglaterra recién a los 33 años. Algunos historiadores poco rigurosos han establecido la primogenitura del jamaicano Marcus Garvey (1887-1940) (20) en la promoción de la autoconciencia de la negritud en los

hombres de color del Caribe y América, pero la verdad es que esa distinción corresponde a Henry Silvester Williams, quien fundó en Gran Bretaña en 1897 la “Asociación Panafricana”, organizó su primera Conferencia Internacional en Westminster, en julio de 1900 y se lanzó luego a propagandizar los principios del nucleamiento en África, Estados Unidos y las Antillas. Se radicó un tiempo en Sudáfrica, volvió a Inglaterra para actuar sin mayor suerte en la política local y en 1908 regresó a Trinidad. Allí ejerció su profesión durante casi cuatro años y falleció en 1911. Casualmente, nacían en este año otros futuros grandes dirigentes y pensadores trinitenses: Alfred Gómez y Eric Williams.

Años más tarde, alrededor de 1919, comienzan a generalizarse los sindicatos obreros en todas las West Indies y estalla en Trinidad una gran huelga de los portuarios de Port of Spain, reprimidos por las tropas de fusileros de las Fuerzas Navales inglesas, que a duras penas logran mantener el control sobre la ciudad capital.

El escenario de la primera post-guerra -que comienza justamente ese año- fue dominado por la figura del Capitán Arthur Andrew Cipriani (1875-1945), hijo de un plantador blanco del valle de Santa Cruz, en el norte de la isla, descendiente de una familia corso-francesa. Nacido en 1875, fue domador de caballos de carrera y trabajó en plantaciones de cacao de parientes y amigos. Ya hombre mayor, se enroló sin embargo en el Ejército británico al estallar la Primera Guerra Mundial y alcanzó el grado de Capitán del *Regimiento de las British West Indies*. Aquí se destacó por defender a los soldados negros que eran racialmente discriminados por la oficialidad y comprendió -al observar cómo se organizaban por sí mismos en la contienda- que la gente de color del Caribe era capaz del autogobierno. Vuelto a Trinidad, organizó en aquel año 1919 el “Sindicato de Soldados y Marineros” de Trinidad y se enroló en las filas de la “Asociación de Trabajadores de Trinidad” (TWA), de la que fue elegido Presidente en 1923. Tiempo más tarde, la transformó en el “Partido Laborista de Trinidad” (TLP). Defendió los derechos de los trabajadores y campesinos, se esforzó por establecer el sufragio femenino y el gobierno propio para los trinitenses y se solidarizó con las otras luchas de los negros del Caribe. Alcanzó una enorme popularidad, al punto de que su partido, en su época de auge en 1936, tenía como afiliados- según Guerín- a la cuarta parte de la población isleña y él fue elegido ocho veces Alcalde de Puerto España.

Como buen socialista Fabiano (21) que era, (dirigió la única sección fuera de Inglaterra de la Sociedad Fabiana), Cipriani actuó siempre dentro de los parámetros de una política pacífica y electoral, viable en una primera etapa, pero cuando toda la situación social de la isla se agravó y se volvió más turbulenta, Cipriani no pudo responder a las nuevas condiciones de la lucha de clases y su popularidad disminuyó.

Fue desbordado desde el Sur de la isla, desde los campos petroleros, donde surgió un nuevo liderazgo sindical y político: el de Tubal Uriah Butler. No obstante, los pensadores radicales que le sucedieron reconocieron siempre sus esfuerzos: CLR James escribió su biografía en vida y Eric Williams, al inaugurar su estatua en la ciudad Capital, en 1959, lo proclamó como “el pionero del movimiento nacionalista de Trinidad & Tobago” (22).

Tubal Uriah Butler (1897-1977) no era trinitense, sino originario de la isla de Granada, en cuyo Colegio St. George se educó hasta los 17 años. Sirvió voluntariamente en el Ejército británico en Egipto en la Primera Guerra Mundial y al regresar a Granada tuvo una gran actividad sindical y política. En 1921, con 24 años, dejó todo y se trasladó al sur de Trinidad, donde comenzó a trabajar como obrero petrolero de la “Roodal Oilfield”. Allí comenzó a sentir la influencia de las doctrinas del marxismo y el panafricanismo de Marcus Garvey y organizó a sus compañeros en la “Oil Worker of Trinidad Union” (OWTU).

Autodidacta, era un extraordinario orador y líder carismático, que entusiasmaba a sus miles de seguidores y citaba conjuntamente a Carlos Marx y a la Biblia sin complejo alguno. Personalidad egocéntrica y algo extravagante, tenía sin embargo bien claros sus ideales laborales y políticos: predicaba “la unión de los trabajadores negros del petróleo con los obreros del azúcar de origen indostano, considerando que *la mezcla del petróleo y el azúcar* otorgaría a la clase obrera una fuerza tal que podría imponer la justicia y frenar el poder colonial” (23). Se hizo conocer como jefe sindical destacado en 1935, cuando las terribles consecuencias de la Crisis mundial iniciada en 1930 repercutían todavía sobre las clases trabajadoras, cuya vanguardia era el proletariado del petróleo. Ellos desataron una huelga en los pozos de extracción del Sur y Butler, colocado al frente del movimiento, lo culminó con la famosa “Marcha del hambre” hasta Port-of-Spain. Por ese comportamiento de poner a las masas en las calles, desbordando las reglas no escritas del “sindicalismo responsable” sostenido por las Trade Union inglesas, fue expulsado del Partido Laborista trinitense, lo que lo llevó a fundar el “Partido Autónomo de los Trabajadores y Ciudadanos del Imperio Británico”, más tarde devenido el personalista “Butler Party”.

En Junio de 1937 se produjo lo que Daniel Guerín denominó la “Segunda explosión”, que describe vívidamente en su libro, basado a su vez en otro de C.L.R. James. Dice así: “La carestía de la vida, los bajos salarios y sobre todo las discriminaciones raciales que practicaban los plantadores blancos, llevaron la agitación a los pozos de petróleo. A ejemplo de los “*sit-down*” norteamericanos, la huelga fue acompañada por la ocupación de los pozos petrolíferos. Mientras que Uriah Butler arengaba en términos ardientes a una multitud enardecida de

huelguistas, las autoridades tuvieron la mala idea de proceder a su arresto. Los agentes de la fuerza pública fueron atacados, expulsados... Cuando la policía intentó arrestar a los huelguistas, encontró serias resistencias y ensayó hacer fuego. Los incidentes se extendieron a las grandes ciudades, donde los negocios debieron cerrar; ganaron las plantaciones azucareras y adquirieron toda la perspectiva de un levantamiento general. Los amotinados atacaron las propiedades e intentaron apoderarse de un tren de municiones. El gobierno debió hacer venir de las Bermudas a la flota de S. M. Británica y los fusileros de la marina, una vez más, debieron desembarcar en Trinidad para restablecer el “orden”. Catorce nativos fueron muertos, 59 heridos y centenares de revoltosos metidos entre rejas. La plutocracia había sentido el calor, la clase obrera recibió su bautismo de fuego de la lucha de clases. Sindicatos obreros fueron creados por todas partes y la ideología marxista penetró en la masa” (24). Butler, a su vez, por su radicalismo, su rechazo a cualquier compromiso espúreo y su tenaz militancia, fue considerado un verdadero peligro por las autoridades británicas, que lo encarcelaron desde Septiembre de 1937 a Mayo de 1939, sólo para volverlo a encarcelar a los pocos meses, al estallar la 2º Guerra Mundial, por todo el tiempo de su duración.

Este año 1937 marca también el ingreso a la política de un inteligente joven izquierdista trinitense: Albert Gómez (1911-1978), blanco e hijo de un portugués llegado a Trinidad desde Madeira en 1893. Hizo el ciclo primario en Puerto España y enseguida se trasladó a Nueva York donde aprendió periodismo en el *City College*. De 1928 a 1930, trabajaba de día para mantenerse y estudiaba de noche filosofía, economía, historia y literatura inglesa. Vuelto a Port-of-Spain, fundó y dirigió durante tres años la revista “The Beacon” (El Faro), una publicación de izquierda, iconoclasta y amplia, donde colaboraron C.L.R. James, Alfred Mendes y Ralph de Boissiere. Se destacaría también como periodista del *Trinidad Guardian* y como conferencista ameno, publicando asimismo algunos libros de poesías. “Los conflictos en los campos petroleros, en 1937 -dice Rafael Borja resumiendo su actividad posterior- llamaron su atención y le indujeron a dedicarse a los problemas sociales y a la política, en defensa de la causa de los trabajadores. Ingresó en la Federated Workers’ Trades Union, un sindicato que comprendía trabajadores de todas las categorías. Fue su presidente durante varios años y después fue su asesor industrial. Dirigió desfiles y manifestaciones e hizo campañas pidiendo la elevación de los salarios” (25). Lo acompañó en el FWTU, como Secretario, Quintín O’Connor.

Casi contemporáneamente con estos sucesos -en 1938- aparece en Inglaterra el enseguida famoso libro “The Black Jacobins”, obra del escritor trinitense marxista de orientación trotskista Cirilo Lionel Robert James, más conocido por su abreviatura

como C.L.R. James (1901-1988). Esta obra, escrita utilizando las categorías de la ideología marxista, era la narración crítica de la revolución negra de Haití y fue un adelanto de veinte años de la historia que se conocería en Gran Bretaña como *History from below* o “Historia desde abajo”, practicada por autores como Christopher Hill y Edward P. Thompson. Su autor era nativo del pueblo de Tunapuma y cursó sus estudios, mediante una beca, en el acreditado *Queen’s Royal College* de Puerto España. Recibido allí, continuó en la institución como maestro durante varios años, al tiempo que colaboraba en la revista *The Beacom* y hacía campaña por la autonomía de las Indias Occidentales. Pero una invitación de un jugador trinitense de críquet de su amistad cambió el rumbo de su vida. Se estableció en Inglaterra, donde se desempeñó como cronista deportivo del periódico *Manchester Guardian*, se integró al trotskismo en 1934, militó un tiempo en el ala izquierda del Partido Laborista Independiente, publicó algunos libros, propagandizó el panafricanismo, colaboró en la creación de la IV Internacional, se estableció en Estados Unidos en 1938, se encargó del Departamento Negro del Socialist Worker Party (SWP), el partido estadounidense de Trotsky, se entrevistó con el creador del Ejército Rojo en Méjico, se distanció luego de él e hizo causa común con sus adversarios internos, volvió al SWP y desarrolló una absurda doctrina anarco-bolchevique que elogiaba la espontaneidad de las masas y demostraba la inutilidad del partido revolucionario, aunque personalmente se asumía como leninista. Se estableció luego en África, en la nueva República negra de Ghana, bajo el ala de su presidente Kwame Nkrumah, del cual también se alejó posteriormente. Después de más de un cuarto de siglo de ausencia, volvió provisoriamente a su Patria en 1958, donde gobernaba su antiguo alumno del *Queen’s Royal*: Eric Williams, con el cual también rompió. Era, en síntesis, un típico ultraizquierdista europeizante, pese a sus orígenes coloniales. El marxismo eurocéntrico lo había asimilado, nublándole el significado de la Revolución Nacional colonial.

Trayectoria hasta cierto punto paralela tuvo otro trinitense que era amigo de la infancia de James: George Padmore, pseudónimo con el cual figuró en la vida política Malcom Ivan Meredith Nurse, nacido en Arouca en 1902. Trabajó un tiempo como periodista y luego pasó a Estados Unidos, donde estudió Derecho en varias universidades. Ingresó enseguida al Partido Comunista Norteamericano - formado en 1921 por la fusión de dos fracciones disidentes del Partido Socialista- sin declinar de sus convicciones panafricanas que había asimilado de su padre, partidario de Henry Sylvester Williams. En el año 1929 viajó a Moscú, donde se realiza en 1930 la “1° Conferencia de Trabajadores Negros”, en la cual colaboró eficazmente Padmore. De allí pasó a Austria y más tarde a Hamburgo (Alemania) donde comenzó a editar el semanario “Negro Worker”. En 1935 se radica en Gran Bretaña y rompe

con el stalinismo, disconforme con el acercamiento de la URSS a las potencias imperialistas “democráticas”, acto de autodefensa del país de Stalin ante el avance del fascismo. En Inglaterra acentúa su actividad panafricanista y se reencuentra con C.L.R. James, junto con el cual organiza la “Internacional African Service Bureau”. Luchó incansablemente contra el racismo y el colonialismo y por la unidad de África, organizó conferencias internacionales de los pueblos tercermundistas, escribió -entre otros- sus libros “¿Panafricanismo o Comunismo?” y “La Revolución de Costa de Oro”(luego Ghana) . Finalmente se estableció en este país, donde fue asesor del Presidente Nkrumah. Falleció en Londres en 1959.

Aunque nacidos en Trinidad, ninguno de estos dos grandes intelectuales negros eran realmente trinitenses nacionales, ligados íntimamente a su patria. Su escenario era el de las grandes teorías políticas, el de revolucionarios itinerantes por tres continentes y el desarraigo natal. James estuvo ausente de su tierra más de 27 años y Padmore nunca volvió a ella. Los dos fallecieron en Gran Bretaña voluntariamente, no desterrados. No fue ninguno de ellos, sino otro insigne pensador, Eric Williams trinitense, el artífice de la independencia de Trinidad & Tobago, el “Padre de la Nación”, como se le llama con justicia.

Sólo como curiosidad agreguemos que el creador y principal referente de la tendencia del “Black Power” norteamericano en los ‘60, Stokely Carmichael, aunque educado y actuante en Estados Unidos era nacido también en Trinidad.

4. ERIC WILLIAMS, FUNDADOR DE LA INDEPENDENCIA TRINITENSE

Hijo de un empleado de correos, pudo realizar sus estudios en el *Queen’s Royal College* de Port-of-Spain y luego los universitarios en Gran Bretaña, en la Universidad de Oxford gracias a la beca que ganó en Trinidad. Se doctoró con la Tesis “El Aspecto económico del comercio de esclavos en la indias occidentales y la Esclavitud” en 1938, cuando James editaba su gran investigación histórica sobre Haití. En su obra, editada recién en 1944 como “Capitalismo y Esclavitud”, el precoz intelectual caribeño estudia la importancia de la esclavitud negra en las Antillas en el proceso de acumulación primitiva del capitalismo inglés, a la vez que, sin perder objetividad, saca a la luz los aspectos más siniestros y oscuros de esa opresión, que los historiadores británicos, deliberada o inconscientemente, solían omitir en sus obras.

En 1939, al estallar la 2º Guerra Mundial, mientras Butler sigue aún preso en Trinidad, Williams emigra a los Estados Unidos para proseguir su carrera académica en la Universidad de Howard (Washington D.C). En esa Alta Casa de estudios, predominantemente negra, alcanza el cargo de Profesor Asistente en la Cátedra de Ciencias Sociales y Políticas y organizó allí numerosos Cursos. En 1942, mientras

se crea la “Comisión Anglo-Americana del Caribe” (extendida en 1945 a Holanda y Francia, también potencias colonizadoras de las Antillas) para, supuestamente, examinar las posibilidades de progreso y unificación de la región, aparece en inglés otro de sus libros: “El Negro en el Caribe”. En el transcurso de su estadía en la Universidad, comienza a desempeñarse como Consultor de aquella institución, más abreviadamente conocida como “Comisión Caribe.”

Al finalizar la contienda, Gran Bretaña volvió a insistir en sus propósitos de que se instalaran en sus colonias insulares gobiernos autónomos, dentro de la Commonwealth, y que se pensara en la federación de las West Indies. En una Comunicación de Marzo de 1945, dirigida a los distintos gobiernos de las Antillas anglófonas, el entonces Ministro de Colonias, Coronel Oliver Stanley les decía que “el propósito más inmediato, el de fomentar instituciones autónomas en las diversas Colonias británicas del Caribe, debe armonizarse con el más amplio designio de la federación política de las mismas” (26). Comentando el tema, Williams escribirá: “Ahora, cuando hace veinte años que nos contentamos con una Federación de unidades territoriales del Caribe británico, se hace de más en más claro que la federación económica del Caribe, abrazará finalmente a la región entera” (27). Este propósito de los ingleses, que contaba con la adhesión de todos los líderes políticos de esta turbulenta zona -no así de los diversos pueblos, aún sumidos en la insularidad de la dispersión y las distancias- no era, por cierto, una disposición generosa de la potencia colonial, sino una política conveniente a Gran Bretaña que, de este modo, conservaría todas las ventajas del libre comercio y el monopolio económico sin correr con los gastos y complicaciones de la administración directa. Ya lo había intentado décadas atrás, en el Siglo XIX, cuando estableció la Federación de la Islas de Barlovento y la de las Islas de Sotavento, que tuvieron corta vida. Ya en el Siglo siguiente, la idea la tomarían los políticos de las islas y posteriormente la generalidad de las poblaciones, en la medida que las comunicaciones y los transportes iban creando una conciencia antillana.

En 1947, Mr. Creech Jones, el nuevo Ministro de Colonias de su Majestad, insistiría sobre el tema, mientras en Trinidad estallaba un nuevo movimiento militante de los obreros del petróleo, en el sur de la Isla, en el transcurso del cual los trabajadores vaciaron las reservas de combustible de las compañías y pusieron fuego a los pozos más importantes. El gobierno colonial logró sofocar la huelga dictando el estado de sitio y reprimiendo a los huelguistas.

Al año siguiente, Williams abandona la Universidad para concentrar todo su tiempo como principal animador de la División de Investigaciones de la Comisión Caribe. Como Estados Unidos había conseguido que el asiento del Cuerpo fuera la Isla de Trinidad, a fin de tener un pie puesto en las Antillas de su debilitado aliado

británico, Williams se trasladó a Port-of-Spain para desempeñar su cargo. Desde adentro, pudo comprobar que las iniciativas de la Comisión eran a favor del imperialismo y no de las Islas, de las cuales sólo se ocuparía del tema de los tifones y la protección de la fauna marina. Este accionar daría lugar al amargo comentario de su Investigador principal de que la Comisión Caribe “ha tenido atención para ocuparse de los desmanes producidos por la naturaleza, pero no de los causados por el hombre” (28).

En tanto, paralelamente a los esfuerzos científicos y políticos de Williams en la Comisión, el líder popular de los '30, Tubal U. Butler, reorganizó su partido y en las elecciones de 1950 para elegir representantes al Consejo Legislativo (un organismo legislativo unicameral), conforme a la nueva Constitución de ese año, obtuvo la mayoría de las bancas en disputa. Pero el Gobernador inglés, temeroso del radicalismo de Butler, decidió excluirlo del Gabinete que debía designar, y nombró a Albert Gómes -que ya había alcanzado los niveles de moderación exigidos por los ingleses- como Jefe de Estado y Ministro de Trabajo, Comercio e Industria.

Después de servir siete años Williams, renunció a la Comisión Caribe en 1955 en disconformidad con una institución que no era más que una junta coordinadora de potencias colonialistas del Caribe y se lanzó a una campaña agotadora de educación popular de sus compatriotas. En las famosas reuniones de Woodford Square, el gran parque de Puerto España, enseñaba a su pueblo, en forma sencilla y convincente, la historia de su Isla y de las Antillas, la opresión de la pasada esclavitud, la fisonomía del imperialismo, el orgullo de ser negro y temas semejantes. Sus charlas eran seguidas por miles de personas: “Los hombres -recuerda el novelista George Lamming- concurrían con sus hijos para asegurarse de que ningún miembro de la familia fuese privado de ese banquete de conocimientos” (29). Con gran apoyo de la clase media negra fundó en ese mismo año '55 el “*People's National Movement*” (PNM), con una propuesta de justicia social e independencia nacional, que incluía reivindicaciones como el cierre de la base naval norteamericana en Chaguaramas. Apenas formado el PNM, viajó a Jamaica para consultar a Norman Manley, que encabezaba un movimiento similar y allí se expresó con tal confianza en el futuro y adelantó planes de gobierno tales que uno de los Manley diría después: “Pensamos que estaba un poco chiflado por estar hablando como si ya tuviera un Gobierno cuando tenía apenas un partido de pocos meses de existencia y que estaba a punto de enfrentar sus primeras elecciones. En Jamaica, a los del *People's National Movement* nos tomó al menos doce años ganar nuestras primeras elecciones” (30).

Sin embargo, la confianza de Eric Williams no era infundada: en las elecciones generales de Septiembre de 1956, a seis meses de creado su partido, el PNM ganaba cómodamente los comicios y su Jefe asumía como “Jefe de Estado” en

lugar de Gómes. Siguió en el cargo hasta el final de sus días en 1981, pero se cambió su nombre oficial a “Premier” en 1956. En 1958 fue uno de los creadores de la “Federación de las Indias Occidentales”, que se constituyó con la participación de Trinidad y Tobago, las Islas de Sotavento y las de Barlovento y Jamaica, estructura que se derrumbó en 1961 al retirarse Jamaica de ella. C.L.R. James, que el año ’58 había vuelto a Trinidad, contribuyó a un desarrollo importante de las ideas radicales cercanas al trotskismo -del cual había desertado en 1951- y dio su apoyo al movimiento de Williams en el Caribe y al de Nkrumah en África, pero en los Sesenta retiró su apoyo por estimar que sus respectivos países no seguían un curso hacia el socialismo, como él deseaba y retornó a Gran Bretaña (31). Por fin, el 31 de Agosto de 1962 Trinidad & Tobago proclamó su independencia como estado soberano, aunque reconociendo formalmente a la Reina Isabel II de Gran Bretaña como monarca de la Isla, igual que en el resto de los países de la Commonwealth, tomando Williams el título de “Primer Ministro”.

Los primeros años fueron de crecimiento y prosperidad, debido al aumento de sus productos exportables, especialmente petróleo y sus derivados, pero la situación tendió luego a estancarse en el marco de una estructura económica que, pese a la Independencia, seguía siendo controlada por las corporaciones norteamericanas y los bancos canadienses. Entre Febrero y Abril de 1970 se sucedieron protestas callejeras, tumultos, huelgas y asambleas populares de los sectores más carenciados de Port-of-Spain y otras localidades, motorizadas por el “Black Power” local. La absurda actividad de este grupo ultraizquierdista puede comprenderse si se estima que el “Black Power” original, el de Estados Unidos, estaba justificado allí porque los afro-americanos eran una minoría discriminada y explotada y no tenía acceso a ninguna fuente de poder, pero en Trinidad Tobago los negros no sólo eran una mayoría demográfica, sino que ejercían el poder isleño en todos los niveles. Como diría el periodista y crítico Raoul Pantín, “Williams, a su manera, representaba el Poder Negro” (32). No obstante, el gobierno del PNM reconoció cierta razón a las demandas sociales que se expresaban a través de esa corriente inorgánica, bullanguera y de vacía retórica y estableció un impuesto del 5% para el desarrollo social y creó el Banco Nacional de Trinidad-Tobago. Simultáneamente, se organizaba el “New Beginning” (*Nuevo Comienzo*), pequeño núcleo teórico-político creado por los discípulos de CLR James (Franklyn Harvey, Bukka Rennie y Walton Look Lai), que se dedicó a reflexionar sobre la auto-organización espontánea de las masas, a criticar al “Black Power” y a analizar diversos aspectos de la sociedad trinitense. Con una mixtura de represión y concesiones, el movimiento quedó desarticulado y el partido de Williams fortalecido: las manifestaciones de Diciembre de 1970 del “Black Power” reunían entre 100 y

400 participantes, mientras que las de la Juventud del PNM congregaban más de 5.000. Luego, en las elecciones de 1971, Eric Williams consiguió vencer nuevamente y conquistó la totalidad de las 36 bancas legislativas en juego.

La ratificación de la conducción hegemónica de Williams dio lugar a una situación paradójica: hasta entonces, la posición lo había acusado de gobernar de conformidad al “modelo Westminster”, como se llamaba en el Caribe al modelo parlamentario liberal inglés con sus formalidades y sus vetustas reglas y pelucas; ahora, en cambio, tanto el embajador yanqui en sus informes a su gobierno como algunos comentaristas y ensayistas de izquierda -tal como Gerard Pierre-Charles- comenzaron a acusarlo de ejercer un “poder personal”, de un “gobierno autocrático y conservador” (33), sin comprender la necesidad en que se encuentran los países coloniales y semicoloniales de concentrar el poder nacional para enfrentar al imperialismo. Como fuere, el pueblo trinitense siguió apoyando a Williams y en 1975, cuando Fidel Castro cumpliendo sus deberes de internacionalista popular envió tropas cubanas al África para ayudar a derrotar a los ejércitos racistas sudafricanos que pretendían extender a Angola su nefasto régimen de apartheid, Eric Williams hizo su parte: apoyó a Fidel y permitió que los soldados y armamentos cubanos hicieran escala en la Isla. “Más tarde, bajo presión de EE.UU -dice Tariq Alí- Williams frenó los vuelos de mala gana, pero para ese entonces se habían encontrado otros caminos” (34).

También para ese entonces terminó la ficción monárquica, cuando las autoridades gubernamentales trinitenses proclamaron la República el 1º de Agosto de 1976. El largo camino de la Independencia política había terminado. Ahora comenzaría una nueva ruta que conducirá seguramente a la Federación de todo el Caribe, su independencia económica y su integración a sus hermanas repúblicas de América Latina, instancias todas sin las cuales la pequeña república cuasi-latinoamericana carece de viabilidad.

Córdoba, 16 de Febrero de 2021

NOTAS

- 1) Rafael Borja: “Liquidación del Colonialismo en América”, Editorial Azteca SA. México 1958, pág. 36.
- 2) Rafael Borja: op. cit., pág 36. Los historiadores no están de acuerdo en establecer en qué fecha apareció Puerto España, pero se sabe que en 1690 ya existía como poblado con una capilla. En 1757 el Gobernador español trasladó su administración de la pequeña Villa de San José a Puerto España, con lo cual ésta se convirtió de hecho en la Capital de la Isla, siendo luego oficializada en ese carácter.
- 3) La Cédula de población de 1783 ofrecía a cada colono blanco y católico tierras por 12,9 Has., más 6,4 5 Has. adicionales por cada esclavo que llevara a la isla, mientras que a los mulatos y negros libres les aseguraba 6,5 Has. por cabeza, más 3,25 Has. por cada esclavo.

- 4) El tratado de San Idelfonso, firmado en 1796 entre la Francia revolucionaria y España ponía a ésta al lado de la gran potencia enemiga de Inglaterra, lo que hizo que la Corona británica declarara automáticamente la guerra a España y se dispusiera a atacar y conquistar sus colonias en las Antillas, especialmente Cuba y Trinidad.
- 5) Eric Williams: “Capitalismo y Esclavitud”, Editorial de Ciencias Sociales de Cuba, La Habana 1975, pág. 177.
- 6) Cit. en Eric Williams: op. cit., pág. 248, nota 3.
- 7) Cit. en Eric Williams: op. cit., pág. 178, nota 8 de pág.248.
- 8) Eric Williams: op. cit., pág. 179 y nota 13 de pág. 248.
- 9) Cit. en Eric Williams: op. cit., pág.180.
- 10) “En lo que respecta a los esclavos, la Isla está bastante tranquila y muy bien pudiera mantenerse así -- informaba el Gobernador Grant el 30 de Abril de 1832- si tal fuera el deseo de los que debieran conducir sus empeños en ese sentido...”. Se refería a la actitud provocativa de la plantocracia y las autoridades locales respecto a la metropolitana (Cit. en Eric Williams: op. cit., pág.185 y Nota 74 de pág. 251).
- 11) Eric Williams: op. cit., pág. 182.
- 12) Rafael Borja: op. cit., pág. 92.
- 13) Con el tiempo, la minoría hindú –muy beligeramente respecto a los afrotrinitenses y aglomerada en los sectores de la producción azucarera y los transportes- logró que se aceptara, para su protección, un Alto Comisionado designado por el gobierno de la India. (Daniel Guerin: “Cuatro colonialismos sobre las Antillas”, Editorial Palestra, Avellaneda 1958, pág. 126)
- 14) Rafael Borja: op. cit., pág. 92.
- 15) Digna Castañeda Fuertes: “Significado del 98 para el Caribe”, en revista “Análisis de Coyuntura” N° 4, La Habana 1998, pág. 52.
- 16) Daniel Guerin: op. cit. en nota 13, pág. 123.
- 17) Digna Castañeda Fuertes: op. cit., pág. 51.
- 18) Digna Castañeda Fuertes: op. cit., pág. 53.
- 19) Digna Castañeda Fuertes: op. cit., pág. 56.
- 20) Marcus Garvey nació en Jamaica, pero pasó la mayoría de sus años en Estados Unidos, desarrollando una teoría propia de Panafricanismo, que consistía sustancialmente en una “vuelta al África” de los negros. Como indica W. Haywood Burns, “su programa era un tipo de Sionismo Negro. Garvey deseaba constituir en África un Estado adonde pudieran dirigirse, para vivir allí, negros de todo el mundo” (W. Haywood Burns: “Voces de protesta de los negros en Estados Unidos”, EUDEBA, Buenos Aires 1964, pág. 33.) El problema de Garvey era que los negros, después de separados sus ancestros hacía 300 años de aquel continente, no deseaban “volver” a la vida primitiva del África, sino igualar los derechos civiles y políticos de los países “blancos” donde vivían y que consideraban el suyo.
- 21) La Sociedad Fabiana de Gran Bretaña, dirigida por Sidney y Beatriz Webb y el gran escritor Bernard Shaw, proponía un moderado “socialismo” estatal al que se llegaría por medios evolutivos y pacíficos. Tuvo gran influencia en el Partido Laborista inglés, muy reformista, y en la TUC (Trades Union Congress), central de sindicatos muy conciliadores y separados de la actividad política por su “sindicalismo responsable”.
- 22) Eric Williams, cit. en voz “Arthur Andrew Cipriani”, en Wikipedia, pág.2 (Internet)
- 23) Gerard Pierre-Charles: “El Pensamiento sociopolítico moderno en el Caribe”, Ed. Fondo de Cultura Económica”, México 1985, pág. 108.
- 24) Daniel Guerin: op. cit., pág. 124/125.
- 25) Rafael Borja: op. cit., pág. 55.
- 26) Oliver Stanley, cit. en Rafael Borja: op. cit., págs. 23/24.
- 27) Eric Williams, cit. en Daniel Guerin: op. cit, pág. 152.
- 28) Eric Williams, cit. en Daniel Guerin: op. cit., pág. 153.

- 29) George Lamming: “El Legado de Eric Williams”, en Revista “Iberoamericana”, Tomo LXXXII, N° 255/256, Año 2016, pág. 376.
- 30) George Lamming: op. cit., pág. 375
- 31) Un interesante ensayo argentino sobre la vida y la obra de James puede verse en Paula Varela y Gastón Gutiérrez: “Perfiles. C.L.R. James (1901-1989). Más allá de las fronteras”, en Revista “Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda”, Año V, N° 10, Buenos Aires, marzo de 2017, págs. 163 a 181.
- 32) Raoul Pantín, cit. en Kate Queen: “Política Convencional o Revolución: Black Power, el desafío radical al modelo de Westminster en el Caribe”, en Revista “Commonwealth. Comparative Politics”, Volumen 53, N°1, año 2015, ‘páginas 71/94.
- 33) Gerard Pierre-Charles: op. cit., pág. 152.
- 34) Tariq Ali: “Piratas del Caribe”, Ediciones Luxemburg, Buenos Aires 2007, pág. 141.

Roberto Ferrero

Ensayista y divulgador de historia, fundador del Partido Socialista de la Izquierda Nacional de Córdoba (1963). Autor de alrededor de 50 libros, entre ellos *Enajenación y nacionalización del socialismo latinoamericano*, *Del fraude a la soberanía popular (1938-1946)*, *El sionismo y la revolución árabe*, *Historia, nación y cultura* y *Breve historia de Córdoba*. Ha dictado conferencias en Córdoba y otras ciudades del país. Colabora con varias publicaciones de Buenos Aires, Córdoba y Bolivia. En 2000 presidió la Junta Provincial de Historia de Córdoba. Dirige el Centro de Estudios para la Emancipación Nacional (CEPEN).

Roberto A. Ferrero

Rebeldías en el Caribe

Reunimos en este volumen cuatro trabajos referidos a temas del Caribe, esa zona de Latinoamérica que nos fuera desgajada por la piratería inglesa que se apoderó una a una de las Antillas Menores y de Jamaica entre las Mayores, como se apropió posteriormente de nuestras Islas Malvinas. No pudo quedarse con Cuba, pero lo intentó. Sí despojó a España de Trinidad -tan cercana a Venezuela- y de la isla jamaicana, britanizándolas en poco tiempo. También se apoderó de algunas pequeñas Antillas que había colonizado Francia, reduciendo la civilización latina en el Caribe pequeño-insular a dos posesiones francesas remanentes: Guadalupe y Martinica.

No se tratan estos textos de investigaciones eruditas o de amplias dimensiones, sino solo de cortos ensayos de divulgación, con la intención expresa de informar a los lectores interesados y especialmente a los argentinos, tan lejos de “nuestras medio hermanas del Caribe”, como ha llamado alguien a esas Antillas, que en un futuro volverán seguramente al seno atormentado y ahora dominado de esta América Latina nuestra.

